

Mentiras ocultas

A woman in a dark coat is walking away from the camera down a long, dimly lit hallway. The hallway is filled with stacks of papers or books on both sides, and the lighting is dramatic, with a bright light source at the end of the hallway creating a strong silhouette of the woman and long shadows on the floor.

JOANNA WAYNE

elit

MENTIRAS OCULTAS

Joanna Wayne



 HARLEQUIN™



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2003 JoAnn Vest. Todos los derechos reservados.
MENTIRAS OCULTAS, N° 56 - julio 2017
Título original: Attempted Matrimony
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises Ltd.
Este título fue publicado originalmente en español en 2003.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.

Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.

® Harlequin y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Books S.A.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-9170-001-2

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

[Mentiras ocultas](#)

[Créditos](#)

[Argumento](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

Argumento

Nadie debía romper aquellos votos.

Una sucesión de asesinatos habían vuelto a unir al detective de homicidios Dallas Mitchell con la mujer a la que llevaba años intentando olvidar. Después de tanto tiempo, entre ellos seguía habiendo mucha pasión contenida. Pero esa vez la pasión era demasiado peligrosa, ya que Nicole Lancaster era ahora una mujer casada, y Dallas era un policía intentando atrapar al peor asesino en serie que había habido en Louisiana, un hombre que podría ser precisamente el marido de Nicole...

Nicole tenía demasiadas razones para no confiar en Dallas, y para no perdonarlo...

Ahora él tenía muy poco tiempo para convencerla de que debía marcharse de casa antes de que la muerte los separara para siempre.

Prólogo

A Gloria Dalton le temblaba la voz cuando abrazó cariñosamente a Nicole.

—Es un banquete de bodas estupendo. Y tú la novia más bella del mundo.

—Gracias, tía Gloria.

—Casi puedo ver al pobre Gerald, correteando como un gallito y proclamando a todo el mundo, orgulloso, que tú eres su hija... Malcomb es un hombre magnífico. Un triunfador. Y además tierno, amable y considerado. Eso, en estos días, es una rareza.

—Estoy de acuerdo —convino Janice Dalton, reuniéndose con su madre y con Nicole—. El último soltero rico y encantador que quedaba en Shreveport, y tú te lo has llevado. Mala suerte la mía...

Nicole la tomó del brazo, riendo.

—Ya, como si tú hubieras estado dispuesta a sentar la cabeza por un hombre...

—Hey, siempre cabe la posibilidad.

—Espero vivir lo suficiente para verlo —terció Gloria.

—Acabas de hablar como una madre —repuso Janice, sonriente. Pero la sonrisa se borró de su rostro tan pronto como se retiró Gloria—. ¿Qué te pasa? —le preguntó a su prima, mirándola preocupada.

—Bueno, acabo de casarme, ¿no?

—Por eso mismo. ¿Se puede saber dónde está esa expresión de felicidad que caracteriza a toda recién casada?

Allí estaba Nicole, en medio del elegante club universitario, con una media sonrisa cosida a la boca y deseando que Janice no la

conociera tan bien. Habían crecido juntas y, además de primas, eran las mejores amigas del mundo. Y ello a pesar de lo muy distintas que eran.

– ¿Por qué no habría de estar feliz?

– No sé. Puede que te preocupe que acabas de comprometerte solemnemente a dormir con un mismo hombre durante el resto de tu vida. Yo que tú estarías aterrada.

– Bueno, me he comprometido a compartir mi vida con un hombre que me ama, ¿no?

– Eso mismo es lo que acabo de decir yo. Aunque debo admitir que, puestos a atarse de esa manera, el impresionante y distinguido doctor Malcomb Lancaster es el mejor candidato.

– Me alegro de que lo apruebes.

– Lo apruebo. Además, no le queda ningún familiar vivo... lo que quiere decir que no tendrás que soportar suegros ni cuñados. ¿Te das cuenta de la suerte que tienes?

– Estoy segura de que si los padres de Malcomb estuvieran vivos, serían unos suegros encantadores.

– Vuelvo a mi pregunta original. ¿Qué es lo que pasa?

– Nunca te das por vencida, ¿verdad?

– Solo si tengo algo que ganar con ello.

Nicole suspiró y miró a su alrededor para asegurarse de que nadie la estaba oyendo.

– Ya sé que suena ridículo, pero tengo la extraña sensación de que algo malo va a suceder. Todo me parece demasiado bonito, demasiado maravilloso para que pueda ser verdad.

– Nicole, eso son tonterías – le puso una mano en el hombro –. Lo que tienes que hacer es concentrarte en tu luna de miel y hartarte de hacer el amor con tu marido en alguna preciosa isla griega.

Nicole se disponía a replicar algo mientras recorría la sala con la

mirada, con la esperanza de ver a Malcomb. Le habría gustado que hubiera estado en aquel momento, a su lado, reconfortándola con su sonrisa. Pero sus reflexiones se vieron interrumpidas por un estrépito de copas rotas, seguido de una exclamación. Era la voz de su hermano.

–Oh-oh. Oh-oh. Oh-oh –estaba repitiendo Ronnie, una y otra vez.

La música seguía sonando, pero las parejas habían dejado de bailar para contemplar la escena. Recogiéndose el vestido de satén, Nicole se dirigió apresurada hacia su hermano autista.

–Por favor, sigan bailando. Y no lo toquen –les dijo con el tono más tranquilo que fue capaz de adoptar.

La multitud se abrió para dejarla pasar. El piso más alto de la enorme tarta de bodas se había caído sobre la mesa, derribando de paso las copas de brindis, cuyos pedazos estaban dispersos por el suelo. Al parecer, Ronnie debía de haber tropezado con la mesa, o quizá, fascinado por la tarta, había querido tocar el piso más alto. A sus veintiún años, era bajo y muy flaco; casi parecía más un desgarrado adolescente que un hombre. Sus habilidades sociales eran prácticamente inexistentes y, en las situaciones tensas o incómodas, su comportamiento resultaba imprevisible. En aquel instante se estaba balanceando hacia delante y hacia atrás, con gesto ausente, ensimismado.

Alguien le pisó la cola del vestido. Nicole se volvió para desengancharla, pero cuando terminó de hacerlo, Malcomb ya había llegado junto a Ronnie. Al principio suspiró aliviada, imaginándose que se haría perfectamente cargo de la situación. Pero al instante se le heló la sangre en las venas al escuchar su voz estridente, furiosa.

–Mira lo que has hecho con la tarta de bodas, Ronnie – agarrándolo del pescuezo, le acercó la cara a la masa de nata y helado que manchaba el mantel de lino rosa.

Ronnie manoteó, impotente, mientras intentaba librarse de

Malcomb. Abriéndose paso entre los presentes, Nicole estalló de manera automática. Eso era algo que no podía soportar.

—¡Suelta a mi hermano! —le ordenó con voz temblorosa, pero firme—. Yo me encargo de esto.

Malcomb la miró. Sus ojos oscuros tenían un insólito brillo de furia. Por un segundo, Nicole temió incluso que fuera a golpearla a ella. Fue como si algo extraño e incomprensible la desgarrara por dentro.

—Tranquilicémonos. Solo ha sido un pequeño accidente. No pasa nada —intervino su tío John, tranquilizador.

La sala estaba sumida en un completo silencio, únicamente turbado por el rítmico chirrido de los zapatos de Ronnie mientras seguía balanceándose hacia atrás y hacia delante, con las manos en los oídos.

Era una situación absurda, como una pesadilla que se hubiera impuesto a la realidad. Luego, con la misma rapidez con que había surgido, aquel mal sueño empezó a diluirse. Malcomb fue relajando los músculos de su rostro, y sus labios ensayaron una tentativa sonrisa.

—Tienes razón, John. No pasa nada —apoyó una mano sobre el hombro de Ronnie, con gesto tranquilizador—. Es solo una tarta, Ronnie. No importa. Lamento haberme enfadado contigo.

Ronnie seguía con las manos en los oídos, pero ya no se balanceaba tanto, como si la tensión se hubiera aflojado. Malcomb se acercó entonces a Nicole, le tomó las manos entre las suyas y la miró. La ciega furia que antes había oscurecido sus pupilas había desaparecido, pero persistía una frialdad, una dureza extraña. Nicole tuvo la sensación de estar mirando a un desconocido a los ojos.

—Lo siento, Nicole. Solo quería que este día fuera tan perfecto como mi amor por ti. Supongo que perdí los estribos. ¿Podrás perdonarme?

El ambiente de la sala había cambiado de pronto. Podía percibirse un movimiento de empatía y de comprensión hacia la actitud de Malcomb. Todo el mundo parecía dispuesto a perdonar y a olvidar. Y Nicole se dijo que ella debería sentir lo mismo. Solo que algo duro y escalofriante parecía ahogarla por dentro.

—Necesito estar un momento a solas con Ronnie —le susurró, tensa.

—Lo entiendo, querida. Cuando me necesites, llámame.

Y se reunió con los demás, que lo acogieron con los brazos abiertos, comprensivos. Nicole pensó que, a pesar de sus palabras, a pesar de que Malcomb había declarado que estaba a su disposición, jamás en toda su vida se había sentido tan sola. Se quedó con Ronnie, hablándole con susurros hasta que logró alejarlo de la tarta estropeada hasta una apartada esquina, donde pudieran estar tranquilos.

Quizá la culpa fuera suya, por haber llevado a Ronnie al banquete de bodas. Sabía que su hermano solamente se sentía cómodo con una rutina familiar, establecida, repetitiva. Aun así, parecía haberse dado cuenta de que aquella boda, aquel trastorno de su rutina, era algo muy importante para ella. Y Nicole había dado por supuesto que él había querido formar parte de la misma.

—Te he estropeado la tarta. Te he estropeado la tarta —estaba balanceándose de nuevo, con la mirada perdida.

Le dolía verlo así. Ansiaba tan desesperadamente poder penetrar aquella opaca neblina que parecía aislarlo del resto del mundo...

—Tú no has estropeado nada, Ronnie. Así me gusta más la tarta. Con esas rosas de nata desperdigadas por el mantel. Así está más graciosa.

—Rosas graciosas, ¿eh?

—Sí, rosas graciosas.

Le dio un abrazo y él se lo devolvió, incómodo. Nicole se alegró. Nunca como en aquel momento había necesitado tanto que la

abrazaran.

— ¿Estáis bien, chicos?

Era su tío, que los miraba con expresión preocupada. John era el hermano más joven de su padre, y se parecía tanto a él que, en vida de Gerald, más de una vez los habían confundido. Y sin embargo, eran completamente distintos.

John era tranquilo y despreocupado, mientras que el senador Gerald Dalton había sido un hombre autoritario y a la vez carismático, capaz de cambiar el clima de toda una sala con su simple presencia.

— Sí — respondió.

— ¿Malcomb pierde la paciencia tan a menudo?

— Nunca lo había visto ponerse así antes.

— Bien — repuso su tío, claramente aliviado—. Entonces no deberíamos preocuparnos. Las bodas suelen poner un poco nerviosos a los novios.

— Y a las novias también.

— Seguro — le rodeó los hombros con un brazo—. Tratar a Ronnie a veces es difícil, sobre todo para la gente que no lo conoce, o que no está acostumbrada a él. Estoy seguro de que Malcomb es un buen hombre. Y, desde luego, te quiere mucho.

— Lo sé.

Sí, lo sabía. Además, ya era la señora de Malcomb Lancaster. Los votos matrimoniales ya habían sido contraídos. Los papeles habían sido firmados. Ya no quedaba lugar para las dudas.

— Rosas gracias — dijo una vez más Ronnie.

— Sí. Rosas gracias.

Pero entonces, ¿por qué no tenía ninguna gana de reírse?

Capítulo 1

Diez meses después.

Nicole hojeó los titulares del *Shreveport Times* mientras se tomaba su segunda taza de café. El nuevo alcalde se enfrenta con los primeros obstáculos serios. Ninguna pista sobre el caso del asesino en serie.

— Parece que la policía ha llegado a un callejón sin salida con ese caso — le comentó a Malcomb, que acababa de entrar en la cocina.

— Tres mujeres asesinadas en un lapso de ocho meses — repuso, ajustándose el nudo de la corbata—. Y la policía no tiene la menor pista. Eso dice muchas cosas ¿no te parece?

— A mí solo me dice que ese tipo todavía anda suelto.

— Ya. Y que es más listo que la policía.

— No creo que sea listo. Debe de ser un loco, un trastornado. La verdad es que todo esto resulta bastante aterrador. Podría ser cualquiera. Y podría estar en cualquier parte.

— Yo no me preocuparía. Por lo que sabemos, esas mujeres tal vez incluso se lo merecían.

— ¿Cómo puedes decir algo así? Nadie se merece que lo asesinen.

— Tienes razón. Probablemente eran unas santas — replicó, irónico—. Y simplemente se equivocaron con los clientes que enganchaban a la salida de algún bar de mala reputación — se inclinó para darle un beso en el cuello.

Le gustaba el aspecto de Malcomb por las mañanas: limpio, derrochando seguridad y confianza en sí mismo. Con su pelo rubio corto, cuidadosamente peinado. Tenía el mismo aspecto del hombre de quien se había enamorado. Solo que las apariencias engañaban.

—Será mejor que te lleves un impermeable cuando salgas —le dijo, deteniéndose para servirse una taza de café, solo y bien cargado—. En las noticias han dicho que se acerca un frente de lluvias. Y que estará aquí hacia media mañana.

—Hoy no tengo que salir a ningún sitio.

—¿No era hoy cuando ibas a trabajar de voluntaria en el centro de Red River?

—Mañana. Hoy pensé que podría hacer esa sopa de marisco que tanto te gusta para la cena de esta noche.

—Oh, no te tomes la molestia, cariño. Ya cenaré algo en el hospital. Me pasaré la mayor parte del día en el quirófano, y además tengo varios pacientes en la Unidad de Cuidados Intensivos. Como muy pronto, estaré de vuelta a eso de las diez —esbozó una sonrisa condescendiente, como si le hubiera leído el pensamiento—. Ya sabes que preferiría quedarme aquí, contigo. Pero también sabes que estás casada con un cirujano del corazón...

—Ya —repuso. Aunque no había sido así cuando lo conoció. Ni siquiera durante sus dos primeros meses de casados—. Quizá llame a Janice, por si quiere comer conmigo.

—Yo creía que se había ido otra vez de vacaciones.

—Fue a Dallas para comprar algo para su boutique. Pero si, tienes razón. Probablemente no haya vuelto todavía.

—De todas formas, no creo que te convenga mucho su compañía, ahora que ya eres una mujer casada. Es una poco... alocada.

—Solo estaba hablando de salir a comer...

—Cierto, pero tengo la sensación de que a Janice le gustaría causarnos problemas. Creo que está celosa de que tú y yo nos tengamos el uno al otro, mientras que ella sigue sola, como siempre.

Nicole se abstuvo de decirle que rara vez Nicole estaba sola. Además, si alguien estaba celoso, era ella, y no su prima. Janice

disfrutaba llevando su negocio. Era Nicole la que no encontraba un cauce adecuado a sus energías. Vaciló, nada deseosa de entablar una discusión aquella mañana. Pero, al final, decidió arriesgarse.

—Estoy pensando en matricularme en la universidad para el próximo semestre —lo informó mientras se levantaba para dejar su plato en el fregadero. No era la primera ocasión que sacaba el tema, y siempre que lo había hecho, Malcomb se había molestado. La expresión de su rostro le indicó que esa vez no iba a ser distinto. Al oír que rezongaba algo, añadió—: Bueno, tú ya sabías que yo quería licenciarme de profesora cuando me pediste que me casara contigo, y que tenía intención de enseñar a niños autistas. El hecho de que estuviera estudiando no parecía molestarte tanto en aquel entonces.

—Pero dejaste los estudios cuando nos comprometimos.

—Sí, para tener tiempo suficiente para preparar la boda, irnos de luna de miel y acostumbrarme a mi nueva vida. No pretendía interrumpirlos para siempre.

Malcomb la fulminó con la mirada, por encima del borde de su taza de café.

—¿Es esto un castigo por quedarme a trabajar hasta tan tarde?

—No —detestaba la manera que tenía siempre de enfocarlo todo en él, en su persona. Además, por mucho que se esforzaba, no lograba comprender su renuencia a que continuara sus estudios, sobre todo cuando tenía tan poco tiempo para dedicárselo a ella—. Llevamos diez meses casados. Ya es hora de que piense un poco en mi vida.

—¿Tan rápido te ha cansado ya de nuestra vida, corazón? —le preguntó, arqueando las cejas.

—Por supuesto que no. Pero yo necesito más cosas.

—Esas son justamente las palabras que todo hombre gusta de oír minutos antes de salir de casa para pasarse todo el día en el quirófano, operando del corazón a un paciente especialmente delicado.

—Precisamente se trata de eso, Malcomb. Tú eres cirujano, y muy

bueno. Tu trabajo de todos los días salva vidas. Mientras que yo solamente quiero sentirme también algo útil.

Dejando la taza sobre el mostrador, Malcomb le tomó las manos.

—Lo entiendo, Nicole. Trabajo demasiado y no siempre te presto la suficiente atención, pero te amo más que a mi vida. Te necesito. Te necesito mucho. El hecho de volver a casa todas las noches y verte aquí me libera de todo el estrés que acumulo durante el día.

—Eso no cambiará, Malcomb. Por las noches seguirás viéndome aquí.

—Pero no sería lo mismo. Porque tú también estarías estresada — se pasó una mano por el pelo, teniendo buen cuidado de no despeinarse—. Y cuando yo consiguiera unos cuantos días para que pudiéramos hacer algún viaje juntos, tú estarías ocupada con tus estudios.

—Desde nuestra luna de miel, no hemos hecho ningún viaje.

—Pero lo haremos. Además, no hay razón alguna para que tengas que licenciarte de maestra, o para que te pases el día entero cuidando a los niños de otra gente. Pronto empezaremos a pensar en fundar una familia, ¿no?

Niños. Tener hijos con Malcomb. Sintió una punzada de pánico ante aquel pensamiento. Maldijo para sus adentros. ¿Qué le estaba pasando? Una de las razones por las que había aceptado la petición de matrimonio de Malcomb era porque su reloj biológico se estaba acelerando. Tenía veintiocho años. Y él era ocho años mayor que ella.

Intentó apartarse, pero él la agarró de un brazo y, atrayéndola hacia sí, la besó en los labios.

—¿Por qué no sales a pasear hoy con Ronnie? Eso siempre te levanta el ánimo.

—Hablando de Ronnie, me gustaría traérmelo a casa este fin de semana.

—¿Otra vez?

—Hace más de un mes desde la última vez que pasó una noche aquí.

—Lo sé, y yo echo de menos sus visitas tanto como tú, pero había pensado en reservarnos este fin de semana para los dos. Tú y yo... solos —la besó de nuevo—. He tenido una semana muy difícil. Lo entiendes, ¿verdad?

Nicole asintió con la cabeza y optó por no replicar aunque lo cierto era que ya no entendía nada de lo que hacía su marido. Cuando oyó la puerta cerrarse a su espalda, volvió a bajar la mirada al periódico, incapaz de leer o de concentrarse, absorta en sus pensamientos.

El timbre del teléfono turbó aquel ensimismado silencio. Descolgó el teléfono de pared.

—Residencia Lancaster.

—¿Es usted la señora Lancaster? —inquirió una voz de mujer, tensa, preocupada.

—Sí.

—Creo que... hay ciertas cosas que debería saber sobre su marido.

—¿Perdón?

—Malcomb Lancaster es un mentiroso y un impostor.

—¿Quién es usted?

—Eso no importa.

—Si se trata de algún tipo de broma...

En aquel instante se cortó la comunicación. A Nicole le temblaban las manos cuando colgó. «Malcomb Lancaster es un mentiroso y un impostor». Las palabras de aquella llamada anónima resonaban todavía en su cerebro.

Pero no tenía nada que temer. Malcomb podía ser un hombre algo egoísta y posesivo, pero ni era un mentiroso ni un impostor. Aun así, mientras se dirigía al cuarto de baño y se quitaba el pijama, Nicole no

pudo evitar una extraña sensación. Como la de un dedo helado acariciándole la espalda.

Una vez desnuda, se metió en la ducha y abrió el grifo del agua caliente. Con los ojos cerrados, a la vez que disfrutaba de la deliciosa sensación del agua resbalando por su cuerpo, intentó pensar en la vida que había llevado antes de conocer a Malcomb. Antes de la muerte de su padre. Antes de que su mundo hubiera quedado absolutamente trastornado.

Pero incluso entonces no había sido del todo feliz. Nunca se había sentido cómoda en el mundo de la alta política, al que había pertenecido su padre. Incluso antes de su muerte, ya había empezado a pensar en convertirse en profesora. Ayudar a niños con problemas similares a los de su hermano le había parecido una actividad muchísimo más interesante y satisfactoria.

Apoyada contra la pared de mármol, se obligó a respirar profundamente varias veces. Tomando una decisión, se concentró a planificar mentalmente el día. A Malcomb no le gustarían sus planes, pero tendría que aguantarse. Porque solo de esa manera podría salir fortalecido su matrimonio.

Malcomb aparcó su deportivo negro y apagó el motor. No estaba de humor para aguantar las quejas de Nicole acerca de que quería estudiar en la universidad. Ella no necesitaba trabajar. Había heredado dinero suficiente para que pudieran nadar en el lujo durante el resto de su vida, incluso aunque él no ganara un solo céntimo más. Además, en cuanto una mujer empezaba a trabajar fuera de casa... las cosas empezaban a estropearse.

Aun así, en muchos aspectos seguía siendo la mujer perfecta. De familia aristocrática, bien provista de todo tipo de influencias políticas, Nicole era hermosa, con aquella sedosa melena de color castaño que le caía en ondas sobre sus finos hombros. Con aquellos expresivos ojos pardos, tan vivaces cuando hablaba, y que brillaban con un destello de diamante cuando hacían el amor. Una figura

perfecta y una piel exquisitamente suave. Si hubiera que encontrarle algún defecto físico, habrían sido únicamente sus senos, algo pequeños para los gustos de Malcomb. En cualquier caso, era una mujer magnífica, esplendorosa.

Una sonrisa asomó a sus labios cuando se abrieron las puertas del ascensor. Porque lo mejor de todo era que era la hija de Gerald Dalton. De alguna manera, el poder de aquel viejo senador había pasado a sus manos. Todo lo cual hacía que su matrimonio... hubiera valido la pena.

Nicole paseaba por el campus Shreveport de la Universidad del Estado de Louisiana. Aunque dependiente del campus principal de Baton Rouge, acogía a cerca de cuatro mil estudiantes. Aquel ambiente la estimulaba, la hacía sentirse mucho más viva de lo que se había sentido en mucho tiempo, pensó mientras se encaminaba hacia las oficinas de administración. Lo interpretaba como una señal. Una señal de que había tomado la decisión adecuada.

— ¿Nicole Lancaster?

Se volvió al oír su nombre, y se encontró con la mirada vivaz y la expresión afable de Matilda Washington. La joven estudiante afroamericana se dirigía apresurada hacia ella.

— Esperaba que nos encontraríamos hoy aquí — le dijo Nicole, tras saludarla —. Pero no podía imaginar que me reconocerías de espaldas.

— ¿Estás de broma? Nadie mueve las caderas como tú. Por ese contoneo tuyo, te encarcelarían al menos en cinco estados de la América profunda.

— Yo no me contoneo.

— Ya, claro. Y los políticos de Louisiana no mienten. Y por si eso fuera poco, el vestido que llevas es absolutamente letal.

Nicole acarició la sedosa tela de su falda.

— Este vestido no tiene nada de particular...

– Acuérdate de que yo estaba contigo cuando te lo compraste en esa boutique en la que te revisaron tu cuenta bancaria antes de dejarte pasar. A mí solo me permitieron la entrada porque pensaron que yo estaba allí para llevarte las bolsas.

– Que loca estas. Me alegro muchísimo de verte. ¿Qué tal te va en las clases? ¿Y cómo esta Jake?

– Voy tirando. Tres sobresalientes, un notable y un humilde aprobado en la asignatura de Historia de Louisiana. Jake esta estupendamente. Ya está aprendiendo a leer.

– No me extraña nada, con lo inteligente que es. ¿Que hay de su papá?

– Mark sigue tan ocupado como siempre. Sigue empleado en dos trabajos para que yo pueda seguir estudiando y licenciarme. Ese hombre vale su peso en oro – sonrió Matilda –. ¿Tu presencia en este campus quiere decir que vas a volver o que solo has venido para reírte de tus pobres y esforzadas compañeras?

– Estoy pensando en volver. Precisamente me disponía a recoger en la oficina un programa de las clases de primavera.

– ¡Genial! Eso quiere decir que para el próximo otoño volveremos a estudiar juntas.

– Eso sí cumplo con los requisitos que me pidan. ¿Tienes tiempo para tomarte un café?

– Lo sacaré, siempre y cuando me prometas contármelo todo acerca de esa fabulosa luna de miel tuya. Y de tu matrimonio con el guapísimo doctor Lancaster.

Nicole se encogió por dentro, pero procuro no dejar traslucir sus dudas.

– La luna de miel fue maravillosa.

– ¿Y tu vida con el doctor Lancaster el sueño que todas nos hemos imaginado que sería?

«Malcomb Lancaster es un mentiroso y un impostor», la voz de la llamada anónima de aquella mañana la asaltó por sorpresa. Se obligó a seguir caminando mientras intentaba desterrar aquellos ridículos temores. Tal vez Malcomb no fuera el marido con el que había soñado, pero era un hombre honesto, además de un gran cirujano, y lo amaba. Eso explicaba quizá las lágrimas que en aquel momento humedecían sus ojos. Matilda le rodeo los hombros con un brazo.

– Bueno, ignora la última pregunta. Todos los matrimonios tienen mañanas en las que una se pregunta por que diablos ha tenido que casarse. Yo tengo un programa de las clases de primavera, no hace falta que vayas a la oficina a buscarlo. Tomemos ese café, a ver si encontramos alguna asignatura en la que podamos coincidir. Te he echado mucho de menos.

– Gracias. ¿Que me cuentas de nuestro profesor favorito de Psicología? –inquirió Nicole, necesitada de uno de los divertidos chismes de Matilda para mejorar su humor.

– No te vas a creer lo que ha hecho ese hombre.

Para cuando llegaron a la cafetería, Nicole ya estaba recuperada del todo. Aquello era mucho mejor que quedarse sentada sola en un inmensa casa llena de placenteros recuerdos del pasado y de incómodas dudas sobre el presente. Tenía la inequívoca sensación de que aquel día iba a suponer un punto de inflexión tanto en su matrimonio como en su vida. Aunque todavía no podía saber si iba a ser para mejor o para peor.

Dallas Mitchell tomo un sorbo de café y se inclinó sobre sus notas. Solo le daría un rápido vistazo antes de correr escaleras arriba para intervenir en una clase de Sociología. No se le daba muy bien hablar en público, pero el profesor era amigo suyo y Dallas no había querido decepcionarlo. Además, el tema no era otro que el comportamiento de los culpables durante los interrogatorios policiales. No sabía muy bien qué interés podía tener para aquellos estudiantes, pero definitivamente él era el hombre adecuado. Durante los cinco últimos

años había interrogado a centenares de sospechosos, tanto culpables como inocentes.

Un buen policía podía adivinar si una persona mentía en el preciso instante en que abría la boca para hablar. O sus respuestas eran tan rígidas y previsibles que en seguida se echaba de ver que las había memorizado, o era incapaz de repetir dos veces la misma historia. En cambio, una persona inocente tenía que pensar antes de responder, y su primera declaración rara vez solía cambiar.

Había cientos de detalles más que traicionaban a un mentiroso, pero no siempre eran fiables. Un auténtico psicópata podía mentir a la perfección, sonriendo y mirando a cualquiera a los ojos sin inmutarse. Dallas se había tropezado con algunos durante su trayectoria profesional. Esos eran los más peligrosos. Del mismo tipo que el asesino múltiple que lo tenía obsesionado.

La imagen del último cadáver encontrado entre unos arbustos, en una zona aislada cerca del lago Cross, seguía presente en su cerebro, revolviéndole el estómago. Una maestra de escuela preescolar, de veintiocho años, una madre soltera aficionada a bailar música country. Una pobre mujer a la que alguien había drogado y torturado... Hasta que su arteria carótida había sido seccionada con un corte pequeño, rápido, eficaz. Al igual que les había ocurrido a las otras mujeres que habían muerto asesinadas durante los últimos meses.

Abismado en sus pensamientos, Dallas volvió a guardar sus notas en la carpeta y echó a andar por el pasillo, con el vaso de café en la mano. Una carcajada femenina procedente de la cafetería lo hizo detenerse en seco. Antiguos recuerdos asaltaron de pronto su mente. Giró sobre sus talones, esperando que se tratara de una mala jugada de su imaginación.

No tuvo esa suerte. Nicole Dalton se hallaba sentada a una mesa, a unos pocos metros de distancia, charlando animadamente con una compañera. Si continuaba andando, en cuestión de segundos podría salir por la puerta sin tener que enfrentarse con ella.

O podría dirigirse hacia ella y hablarle. ¿Pero qué podía decirle a una mujer con la que se había acostado solo una vez, nueve años atrás?

Dallas seguía mirándola fijamente cuando ella se volvió hacia él. En el instante en que se encontraron sus miradas, una expresión de reconocimiento cruzó por sus ojos oscuros. Sus labios se curvaron en una leve sonrisa, acelerándole el corazón.

Nunca se había destacado por sus habilidades sociales, pero supuso que ya era demasiado tarde para salir corriendo.

Capítulo 2

Nicole observó a Dallas mientras se acercaba, sorprendida de que hubiera cambiado tan poco. Sobre todo cuando ella se sentía mucho más mayor que la última vez que lo había visto. Le tendió la mano.

–Hola, Dallas. ¡Cuánto tiempo!

–Y que lo digas –le estrechó la mano. Su alianza de matrimonio no le pasó desapercibida –. Tienes buen aspecto.

–Tú también –era una obviedad. Parecía más musculoso de lo que recordaba, pero seguía teniendo el mismo pelo oscuro y los mismos ojos castaños, de mirada penetrante. No era guapo, o al menos no tenía la belleza clásica de Malcomb. Sin embargo, la dureza de sus rasgos y el aire de confianza que exudaba lo convertían en un hombre singularmente atractivo. En una palabra: era terriblemente sexy.

–Me enteré de lo de tu padre. Lo siento.

–Gracias.

Se había enterado, pero no se había molestado en llamarla. Habían transcurrido años desde la última vez que... Los antiguos recuerdos surgieron a la superficie y tuvo la sensación de que se quedaba sin aire. Señalándole una silla vacía, y esforzándose por mantener un tono de voz razonablemente firme, lo invitó a que se sentara con ellas.

Al ver que vacilaba, se arrepintió enseguida de su ofrecimiento.

–Bueno, lo mismo estás muy ocupado... –le dijo, facilitándole ella misma el pretexto.

Dallas volvió por un instante la mirada hacia la puerta, como planteándose echar a correr. Pero no lo hizo.

—No, todavía dispongo de unos minutos —miró a Matilda—. Espero no interrumpir nada...

—En absoluto —se apresuró a tranquilizarlo la amiga de Nicole—. De hecho, ahora mismo tenía que irme. Tengo que recoger a mi hijo y dejarlo en casa de mi madre antes de mi siguiente clase.

Después de que Nicole hiciera las presentaciones, Matilda se levantó, estrechó la mano de Dallas y se volvió hacia su amiga.

—Quizá me lleve a Jake al centro de Red River mañana. ¿A qué hora estarás trabajando de voluntaria en la caseta de arte infantil?

—Desde las nueve hasta las doce. Pásate, por favor. Me encantaría volver a ver a Jake.

—Lo intentaré. Ciao —y se marchó.

Dallas se sentó en la silla que Matilda había dejado libre, frente a Nicole. Extendió sus largas piernas debajo de la mesa y se repantigó en el asiento, con un aire de perfecta indiferencia. Al igual que en los viejos tiempos. Solo que ya nada era como entonces. Nicole era una mujer adulta, casada. Una mujer controlada, segura de sí misma. Miró su mano izquierda. No llevaba anillo, seguía evitando los compromisos. ¿Por qué eso no la sorprendía?

—¿Y bien? ¿Qué has hecho durante todo este tiempo?

—Principalmente, perseguir asesinos.

—¿Por afición o por dinero?

—Habitualmente por afición, pero el sueldo me da para una pizza y una cerveza bien fría, de vez en cuando —bromeó.

—O sea que eres policía.

—Sí. Soy inspector de homicidios en el departamento de policía de Shreveport —tomó un sorbo de café—. ¿Y tú? Esperaba ver tu nombre en alguna candidatura electoral.

—¿Agarrada a los faldones de mi papá?

—No. Recuerdo que tenías ideas propias, y muy claras, acerca de

cómo se debería gobernar un país.

– Bueno, lo intenté durante una temporada. Pero no he heredado la pasión por la política que tenía mi padre.

– Poca gente la tiene.

Nicole ignoró su tono sarcástico.

– A mi padre le encantaba su profesión. No hay nada malo en ello.

– Yo no he dicho que lo hubiera. Aun así, no debió de gustarle nada que abandonaras ese barco.

– Tampoco mi padre me había ordenado precisamente que me metiera en política. La decisión final era siempre suya... –se interrumpió a mitad de la frase, recordándose que no estaba obligada a explicarle su vida a Dallas.

– Así que abandonaste tus aspiraciones políticas y te casaste con el doctor Malcomb Lancaster –pronunció Dallas cuando el silencio se tornó demasiado incómodo.

– Vaya, parece que me has seguido la pista bastante bien.

– Todos los periódicos locales recogieron la noticia de tu matrimonio.

– No sabía que los inspectores de homicidios hojearan las crónicas de sociedad.

– Más bien nos fijamos en las fotos de las mujeres bonitas.

Sonrió. Era la misma sonrisa que había asaltado sus sueños durante los largos meses que siguieron a su marcha, o más bien repentina desaparición. Lo miró, pero sus pensamientos volvieron a Malcomb y a la conversación de aquella mañana. ¿También su marido estaría pensando en marcharse y abandonarla? Quizá su verdadero talento residiera en su capacidad de ahuyentar a los hombres que más habían significado en su vida.

Dallas apuró el resto de su café y dejó el vaso de papel sobre la mesa.

– ¿Qué tal es la vida de casada?

«Difícil». Nicole sospechaba que esa era la respuesta que él deseaba escuchar. Pero... ¿a quién quería engañar? Dudaba que le importara mucho. Seguramente se lo había preguntado por simple cortesía.

– No es mala.

– ¿Entonces qué estás haciendo en la cafetería de la universidad en una mañana soleada como esta?

– Recogiendo información para matricularme –señaló el programa de estudios que le había dado Matilda–. Quiero sacar la licenciatura de Magisterio –al ver que arqueaba las cejas, inquirió–: ¿Eso te sorprende, Dallas?

– Un poco. Nunca te había imaginado como maestra, pero estoy seguro de que se te dará estupendamente –miró su reloj y se dispuso a levantarse–. Detesto tener que marcharme. Dentro de diez minutos tengo que intervenir en una clase de Sociología.

– No te preocupes. El deber es el deber.

Sus miradas se encontraron de nuevo, y una inesperada llama de deseo la barrió por dentro. Desvió la vista, esperando no haberse traicionado. Si ese fue el caso, Dallas no dio muestra alguna de haberlo advertido.

– Me alegro de haberte vuelto a ver.

– Lo mismo digo –repuso ella.

Esa fue toda la despedida. Dallas ni siquiera hizo el amago de una sonrisa cuando se volvió para dirigirse hacia la puerta.

Nicole hizo a un lado su taza de café, rozando la de Dallas. Eso había sido para él su aventura de nueve años atrás: un sencillo y fugaz roce. Porque para ella había sido mucho más.

Pero todo aquello pertenecía al pasado. Ahora era la señora de Malcomb Lancaster. Un matrimonio perfecto con el hombre perfecto:

eso era lo que decía todo el mundo.

Aunque, como buena hija de senador, sabía que las encuestas de opinión eran muy fáciles de manipular.

Eran las diez y cuarto cuando sonó el teléfono de la mesilla de Nicole. No pudo evitar sobresaltarse, aunque llevaba cerca de una hora esperando la llamada de Malcomb, para avisarla de que se hallaba en camino. Dejó a un lado el libro que había estado leyendo antes de contestar.

– ¿Diga?

No hubo respuesta. Solo el leve rumor de una respiración al otro lado de la línea. Se le aceleró el corazón.

– ¿Quién es usted? ¿Por qué... por qué hace esto?

– ¿Te encuentras bien, Nicole?

Era Malcomb. Soltó el aliento que había estado conteniendo hasta ese instante.

– Ahora sí. Esta mañana recibí una llamada muy extraña, y como no respondiste de inmediato, temí que se tratara de la misma persona.

– No, solo estaba apuntando unas notas en el informe de un paciente. ¿Qué tipo de llamada era esa?

– Oh, nada importante. Te lo contaré cuando vengas. ¿Cuándo podrás estar aquí?

– Salgo ahora mismo del hospital.

– Bien. Te estaré esperando.

Lo esperaría ansiosa, pensó mientras colgaba. Pero no para hablarle de aquella extraña llamada, sino para anunciarle que ya había tomado una decisión y que volvería a la universidad en enero. Se levantó de la cama, caminó descalza por la habitación y abrió el segundo cajón de la antigua cómoda de caoba. Debajo de varias prendas de seda, encontró el conjunto de ropa interior negra que

Malcomb le había regalado durante su luna de miel.

No pretendía en absoluto manipular la situación a su favor, pero la lencería negra constituía todo un recurso tan bueno como cualquier otro para llamar la atención de Malcomb. Lencería negra y whisky con hielo. Esa combinación podría hacerle mucho más digerible la noticia.

Malcomb pulsó el botón situado en el techo del coche, esperó a que se abriera la puerta del garaje y aparcó el deportivo. Por fin en casa. Permaneció sentado durante unos minutos disfrutando de la sensación, dándose tiempo para distanciarse del resto de acontecimientos de la noche. Compartimentos separados. Esa era la única manera de poder mantener su vida bajo control.

Antes de abrir la puerta, se sacó de un bolsillo de la camisa una toallita perfumada, envuelta en un sobre de plástico. Lo rasgó y se limpió concienzudamente las manos antes de hacer una bola con ella y tirarla a la papelera. Solo entonces bajó del deportivo. Tras recoger el ramo de flores que había comprado en el supermercado nocturno, aspiró profundamente y se dirigió a la puerta trasera de la casa. Aquella mañana había cometido un desliz, dejando que su adorable esposa lo contemplara bajo una nueva luz no precisamente favorable. Pero esa noche lo arreglaría. Las flores y los cumplidos podían encubrir cualquier pecado.

Porque no eran pocos sus pecados.

Nicole vio primero el ramo de flores. Y se enterneció aún más cuando alzó la mirada a su rostro. Sabía, sin necesidad de preguntárselo, que había tenido un día difícil. Le tendió la copa de whisky.

– Bienvenido a casa, doctor Lancaster.

– Gracias – repuso con voz ronca, tensa. Le entregó las flores para aceptar la bebida, se llevó la copa a los labios y se bebió la mitad antes de dejarla sobre la mesa de la cocina, contemplándola.

Recorrió con los ojos el conjunto de lencería negra, detenidamente. El anterior barniz de frialdad desapareció para verse sustituido por un brillo de deseo.

– Está usted muy sexy esta noche, señora Lancaster.

– Y todo es para ti.

Malcomb le quitó las llores y las dejó también sobre la mesa. Luego, deslizó la palma de la mano derecha por las puntas de sus senos. Mientras tomaba otro sorbo de whisky, observó cómo se endurecían los pezones, presionando contra la finísima tela.

Sin esperar a terminar su copa, procedió a despojarla del sostén.

Nicole habría dado cualquier cosa con tal de sentir algo. Nunca había esperado que las cosas pudieran resultar así, que sus sentimientos por Malcomb pudieran cambiar tan drásticamente en apenas diez meses. Pero tener sexo con él era una experiencia impersonal, distante, desconectada de cualquier emoción.

Ajeno a su falta de respuesta, Malcomb continuó acariciándole los senos desnudos, primero con las manos y luego con la boca. Sin dejar de besarla o de susurrarle cariñosas palabras, deslizó luego los dedos bajo la cintura de la braga. Si ella no lo hubiera detenido a tiempo, la habría penetrado y alcanzado el clímax sin mayor dilación. Pero se apartó. Y Malcomb se tensó visiblemente.

– ¿Qué pasa, corazón?

– Nada. Solo que disfrutaría más si habláramos antes.

Se la quedó mirando como si acabara de aterrizar de otro planeta.

– Es importante para mí, Malcomb.

Recogió su copa y la apuró de un trago. El brillo de deseo se había evaporado de sus ojos. La frialdad había retornado a sus rasgos. Ante aquella transformación, Nicole se arrepintió de sus palabras. Había elegido el peor momento para hablar con él. Lo que tenía que decirle debería esperar...

– Es igual, tampoco tiene tanta importancia...

Malcomb se acercó a la ventana, contemplando la oscuridad.

– Dime lo que me tengas que decir, Nicole. Nunca temas hablarme de nada.

Se agachó para recoger su sostén del suelo, deseando no haberse puesto aquel conjunto, deseando... En realidad, no sabía lo que deseaba. Pero ahora que ya lo había molestado, tenía que terminar lo que había empezado.

– Hoy he ido a la universidad para recoger un programa de estudios para la primavera.

– ¿Y?

– Que ofertan las clases que necesito.

Malcomb le lanzó una mirada tan acusadora como si acabara de confesarle que se estaba acostando con el jardinero. Nicole comprendió que no iba a ponérselo fácil.

– Me he matriculado. Vuelvo a la universidad. Quiero licenciarme en Educación Especial.

Continuó mirándola con actitud intimidante, los labios apretados. Sin la menor sombra de simpatía, o de comprensión.

– Por favor, Malcomb, intenta comprenderlo. Esto es algo que necesito hacer por mí. No tiene nada que ver con nosotros.

– No. Solo tiene que ver contigo.

Las lágrimas le nublaron la vista mientras recogía el ramo para ponerlo en un florero de cristal. Ni siquiera sabía por qué el hecho de regresar a la universidad podía molestarlo tanto. Al igual que otras muchas cosas.

Solo tenía una cosa clara. El matrimonio no era para los débiles de espíritu.

Dallas se despertó sobresaltado; luego, gimió y descargó un

puñetazo contra la almohada. El teléfono sonó de nuevo. Lo descolgó rápidamente antes de que volviera a sonar.

—¿Es que una sola noche de sueño es pedir demasiado? — pronunció, furioso.

—Sí. Ah, por cierto. Buenos días.

Era su compañero.

—¿De qué se trata esta vez?

—Freddy ha vuelto a las andadas.

—Otro cadáver no, por favor...

—Eso me temo. Todavía no hay detalles, excepto que se trata de una mujer de raza caucasiana, probablemente de veintitantos años. Asesinada de la misma manera que las otras tres. Su cuerpo ha aparecido a menos de tres kilómetros de donde fue encontrado el último.

Se le encogió el estómago. La gente pensaba que los policías estaban familiarizados con la muerte, como si no los afectara. No era cierto.

—¿Cuánto tiempo llevaba muerta?

—Es un asesinato reciente. Probablemente la mataron durante la noche. Se trata de un dato oficioso, por supuesto.

Dallas ya había perdido el sueño.

—Dentro de cinco minutos pasa a recogerme.

—Estoy a diez de tu casa.

—Entonces hazlo en siete — cortó la comunicación y se puso los pantalones. Mientras lo hacía, pensó que algún maldito asesino debía de andar por ahí fuera... probablemente durmiendo a pierna suelta en aquel preciso instante.

Capítulo 3

Janice se hallaba sentada a la cabecera de una larga mesa, rodeada por una docena de alumnos de preescolar que se afanaban en untar con cola macarrones crudos, y de paso diversas partes de su cuerpo. Los macarrones los pegaban a las paredes exteriores de cajas cilíndricas, formando hileras. Cuando terminaron, las cajas se parecían a tambores de indios norteamericanos.

— ¿Cómo has podido convencerme para que termine haciendo una cosa así? Te juro que no lo entiendo — protestó Janice, haciéndose oír por encima del griterío infantil.

Nicole se detuvo a su lado mientras rompía otra bolsa de macarrones y los derramaba sobre la mesa.

— Pero si los niños son adorables...

— ¿Adorables? Tan pronto como me doy la vuelta, me ponen la espalda perdida de pegamento.

— Eso solo ha ocurrido una vez...

— Dos veces. Y las dos protagonizadas por el mismo diablillo pelirrojo — Janice señaló con la cabeza al villano en cuestión —. Aquel de allá.

— Tiene poco más de tres años. En un duelo con él, probablemente le ganarías.

— Muy gracioso. Por cierto, ¿qué planes tienes para cuando termines de hacer tiempo aquí?

— No estoy haciendo tiempo, Janice. Ya sé que te cuesta entenderlo, pero yo disfruto con estas cosas.

— Ya. Tienes razón. Me cuesta entenderlo.

Pero había algo que inquietaba especialmente a Nicole aquel día. Y su prima lo había notado. La tomó del brazo y se la llevó a un rincón, para que pudieran hablar tranquilamente.

– Vuelvo a mi pregunta original. ¿Tienes algo que hacer después de esto o podemos salir a comer juntas, quizás a algún restaurante donde no se permita la entrada a menores de cinco años?

– Hoy no.

– ¿Por qué no? ¿Alguna cita caliente?

– Sí, en una mullida e invitadora cama.

– Cuéntame más.

– No es lo que estás pensando. Malcomb sale temprano los viernes y estaba pensando en dormir una buena siesta antes de que vuelva a casa.

– Una siesta. Eso no es para ti. Tú no estás enferma, estás... ¡estás embarazada! Es eso, ¿verdad?

– Para nada. ¿Cómo se te ha ocurrido semejante cosa?

– Esas cosas pasan. ¿Estás segura?

– No estoy embarazada.

– ¿Entonces qué te ocurre?

– Nada. De verdad. Es solo que anoche no dormí bien y estoy un poquito cansada. Ya comeremos juntas un día de la semana que viene. Te lo prometo.

Janice se volvió en el instante en que sintió la punta de una barra de pegamento en el centro de la espalda. Una aguda vocecilla gritó:

– ¡Otra vez!

Aquello era la guerra. Janice se levantó y obligó a su precoz enemigo a sentarse en su silla. Su caja estaba prácticamente vacía de macarrones. Obviamente, el crío no había estado en absoluto interesado en llevarse aquel grotesco recuerdo a casa. Y, ahora que

pensaba sobre ello, tal vez fuera el más inteligente de todos...

Janice se sentó a su lado para ocuparse personalmente de que decorara la caja. Poco después Nicole anunciaba que había llegado la hora de lavarse. Su prima la bendijo en silencio. Haciendo sonar sus tambores, los niños salieron de la sala. Sus madres los estaban esperando en la puerta.

«Libre al fin», pensó Janice, pero se detuvo en seco al descubrir a uno de los hombres que estaban esperando. Fue un reconocimiento inmediato, acompañado de una oleada de furia. Dallas Mitchell seguía con la mirada cada uno de los movimientos de Nicole. Si aquel energúmeno había vuelto a la vida de su prima, entonces eso explicaba definitivamente su extraño humor. Mientras se limpiaba las manos con un trapo húmedo, se dirigió directamente hacia él.

– ¿Qué diablos estás haciendo tú aquí? – le espetó, bajando la voz.

– Yo también me alegro de verte, Janice.

– Límitate a responder a la pregunta.

– He venido a ver a Nicole.

– Está casada, Dallas. Con un hombre de verdad, no con alguien que aparece y al momento echa a correr.

– Eso he oído.

– Entonces haz algo bueno por una vez. Sal de aquí y aléjate de ella.

– ¿No te parece que Nicole ya es lo suficientemente mayor como para decidir con quién quiere hablar y a quién mandar a paseo?

– No es un problema de edad, sino de sentido común.

– ¿Estás sugiriendo que Nicole no es tan sensata como tú?

– Por lo que a ti se refiere, no.

– La subestimas – replicó él, sacudiendo la cabeza –. Además, no he venido a causarle ningún problema.

– ¿Entonces a qué has venido? No me digas que alguna de estas criaturas es tuya.

No contestó. No tenía ninguna necesidad. Nicole se reunió en aquel instante con ellos. La tensión del ambiente casi se podía tocar.

– Vaya, dos veces en dos días – comentó Nicole.

– Necesito hablar contigo. En privado.

Nicole hundió las manos en los bolsillos del blusón rosa que se había puesto encima de la ropa, para no mancharse.

– No sé qué es lo que tendríamos que hablar tú y yo que mi prima no pudiera escuchar.

– Eso, chico listo – intervino Janice –. ¿Qué es lo que tanto interés tienes de decirle a mi prima casada... que yo no debo oír?

– Es un asunto profesional.

– ¿Qué tipo de asunto, Dallas?

Pero Dallas continuó ignorándola, obstinado. Y Nicole, finalmente, cedió.

– Está bien, Janice. Ya me encargo yo de esto.

– Pero no tienes ninguna obligación de...

– Si Dallas dice que es un asunto profesional, no tengo ninguna razón para dudarle – volviéndose hacia él, añadió –: Tengo que quedarme aquí y preparar unas cosas para las clases de la tarde, pero podemos hablar mientras tanto.

– Me gustaría.

Dallas siguió a Nicole. Janice se quedó mirándolos. Aquella conversación no presagiaba nada bueno. Pensó en advertir por última vez a su prima, pero luego cambió de idea. ¿Qué sentido tenía esperar que Nicole siguiera sus consejos por lo que se refería a los hombres? Ni siquiera ella misma los seguía. Para su desgracia.

Dallas ayudó a Nicole a cambiar el mantel de papel que cubría la

larga mesa plegable. Trabajar con ella le resultaba incómodo. Siempre había sido así, pero en aquel momento no quería pensar en el pasado.

– ¿Cómo supiste dónde encontrarme?

– Tu amiga Matilda comentó ayer que quizá te vería hoy aquí, en el centro de Red River.

– Al final no ha podido venir.

Apoyando las manos en el respaldo de una de las sillas de metal, lo miró. Dallas no pudo menos que admirar el reflejo del sol en aquellos ojos, que parecían brillar como gemas. Tragó saliva. Ahora era la esposa de otro hombre. Y aunque no lo hubiera sido, él había renunciado a ella años atrás.

– Bueno, ¿qué es lo que quieres decirme, Dallas?

Por toda respuesta, sacó una silla y la invitó a sentarse. Cuando lo hizo, le preguntó:

– ¿Conoces a una mujer llamada Karen Tucker?

Nicole entrecerró los ojos, desconfiada.

– ¿Esto es un asunto profesional?

– Por supuesto.

– ¿De la policía?

– Por desgracia, sí. ¿La conoces?

– No.

– Piénsalo bien. Puede que la conocieras de la universidad, o del mundo de la política. Tal vez fuera amiga de tu padre antes de que muriera, o la amiga de una amiga...

– Karen Tucker – repitió el nombre, esforzándose por recordar –. No me resulta familiar. ¿Vive en Shreveport?

– Vivía. La asesinaron anoche – observó el cambio que sufrió la expresión de Nicole. Sus ojos vivaces se oscurecieron, antes de desviar la mirada. Era una típica reacción ante aquella clase de noticias,

incluso cuando la persona en cuestión no conocía a la víctima.

—Lo siento —repuso—, pero no la conozco. ¿Qué te hace pensar que sí?

—Llevaba encima una nota con tu nombre y un número de teléfono. En un bolsillo del pantalón.

Nicole sacudió la cabeza, asombrada.

—¿Qué más había escrito en la nota?

—Nada más. Solo tu nombre y el número de teléfono.

—¿Qué edad tenía?

—Veintiséis años.

—Tan joven... —Nicole esbozó una mueca—. ¿Sabes quién la mató?

—Todavía no. Por eso necesito tu ayuda.

—No me llamó, eso desde luego. Si hubiera hablado con ella, me acordaría.

—Quizá Malcomb recibió la llamada.

—No recuerdo que me mencionara a nadie llamada Karen.

—¿Y no recuerdas haber recibido ninguna llamada extraña durante los últimos días?

—¿Extraña? ¿En qué sentido?

—No lo sé. Estoy abierto a todas las opciones.

Nicole se levantó para recoger una caja de cartón, que colocó encima de la mesa.

—¿Crees que yo tuve algo que ver con el asesinato?

—No, claro que no. Pero el asesino no ha dejado muchas pistas — de hecho, no había dejado ninguna —. Esperaba que quizá conocieras a Karen y pudieras darme alguna información sobre ella.

—¿No tenía amigos, familiares, compañeros de trabajo?

– También pensaba hablar con ellos.

– ¿Pero viniste a verme a mí primero?

– Me parecía tan buen comienzo como cualquier otro – no quiso mencionarle que el hecho de haber encontrado una nota con su nombre y su número de teléfono en el cadáver lo había dejado realmente impresionado.

Según acababa de asegurarle, Nicole no tenía vínculo alguno con Karen. Ni siquiera la conocía de oídas. Y sin embargo había percibido cierto cambio en ella. Parecía preocupada, vulnerable. ¿Sería por algo que él había dicho o simplemente el tema de conversación la estaba afectando demasiado?

– Ojala pudiera ayudarte, Dallas, pero no conozco a ninguna Karen Tucker.

Empezó a desabrocharse el blusón. Dallas se colocó detrás de ella y la ayudó a quitárselo. Su cercanía despertó algún que otro indeseable impulso. De hecho, se demoró en la tarea más de lo debido.

Nicole dobló el blusón y lo guardó en un pequeño bolso de lona.

– Tengo que irme.

– Claro – Dallas también necesitaba salir de allí. Forzó una sonrisa

– . ¿Quieres que te lleve a algún sitio?

– Tengo coche.

– Entonces permíteme que te acompañe hasta el aparcamiento.

– ¿Como policía o como viejo amigo?

– Como viejo amigo.

– Voy a por mi bolso.

Mientras la esperaba, cientos de desagradables pensamientos acribillaron su cerebro. Tenía un cadáver. Nada nuevo. Aquel asesinato se parecía mucho a los otros tres, pero no era exactamente igual. No había sido tan limpio. Esa vez la víctima no había sido

despojada de su ropa, ni torturada. Pero la incisión del cuello era similar y la mujer encajaba en el modelo. Morena. Menuda. Atractiva.

¿Qué vínculo habría podido tener aquella víctima con Nicole? ¿Por qué se había mostrado tan incómoda cuando él le preguntó si había recibido alguna llamada extraña? ¿Y qué iba a hacer con el deseo que lo abrumaba cada vez que se acercaba a la mujer a la que había abandonado nueve años atrás?

– Ya estoy lista, Dallas.

Ya, pero... ¿lo estaba él?

Nicole intentó entablar una conversación superficial mientras se dirigían hacia su coche, pero fracasó miserablemente. Estaba con Dallas y, además, aquella no era la mejor de las circunstancias. Karen Tucker. Apenas el día anterior aquella mujer había estado viva, probablemente yendo a su trabajo, o quizá haciendo planes para el futuro. Hoy estaba muerta, y su cuerpo era un cadáver.

«¿Y no recuerdas haber recibido ninguna llamada extraña durante los últimos días?». La pregunta de Dallas seguía acosándola. La llamada que había recibido la mañana del día anterior solo había sido una broma, nada más. No había motivo alguno para pensar que podía haberse tratado de Karen Tucker. ¿Pero entonces por qué no se la había mencionado a Dallas? ¿Por qué no le había dicho que una mujer la había telefoneado para acusar a su marido de ser un mentiroso y un impostor? Se abrazó, dándose cuenta de que estaba temblando.

– ¿Te encuentras bien?

– Claro que estoy bien. ¿Por qué no habría de estarlo?

– Por ejemplo, porque hoy he venido a verte sin previo aviso.

– Estabas haciendo tu trabajo, ¿no?

– Cierto. Pero ahora te estoy hablando como un viejo amigo.

Continuó caminando sin molestarse en responder. Ambos sabían por qué estaba allí, y eso no tenía nada que ver con su pasado.

– ¿Qué tal está Ronnie?

– Bien.

– Me alegro. Siempre me cayó bien.

Era verdad. Dallas había sido uno de los pocos extraños, ajenos al círculo familiar, que parecía haber conectado bien con Ronnie. Aun así, habría despreciado su amistad con Ronnie de la misma manera que la había despreciado a ella. Y Nicole se resintió que hubiera sacado a su hermano a colación.

– ¿Sigues en aquel hogar de Kings Highway?

– Sí.

– ¿Está contento?

– En general sí, aunque tiene días buenos y malos. Acoplarse a una rutina siempre le viene bien.

– Me gustaría volverlo a ver.

– Dudo que se acuerde de ti.

– Tal vez sí. Solíamos tomar un banana split. Le encantaban los que tenían tres cerezas.

Nicole suspiró de alivio cuando llegaron al coche. Dallas le abrió la puerta y ella se sentó al volante.

– Si más adelante recuerdas algo más, cualquier cosa relacionada con Karen Tucker, te agradecería que me llamaras – se sacó una tarjeta de un bolsillo de la camisa y se la entregó –. Llámame al móvil. Es la manera más directa.

– De acuerdo.

– Ah, y hablaba en serio acerca de lo de volver a ver a Ronnie.

Nicole vaciló, deseando que a Dallas se lo tragara la tierra. No ocurrió.

– La decisión es tuya, Nicole. Si no quieres que lo vea, simplemente dímelo.

—No, si tú quieres visitar a Ronnie, simplemente llámalo al hogar. La supervisora te concertará una cita. Pregunta por Tilda —sacó un papel, le apuntó el número de teléfono y se lo entregó.

—Gracias —le cerró la puerta de una vez, pero se apoyó en ella—. Insisto. Si te apetece decirme cualquier cosa, hablar de lo que sea, déjame un mensaje y me pondré en contacto contigo.

Aquellas palabras le suscitaron una enorme amargura. Ya habían pasado antes por aquello. Nueve años atrás, una llamada de teléfono suya habría significado un mundo de diferencia para ella.

—Si se me ocurre algo que tenga que ver con Karen Tucker, te llamaré.

Dallas asintió y se apartó del coche, mientras ella arrancaba. Se marchó. Eso fue todo.

Pero Nicole se dijo que su visita le había cambiado el día. Ya no necesitaba dormir ninguna siesta, y ardía en deseos de ver a su marido. Iría directamente al hospital y lo sorprendería. Lo invitaría a comer.

Y le preguntaría si conocía a Karen Tucker.

Capítulo 4

– Que agradable sorpresa.

Nicole se relajó un tanto cuando Malcomb se levantó de su escritorio para saludarla. En el instante en que le dio un rápido beso en una mejilla, su anterior aprensión desapareció por completo. Y con ella las dudas que la habían acosado durante el trayecto al hospital.

A pesar de los problemas que habían tenido, no había ningún motivo para pensar que la extraña llamada que había recibido la víspera pudiera estar relacionada con Karen Tucker. Debía de haber sido simplemente una broma de mal gusto.

– Creía que Janice y tú ibais a pasar el día en el centro de Red River.

– No, solo la mañana.

– ¿Que tal las actividades artísticas con los más pequeños?

– Bien, pero un poco cansado. Los críos de preescolar tienen demasiada energía.

– No me extraña. Debes de estar agotada.

– Y hambrienta. Esperaba convencerte de que comiéramos juntos.

– Es una pena, pero le prometí a Jim Castle que comería con él. Quiere pedirme consejo para comprarse una cámara fotográfica. Lo siento.

– Oh es igual. No importa.

Malcomb le tomó las manos entre las suyas.

– ¿Te pasa algo, corazón? Pareces un poquito alterada.

– Quería hablar contigo, pero podré esperar hasta la noche,

cuando vuelvas a casa.

—Absurdo. Es Jim quien puede y debe esperar —le pasó un brazo por los hombros y la hizo sentarse al otro lado del escritorio—. Y ahora cuéntame que es lo que te pasa. ¿Se trata de Ronnie? ¿Ha habido algún problema en el hogar?

—No.

Se sentó en el borde de la silla. Malcomb volvió a tomar asiento frente a su escritorio, mirándola intensamente, pendiente de cada palabra suya.

—Si se trata de lo de anoche, no se me ocurre nada que decirte excepto que lo siento, Nicole. Intento con todas mis fuerzas volver a casa sin el estrés que me produce este trabajo, para que no afecte a nuestra relación, pero a veces no lo consigo.

—No, no tiene que ver con lo de anoche —vaciló, insegura—. Esta mañana recibí una visita en el centro.

—¿Quién era?

—Un inspector del departamento de policía de Shreveport.

Una sombra de preocupación cruzó por el rostro de Malcomb, oscureciendo sus ojos grises.

—¿Que quería?

—Preguntarme si conocía a una mujer llamada Karen Tucker.

—¿Por qué?

—Fue asesinada anoche, y en un bolsillo de su pantalón encontraron una nota con mi nombre y el número de teléfono.

Malcomb arqueó las cejas.

—¿Tú conocías a esa mujer?

—No, que yo recuerde. Eso fue lo que le dije a Dallas.

—¿Dallas?

—Dallas Mitchell, el inspector. Es un amigo, o al menos lo era.

Hace unos años estuvo trabajando en una de las campañas electorales de mi padre.

— ¿Cuánto tiempo hace de eso?

— Nueve años. En verano, cuando todavía estaba en segundo curso.

— ¿Así que ese viejo amigo tuyo te siguió la pista hasta el centro para interrogarte?

— No fue así exactamente. Ayer me lo encontré cuando me estaba matriculando en la universidad. Estaba hablando con Matilda y se enteró de que hoy pensaba trabajar con los niños en el centro.

— Qué casualidad.

— Sí que lo fue.

— Ya. Así que ese policía coincidió contigo en la universidad a la misma hora. Y hoy fue a buscarte al centro de Red River.

— Está intentando averiguar todo lo posible acerca de la víctima.

— La víctima. Estás empezando a hablar como un policía. En cualquier caso, no me gusta que ese tipo te haga visitas sorpresa y te ponga en ese estado... de alteración.

— En cambio, a mí lo que más me preocupa es que mi número de teléfono estuviera en el bolsillo de esa mujer. Me preguntaba si a lo mejor la conocías tú...

— ¿Fue eso lo que sugirió ese policía?

— No. Simplemente pensé que si esa mujer me conocía a mí, tal vez a ti también.

— ¿Cómo dijiste que se llamaba?

— Karen Tucker.

— El nombre no me suena de nada — se alzó la manga de la bata y consultó su reloj—. Ahora sí que tengo que irme. ¿Por qué no te vuelves a casa y descansas un poco? Comeré rápido y estaré pronto de

vuelta. Seguiremos hablando allí.

– De acuerdo – se levantó y se dirigió hacia la puerta.

– Siento que hayas tenido una mañana tan mala – le comentó mientras la acompañaba.

– No ha sido culpa tuya.

– Lo sé, pero detesto verte así.

La besó en la nuca, lo cual solía provocarle un estremecimiento de deseo. Esa vez, sin embargo, no tuvo ningún efecto.

– Ah, una cosa más, Malcomb...

– ¿No puede esperar?

Podía esperar, pero aquel le parecía un buen momento para decírselo. Se volvió para mirarlo.

– Ayer por la mañana recibí la llamada de una mujer que se negó a identificarse.

– ¿Se trata de la broma de la que me hablaste?

– Sí. Esa mujer se limitó a decirme que mi marido era un mentiroso y un impostor.

– ¿Un mentiroso y un impostor? – se echó a reír –. ¿Qué diablos le habría hecho yo? ¿Cobrarle demasiado por una consulta?

– No me dijo nada más.

– Porque no sabría qué decirte. Espero que no hayas dado crédito a esas acusaciones...

– No, pero ahora, reflexionando sobre todo eso... ¿crees que esa mujer pudo haber sido Karen Tucker? Eso explicaría por qué llevaba encima una nota con mi nombre y mi número de teléfono.

– ¿Se lo dijiste al inspector?

– No.

– Bien – Malcomb la estrechó en sus brazos –. No te preocupes

por Karen Tucker, querida. Lo que pueda haberle sucedido no tiene nada que ver con nosotros dos. Estoy convencido de que tu amigo policía llegará rápidamente a esa misma conclusión.

—Supongo que sí.

—¿Seguro que estarás bien? Puedo telefonear al restaurante y cancelar la cita con Jim. Estoy convencido de que lo comprenderá.

—No. Estaré bien, de verdad.

Mientras salía del despacho y se dirigía hacia los ascensores, se metió una mano en el bolsillo del pantalón y tocó la tarjeta que le había entregado Dallas. Ver a Malcomb no la había ayudado. Cientos de preguntas y de dudas seguían acosándola. ¿Por qué no le había contado a Dallas lo de la llamada anónima? ¿Había tenido miedo de involucrar a Malcomb en una investigación de la policía? ¿O acaso no había querido admitir, delante del hombre que la había abandonado años atrás, lo que aquella mujer había dicho de su marido?

Para cuando llegó al coche, estaba temblando. Nada más sentarse al volante, sacó su teléfono móvil. Tenía que llamar a alguien que quisiera escucharla.

—Por favor, que esté en casa... —susurró.

Janice resoplaba furiosa mientras se apresuraba a recoger las revistas que había dejado dispersas por el salón, así como los zapatos que se había quitado nada más entrar en casa. Cuando la llamó por teléfono, resultó evidente que Nicole estaba muy alterada. Y no tenía ninguna duda de que la culpa era de Dallas Mitchell.

Por muy despreciable e insensible que fuera, le costaba creer que hubiera tenido el descaro de ir a buscarla después de todo lo que había pasado. Y sin embargo, eso era exactamente lo que estaba haciendo. Peor aún. Aquella mañana, Janice había podido percibir la erótica tensión que seguía reverberando entre los dos.

Afortunadamente se había tomado todo el día libre, en vez de solamente la mañana. Esa sería una buena oportunidad para hacer

que Nicole entrara en razones. Una dosis de verdad pura y dura era lo que necesitaba su prima. Dallas Mitchell no significaba otra cosa que problemas.

Nicole dejó su taza de té con hielo sobre la mesa de la cocina, mirando a Janice. Una expresión de desprecio acababa de asomar a sus rasgos. Se lo había contado todo: su encuentro con Dallas en la universidad, los detalles de su visita de aquella mañana, incluso el mensaje de la llamada anónima del día anterior.

Janice apoyó los codos en la mesa, inclinándose hacia ella.

– No me lo creo. Es demasiada casualidad.

– Eso es lo que pienso yo todo el rato. Debería haberle contado a Dallas lo de la llamada anónima, para que pudiera investigarla.

– ¿Estás de broma? Yo no le diría absolutamente nada acerca de mi vida privada. Lo que no me creo es su papel en todo esto. No me extrañaría que se hubiera inventado toda esa historia con tal de acercarse hacia ti. Probablemente se imagina que puede tener una tórrida aventura contigo, ahora que ya eres una mujer casada.

– Yo estoy segura de que no se ha inventado lo del asesinato.

– No, pero pudo haber hecho que alguien te llamara para insinuarte que Malcomb te estaba engañando con otra mujer, sembrando la duda en tu cerebro y haciéndote más receptiva a sus intentos de acercamiento.

– Eso es absurdo.

– ¿Ah, sí? Pues yo me lo puedo creer de él. Primero hizo que esa mujer te llamara, luego te siguió el rastro hasta la universidad para provocar vuestro encuentro «casual». Es el tipo de cosas que un canalla como él sería capaz de hacer.

– Me extraña.

– ¿Te extraña? Nicole, eres demasiado ingenua.

– Bueno, Dallas no se propasó precisamente conmigo. Y aquella

mujer no me dijo que Dallas estaba cometiendo adulterio, solo era que un mentiroso y un impostor.

– ¿Y qué te crees tú que quiere decir eso?

– Malcomb piensa que quizá se trate de alguna paciente descontenta por la elevada cantidad de dinero que le haya cobrado por una consulta.

– Ya. Otro ingenuo.

– Te equivocas esta vez, Janice. Dallas está metido de lleno en una investigación criminal. Jamás me mentiría acerca del nombre y del número de teléfono que encontraron entre las ropas de esa mujer.

– Tal vez sí. Como tú misma dijiste, no te visito de manera oficial. Pudo haberse tratado de otra excusa para acercarse a ti. Mira, yo no quiero herir tus sentimientos, Nicole, pero tienes que reconocerlo. Eres una ingenua. Y Dallas te sigue gustando.

– Claro que no.

– Ayer pude ver las chispas que saltaban entre vosotros dos. No te estoy culpando por ello. Todo el mundo conserva siempre una especial debilidad por su primer amor, por muy canalla que pueda ser.

– No hay nada entre Dallas y yo.

– Bien. Entonces aléjate de él. No quiero verte sufrir de nuevo. Y no quiero que estropees tu relación con Malcomb. Es un marido ideal. Los hombres como él no se encuentran todos los días.

– Nadie es perfecto. Y Malcomb, ciertamente, tampoco – Nicole se dispuso a levantarse de la mesa – . Tengo que irme ya.

– Yo ya he dicho lo que tenía que decirte.

– Y te lo agradezco. Si he venido aquí ha sido para que me dieras tu sincera opinión.

– Pero crees que esta vez me he equivocado.

– No sé que pensar.

– Entonces, al menos, ten cuidado.

– ¿Y escuchar a mi corazón y a mi conciencia?

– No. Una mujer nunca puede escuchar a su corazón y su conciencia por lo que respecta a los hombres, sobre todo a los tipos sin escrúpulos como Dallas. En todo caso, recuerda que ese hombre no es tu amigo, y que tienes todos los motivos para desconfiar de él.

– Lo tendré en cuenta.

Afortunadamente, Janice cambió de tema mientras Nicole recogía su abrigo. Se quejó del ruidoso perro de su vecino y le habló de las últimas compras que había hecho. Una conversación superficial que no incluía el asesinato.

Cuando salió a la calle soplaba una brisa fresca, que no explicaba el frío que sentía por dentro. No tenía una explicación racional para sus temores. Pero sabía, con una certeza rayana en lo sobrenatural, que lo peor estaba aún por venir.

Dallas se inclinó sobre su escritorio, examinando las fotografías del último asesinato. Esa vez el asesino no había limpiado la sangre, al contrario que con las víctimas anteriores. Le había seccionado la carótida izquierda, sin desnudarla ni disponer el cadáver como si estuviera posando para alguna revista pornográfica. Y no había señales visibles de tortura física.

– Un canalla con la sangre bien fría, ¿eh? – comentó Corky entre bocado y bocado de donut. Estaba repantigado en su silla, frente a Dallas, con los pies apoyados sobre la mesa.

Corky Brown era un buen compañero. Lo único que se le podía criticar eran sus modales irreverentes y su afición por la comida basura. Lo cual a Dallas le daba exactamente igual.

– Sí. Tan frío como eficaz. Un pequeño corte en el lugar preciso.

– Ese tipo sabe lo que se hace. Esparce a propósito todo tipo de muestras de ADN como si fuera confeti. Fluidos corporales, sangre,

cabellos... todo ello colocado sobre la ropa de las víctimas, y algo sobre sus cuerpos, cuidadosamente lavados. Muestras de ADN de una docena de personas diferentes, por lo menos. Y probablemente ninguna de ellas es suya.

—Supongo que tendremos que esperar al informe del forense antes de sacar alguna conclusión sobre el modus operandi de este último crimen —pronunció Dallas—. Pero lo que sí sabemos es que esta vez ha alterado un poco su estilo. No ha lavado a la víctima, no la ha desnudado y, aparentemente, no la ha movido después de matarla. La ha dejado literalmente bañada en sangre.

—Quizá no se trate del mismo hombre —apuntó Corky, levantando su lata de cerveza—. Tal vez se trate de un caso de imitación, sobre todo cuando algunos detalles del estilo del asesino, como el del corte en la carótida, han sido filtrados a la prensa. Así que es posible que nos las estemos viendo con dos asesinos. Gracioso, ¿no?

—Yo sigo pensando que se trata del mismo hombre.

—¿Cómo explicas entonces esos cambios?

—Tal vez ocurrió algo que lo obligó a darse prisa, o quizá se haya relajado un tanto ahora que su récord de asesinatos está tan crecido.

—Tal vez. Estoy seguro de que la especialista en perfiles criminales podrá aportarnos algo. Supongo que tardará todavía algunos días en exponer los resultados de sus investigaciones, mientras analiza los nuevos datos. Por cierto, ¿qué tal te ha ido con la señora Lancaster?

—Ya te lo he dicho todo. Afirma no conocer a nuestra víctima.

—Eso ya lo sé. Cuéntame lo más sabroso. ¿Cómo llegaste a conocer a un bombón tan aristocrático?

—Fue mientras trabajaba en la campaña electoral de su padre, hace años. La conocí durante aquel verano.

—Ya, una aventura veraniega con una colegiala caliente...

—¿No puedes pensar en algo que no sea sexo, aunque solo sea por una vez?

– Sexo, comida y asesinatos. ¿Es que existe algo más en el mundo?

– El fax – Dallas señaló la máquina, situada en una esquina de la habitación. Había empezado a sonar y estaba transmitiendo un mensaje—. Recógelo. Puede que sea algo del forense. O alguna información sobre las llamadas de teléfono que realizó la víctima.

– Pero no hay nada entre la señora Lancaster y tú, ¿verdad?

– Es una mujer casada.

– No es eso lo que te he preguntado.

– No hay nada entre nosotros.

– De acuerdo. Solo quería asegurarme de que no te vas a molestar si este fax demuestra que tu amiga de la alta sociedad te mintió esta mañana.

– Nicole no me mintió. No tenía ninguna razón para hacerlo.

Corky leyó el papel, frunciendo la nariz. Dallas reconocía esa expresión.

– ¿Qué es?

– La relación de llamadas de Karen Tucker.

Corky dejó el papel en el escritorio de Dallas.

– Lo siento, amigo, pero parece que efectivamente te mintió.

Dallas leyó la lista. El número de teléfono que encontraron entre las ropas de Karen Tucker no figuraba en ella. Pero otro número, también registrado a nombre de los Lancaster, sí. Y muchas veces.

Capítulo 5

Nicole se despertó lentamente de su siesta. Oyó sonar el teléfono, pero fue incapaz de levantar el auricular hasta el cabo de un buen rato.

– ¿Diga?

– ¿Nicole?

La punzada de aprehensión que sintió al escuchar aquella voz terminó de despertarla.

– Soy yo. ¿Qué pasa, Dallas?

– Otro pequeño problema.

Maldijo para sus adentros.

– ¿Se trata otra vez de Karen Tucker?

– Eso me temo. Tenemos la lista de llamadas telefónicas que estuvo haciendo.

– ¿Y figura mi número?

– Sí.

Su sintió como si la hubieran sorprendido robando algo. Todo habría resultado mucho menos incómodo si desde el principio le hubiera contado lo de la llamada anónima. Ahora parecía como si tuviera algo que esconder.

– Puedo explicarlo.

– Tal vez no debas hacerlo, Nicole. Al menos tan pronto.

– ¿Qué quieres decir?

– A veces es mejor hablar antes con un abogado.

– ¿Un abogado? Yo no necesito ningún abogado. No si te dignas escuchar mi explicación...

– Por mí, estupendo. ¿Podemos tomar un café en alguna parte?

– Puedo explicártelo por teléfono.

– Preferiría que nos viéramos.

– ¿Cuándo?

– Ahora, si tienes unos minutos. Cuanto antes aclaremos esto, mejor para todos.

Se levantó de la cama y miró el reloj. Eran las tres menos diez. Había dormido cerca de una hora, y tan profundamente que ni siquiera había oído volver a Malcomb.

– Probablemente Malcomb querrá acompañarme.

– En ese caso puedo ir a tu casa, si quieres.

Nicole consideró la propuesta. Dallas Mitchell sentado en el salón de su casa, con Malcomb y con ella. Dallas con su fluida conversación, su risa fácil, su asombroso poder de seducción. Y cuando se marchara, el recuerdo de su estancia allí persistiría, tentándola. Entrometiéndose en los problemas conyugales que ya había empezado a padecer.

– Creo que será mejor que quedemos en una cafetería. ¿Qué tal a las cuatro?

– Muy bien.

Le dio la dirección de un café cercano, y colgó el teléfono. La casa se hallaba sumida en un completo silencio.

Malcomb probablemente estaría haciendo el menor ruido posible para no despertarla, o quizá se había escapado a su pequeño estudio-taller, situado encima del garaje.

Pero la cocina estaba vacía. Al igual que el despacho y el salón. Abrió la puerta que comunicaba con el garaje. El deportivo no estaba. Había tenido tiempo más que suficiente para comer con Jim y regresar luego a casa... si esa había sido realmente su intención. Porque, al

parecer, no lo había sido. Una vez más había encontrado cosas mucho más interesantes que hacer que pasar la tarde en casa, con ella.

Fue al gabinete y se miró en el enorme espejo que colgaba encima de la chimenea. Estaba despeinada, con el maquillaje corrido. La pintura de labios se le había borrado. Tenía algunas arrugas alrededor de los ojos. Arrugas nuevas, que no habían estado allí dos años atrás, antes de que la muerte de su padre le pasara factura, dejándola más sola de lo que se había sentido en toda su vida. Sola, hasta que Malcomb apareció en su vida. Al principio se había mostrado romántico y dulce, la había hecho sentirse querida y necesitada. Finalmente, ella había aceptado su petición de matrimonio: un anillo y la promesa de que la amaría para siempre...

El teléfono volvió a sonar. Fue a la cocina y echó un vistazo al identificador de llamadas: era el número de la oficina de Malcomb. Sintió una punzada de culpa. Mientras ella había estado lamentándose de que no estuviera a su lado, probablemente habría recibido una llamada de emergencia y se había visto obligado a acudir al hospital.

—Hola, Malcomb.

—Hola, querida. Pareces bastante más animada que al mediodía. ¿Has descansado bien?

—Sí, he dormido una siesta. ¿Qué tal tu comida con Jim?

—Bien. No tiene ni la menor idea de fotografía. Le vendría mucho mejor una simple cámara automática en lugar de la que quiere comprarse.

—¿Se ha decidido por alguna?

—No del todo. Todavía estábamos hablando de ello cuando recibí una llamada de emergencia del hospital. El paciente de Keithville al que le había puesto un triple bypass estaba experimentando dolores muy fuertes. Ahora ya se encuentra bien, pero me quedaré un rato más.

—No demasiado, espero.

– Estaré allí a eso de las cinco, si nada me lo impide. Me encantaría que pudiéramos pasar el resto de la tarde juntos. Pero ya sabes cómo son las cosas cuando estoy de turno. Puede suceder cualquier cosa.

Eso era lo más frecuente. Pensó en contarle lo de la llamada de Dallas.

– Hay algo que...

– Espera, me están avisando de nuevo... ¿Te importa que vuelva a llamarte dentro de unos minutos?

– No te preocupes. Tú ocúpate de tus pacientes. Ya nos veremos en casa.

– De acuerdo, cariño.

Y cortó la comunicación. Lo cual dejaba a Nicole con la perspectiva de tomar un café a solas con Dallas. En cualquier caso, era su nombre con su número de teléfono el que había sido encontrado entre las ropas de aquella mujer. Era a ella a quien debía interrogar la policía. Malcomb no tenía por qué conocer a aquella mujer, ni arrojar luz alguna sobre el asunto de la llamada anónima.

Y sin embargo aquella mujer se había referido a él, la había llamado para informarla de que Malcomb Lancaster era un mentiroso y un impostor. Mientras se preparaba para su cita con Dallas, aquellas palabras volvieron a resonar en su mente, a modo de una discordante y estremecedora letanía.

Dallas estaba sentado en la cafetería, terminándose su sándwich y garabateando notas en un papel. Tenía intención de comportarse de una manera fríamente profesional cuando llegara Nicole, pero no sabía cómo hacerlo. No cuando seguía afectándolo tanto. En un principio había pensado que nueve años habían sido más que suficientes para que se olvidara completamente de ella, de sus besos, de la noche en que hicieron el amor con un abandono y un éxtasis absolutos...

Solo que ahora Nicole era la señora de Malcomb Lancaster, un dato que necesitaba grabar a fuego en el cerebro. En aquel momento solamente debería preocuparlo una mujer: aquella cuyo cadáver estaba el depósito, analizado y estudiado concienzudamente. La víctima de un loco que tal vez estuviera buscando ya su siguiente presa. Alguna mujer joven, bonita, con toda la vida por delante. Alguien como Karen Tucker. O como la propia Nicole.

Aquel pensamiento atravesó su cerebro como un cuchillo afilado. No era algo tan descabellado. Nicole encajaba perfectamente en el patrón de víctima. «Nunca dejes que un caso de asesinato se vuelva demasiado personal. Hacerlo significa concederle una ventaja al asesino». Ese había sido su lema desde que entró en el cuerpo de policía. Y aquella era la primera vez que dudaba seriamente de su capacidad para aplicarlo.

De pronto se abrió la puerta de la cafetería y apareció Nicole, despeinada por el viento, con un suéter azul claro echado sobre los hombros. Parecía fuerte y frágil a la vez. Y tan atractiva que Dallas no pudo evitar un estremecimiento de deseo.

—He venido temprano —le dijo, sentándose frente a él—. No esperaba que ya estuvieras aquí.

—Me había saltado la comida, así que aproveché para llenar un poco el estómago —hizo a un lado su plato en el instante en que se acercaba la camarera—. ¿Y tú? ¿Tienes hambre?

—No. Solo tomaré un café.

La camarera les tomó la orden. A Dallas le habría gustado entablar primero una conversación superficial, a modo de preámbulo, o no hablar en absoluto. Quedarse simplemente sentado frente a ella, admirando su belleza. Pero, por desgracia, no podía hacer ninguna de las dos cosas.

—Detesto haberte molestado dos veces en un mismo día.

—La culpa es mía. Debí haberte contado la verdad esta mañana. No sé muy bien por qué no lo hice, a no ser que... —desvió la mirada

– . Bueno, supongo que sentí cierta vergüenza.

– ¿Por qué?

Nicole esbozó una mueca antes de aspirar profundamente y mirarlo a los ojos.

– Ayer por la mañana recibí una llamada extraña, una especie de broma. Muy temprano, antes de que Malcomb saliera para el trabajo.

Dallas escuchó atentamente su relato acerca de la llamada anónima. Nicole no se había tomado en serio la acusación de su marido, pero él tenía sus dudas. Desde que ingresó en la policía había visto de todo.

Nicole se interrumpió cuando llegó la camarera, esperando a que la joven les sirviera las bebidas.

– Fue Karen Tucker quien hizo esa llamada, ¿verdad?

– No lo sé.

– Pero tú dijiste que la relación de sus llamadas demostraba que había telefoneado a mi casa.

– No tenemos la relación de las llamadas que hizo ayer por la mañana. Ni desde el teléfono fijo desde su casa ni desde su móvil.

– Entonces debe de tratarse de algún error. Si aquella llamada no procedía de Karen Tucker, entonces no entiendo cuándo pudo haberme llamado...

– Durante las últimas tres semanas, Karen Tucker hizo más de una docena de llamadas a tu casa – observó la expresión de Nicole, entre incrédula y asombrada. Era posible que supiera más cosas de lo que estaba admitiendo. Pero su intuición le aseguraba que no era así.

– No lo entiendo... yo nunca he hablado con ella.

– Quizá las llamadas estuvieran dirigidas a tu marido.

– No. Se lo pregunté a Malcomb, y él no conoce a nadie con ese nombre. Tiene que tratarse de un error, Dallas.

– Podemos comprobarlo. El número al que llamó es este – sacó un papel y se lo leyó.

– Es el número del pequeño estudio-taller de Malcomb. Necesitaba una línea telefónica separada para su ordenador y su fax, así que instalamos otra.

– Eso explica por qué tú no recibiste esas llamadas.

– Pero no por qué Malcomb no reconoció el nombre de esa mujer. Es un gran aficionado a la fotografía. ¿Trabajaba acaso Karen en alguna tienda de cámaras?

– No. Era enfermera.

– Entonces probablemente se pondría en contacto con él para facilitarle informes médicos por fax, o para consultarle a propósito de algún paciente.

– Entra dentro de lo posible, pero no es probable.

Malcomb Lancaster y una mujer asesinada, a la que había negado conocer. El asunto se estaba poniendo feo. Dallas detestaba tener que involucrar a Nicole en aquello, pero ya no podía dar marcha atrás.

– Las llamadas fueron realizadas desde el domicilio particular de la señora Tucker, fundamentalmente por las tardes, fuera de horario laboral, y en fines de semana. Algunas fueron hechas pasada la medianoche y duraron más de una hora. ¿Te habrías enterado si a Malcomb lo hubieran telefoneado a esas horas?

– Malcomb recibe llamadas a cualquier hora. Es cirujano del corazón. Los problemas de sus pacientes no tienen horarios.

– ¿Suele quedarse en su estudio a esas horas?

– Ocasionalmente. Le gusta mucho la fotografía dice que lo libera del estrés de su trabajo. Hace fotos en blanco y negro y las revela el mismo. Se le da muy bien. Ha vendido varias a una galería de Nueva Orleans.

– ¿Ese estudio se encuentra en la misma casa?

—En el apartamento situado encima del garaje —respondió, tras una ligera vacilación—. Allí es donde está el número de teléfono que tú tienes.

El apartamento situado encima del garaje. Dallas lo conocía tan bien como si fuera suyo, aunque solo había estado una vez. Conocía las canciones que habían sonado aquella noche. Conocía los deliciosos olores, a velas perfumadas y al aroma de Nicole, que años después permanecían grabados en su cerebro. Y ahora aquel lugar mágico pertenecía a su marido. La sola idea lo irritaba.

—Creo que no debería contarte más cosas. Al menos sin estar Malcomb presente.

—Si, será lo mejor —Dallas se enjugó el sudor de la frente. No sabía si estaba sudando por el calor ambiente o por el que le provocaban aquellos recuerdos.

Si el doctor Malcomb Lancaster no tenía una convincente explicación para las llamadas que había recibido de Karen Tucker, estaba destinado a convertirse en sospechoso de homicidio. Solo que aquello no era un simple caso de homicidio. La muerte de Karen estaba relacionada con las de otras mujeres, cuyos detalles no había querido filtrar a la prensa. Al menos por el momento.

Tenía por fuerza que interrogar a Malcomb Lancaster, y si eso llegaba a ser de conocimiento público los medios de difusión se abalanzarían sobre él como ratas hambrientas sobre un pedazo de queso. Un médico era una figura importante en Shreveport, Louisiana. Con eso bastaba para hacer apetitosa la noticia. Pero el hecho de que estuviera casado con la hija de un senador haría que la noticia saltara a las principales cadenas nacionales. El eminente doctor Lancaster acostándose con una enfermera que había muerto asesinada. Su reputación se vendría abajo. Dallas, sin embargo, se esforzaría todo lo posible por guardar la máxima discreción, por el bien de Nicole. Y por el de las propias investigaciones.

—Siento no poder ayudarte más —pronunció, tensa.

–No puedes decirme lo que tú misma no sabes.

–¿Crees que Malcomb estuvo relacionado de alguna manera con Karen Tucker, verdad?

–Ella lo telefoneó. Eso es lo único que sé. No puedo aventurar nada más.

–¿Cuántas llamadas fueron exactamente?

–Catorce.

–¿Ella es era –se corrigió– enfermera en el hospital general Mercy?

–Sí, hasta hace cerca de un mes. Dimitió para pasarse al hospital Highland.

–Tal vez Malcomb la conociera, pero desde luego no la mató.

–Yo nunca he dicho que lo hiciese. Yo solamente estoy siguiendo una pista, Nicole.

–Lo entiendo.

Pero resultaba evidente que no era así. La confusión y la incredulidad se reflejaban en cada uno de sus rasgos. En aquel instante ansiaba abrazarla, consolarla... Pero aunque se hubiera atrevido a hacerlo, dudaba que ella se lo hubiera permitido.

–Si eso es todo... tengo que irme ya. Malcomb regresará pronto y se preguntará dónde estoy.

–Claro. Te acompaño.

Dallas dejó un par de billetes sobre la mesa. El sol estaba empezando a ponerse mientras la seguía hasta su coche. Lo había aparcado frente a la cafetería, al lado del suyo. Su elegante modelo color azul marino no podía contrastar más con su antiguo y desvencijado coche negro, símbolo de la diferencia social entre el policía y la hija del senador. Algunas cosas no cambiaban nunca. Y a pesar de todo allí estaba, anhelando protegerla del mundo al que estaba a punto de catapultarla. Pero no por culpa suya, sino por culpa

de Malcomb Lancaster. Y de un asesino múltiple.

—¿Sigues teniendo mi número de móvil? —le preguntó. Al ver que asentía con la cabeza, añadió—: Llámame si necesitas hablar conmigo de cualquier cosa.

Alzó la mirada hacia él con una expresión infinitamente triste. A Dallas no se le ocurría nada más que decir, de modo que se la quedó mirando en silencio mientras subía a su coche y se alejaba. Por segunda vez en aquel día.

Volvía con su marido: un mentiroso, tal y como lo había calificado aquella misteriosa llamada anónima. ¿Pero podía ser también el monstruo sanguinario que se dedicaba a torturar a jóvenes mujeres para luego degollarlas y verlas morir? Incluso Dallas tenía que admitir que eso era bastante improbable.

Y sin embargo, si algo había aprendido como inspector de homicidios era que los asesinos terminaban siendo, con demasiada frecuencia, los menos sospechosos.

Malcomb aparcó en el taller de lavado y bajó de su deportivo. Se estaba poniendo el sol. Los empleados del taller acababan de lavárselo, pero él prefería darle personalmente la última mano de limpieza. Echó unas monedas en la aspiradora automática y se dedicó a limpiar concienzudamente el maletero. Cuando terminó, las esterillas de goma del fondo parecían tan limpias como el primer día. Satisfecho, abrió la puerta del conductor.

Oyó un vehículo detenerse a su lado. Prefirió no mirar. De ese modo, no daría pie a conversación alguna, por insustancial que fuera. Jamás podía entender por qué un par de completos desconocidos podían trabar conversación solo porque coincidieran en un mismo lugar, o en una misma tarea, como la de limpiar su coche.

—¿Doctor Lancaster?

La llamada lo sobresaltó, haciéndole dar un respingo. Se tragó la maldición que a punto estuvo de brotar de sus labios y se volvió para

descubrir a uno de los jóvenes camilleros del hospital. Era un chico alto y fornido. Malcomb lo había visto unas cuantas veces, pero no recordaba su nombre.

–Hola. Supongo que también usted estará preparando el coche para el fin de semana –le comentó, viéndose obligado a dirigirle la palabra.

–Sí, claro. Pero me sorprende verlo aquí. No sabía que los doctores utilizaran la máquina autoservicio...

–Solo si quieren asegurarse de que su coche esté bien limpio.

–Sé a lo que se refiere. Si quiere, puedo ayudarlo. Estoy acostumbrado a ensuciarme las manos.

–No, prácticamente ya he terminado.

–Tengo un par de cervezas frías en el maletero. ¿Le apetece una?

Una cerveza fría. No era su bebida preferida, pero había tenido un día muy duro. Estaba tenso. Sus planes se habían visto trastornados primero por su precipitada cita con Jim Castle y luego con la conversación con Nicole, acerca de Dallas Mitchell.

–Gracias, sí. Me vendría muy bien.

El joven camillero le tendió la cerveza. Malcomb sacó un pañuelo de papel de la guantera y limpió bien la boca de la botella antes de llevársela a los labios. Estaba tan fría como le había asegurado.

–¿Se ha enterado de lo de Karen Tucker? –le preguntó el camillero en el instante en que Malcomb estaba dando el segundo trago.

A punto estuvo de ahogarse. Tosió varias veces y se manchó de cerveza la pechera de la camisa. Maldijo en silencio.

–Lo entiendo, no hace falta que me diga nada –apuntó el joven –. Yo no la conocía muy bien, pero me quedé de piedra cuando me dijeron que la habían asesinado.

–Sí, fue un verdadero shock para todos.

–Era una mujer muy guapa. Muy simpática. Siempre estaba sonriendo. Y cuando te sonreía, casi te hacía sentir que eras alguien. Te ponía contento. ¿Sabe lo que quiero decir?

–Sí, creo que sí.

–Espero que encuentren al tipo que le hizo eso y lo cuelguen de las pelotas.

–Estoy seguro de que no utilizarán esa forma de castigo.

–Vaya, pues lo siento. ¿Cree que pudo tratarse de alguien a quien ella conocía? Suele pasar. En la televisión dicen que la mayoría de los asesinatos de ese tipo suelen cometerlos amantes o parientes de la víctima.

–No estoy al tanto de esos detalles –Malcomb dio otro trago a su botella–. Bueno, tengo que seguir limpiando. Muchas gracias por la cerveza.

–Ha sido un placer.

Malcomb volvió a echar unas monedas en la máquina y se dedicó a limpiar con la aspiradora las esterillas de goma del suelo del coche. No necesitaba estúpidas conversaciones. Lo que necesitaba era un martini seco, un descanso del trabajo y pasar algún tiempo a solas con su esposa. Placeres sencillos, pero difíciles de conseguir.

Y, más tarde, ascendería por la escalera metálica de caracol y se refugiaría en su santuario privado... para disfrutar de placeres bastante más complejos.

Nicole se hallaba frente a la ventana de la cocina, contemplando el crepúsculo, cuando oyó abrirse la puerta del garaje. No se había movido de allí desde que regresó de la cafetería, dando vueltas y más vueltas a la posibilidad de que Malcomb le hubiera mentido acerca de Karen Tucker.

No era justo juzgarlo antes de haber oído su versión de la historia, pero no podía evitar el mal presentimiento que le revolvía el

estómago, las dudas que asaltaban su mente. Si le había mentido acerca de aquello, ¿sobre qué otras cosas más lo había hecho? ¿Sobre otras mujeres? ¿Sobre lo que hacía por las noches cuando se ausentaba de casa? ¿Sobre los sentimientos que albergaba hacia ella? ¿Acaso aquella llamada anónima había dicho la verdad y su matrimonio era realmente una farsa, una continua mentira? Esa noche Malcomb tendría que darle una explicación, mal que le pesara. Esperó hasta que oyó abrirse la puerta de la cocina.

— ¿Qué haces ahí, en lo oscuro? —le preguntó, a su espalda. Y, sin esperar su respuesta, encendió la luz.

Se volvió para mirarlo. Era el hombre con quien dormía, con quien hacía el amor, con quien había jurado compartir su vida. Y, aun así, era como si lo estuviera viendo por primera vez.

—Pensando.

—Te he echado de menos —se le acercó por detrás. Deslizándose las manos por su cintura, la atrajo hacia su pecho.

—Me viste a mediodía.

—Desde entonces han pasado horas.

—¿Recuerdas lo que estuvimos hablando, Malcomb?

Apoyando la barbilla en su hombro, le dijo al oído.

—Por supuesto, corazón. Hablamos del centro, de Janice, de Jim Castle y de tu engorroso encuentro con ese policía. ¿Como se llamaba?

—Dallas Mitchell.

—Sí, un viejo amigo tuyo, según dijiste. Aunque no estoy muy seguro de que se esté comportando como tal.

—Me llamó esta tarde.

Malcomb le soltó bruscamente la cintura.

—¿Qué quería esta vez? Espero que no te haya hecho más preguntas.

– Algunas. Quedé a tomar un café con él.

– ¿Te pareció necesario?

– Sí. Me enseñó la relación de llamadas que había hecho Karen Tucker.

– Así que se trata de eso – se acercó a la barra y se sirvió una copa –. ¿Que es lo que te contó exactamente ese policía?

– Parece ser que Karen Tucker no solamente llevaba encima mi nombre y mi número de teléfono, sino que además telefoneó a casa catorce veces durante las tres últimas semanas. Siempre por las noches, o en fines de semana. No a nuestra casa exactamente, sino a tu estudio-taller.

– ¿Eso es todo lo que te dijo?

– No. Me comento que Karen había trabajado de enfermera en el hospital Mercy; hasta hace cerca de un mes.

– Así que inmediatamente pensaste lo peor de mí. Yo habría esperado otra cosa, Nicole. Habitualmente eres tan razonable.

– ¿Razonable o ingenua?

– Ingenua no, desde luego. Eres demasiado inteligente.

«Al parecer no lo bastante», pensó ella.

– Conocías a Karen, ¿verdad?

– Creo que deberíamos sentarnos en el salón y hablar de todo esto como dos seres racionales.

– Ahora mismo no me siento precisamente muy racional, Malcomb. Solo quiero saber por qué me mentiste al asegurarme que no la conocías.

– Dudo que sea tan importante. Simplemente quería ahorrarte una serie de molestos detalles.

– ¿Ah, sí? Pues estoy segura de que a la policía tampoco le gustará que se los ahorres.

– Los policías son unos estúpidos. Estoy convencido de que les encantaría descubrir algo extraño en mi relación con Karen. Lamentaré decepcionarlos.

– ¿Entonces qué tipo de relación mantenías con ella?

Apuró la bebida de un trago y dejó la copa sobre la mesa.

– Para decirlo sencillamente, Karen era una joven trastornada. Yo me limitaba a mostrarme amable con ella en el trabajo, como con todo el mundo. Después de marcharse del Mercy, empezó a llamarme a todas horas. Intenté hablar con ella, pero al parecer necesitaba más ayuda de la que yo podía proporcionarle. Le recomendé que acudiera a un especialista, a un psicólogo.

– ¿Lo hizo?

– No que yo sepa.

– Debiste haberme contado todo eso esta mañana, cuando te pregunte si la conocías.

– Y lo habría hecho de haber sabido que llegaríamos a esta situación.

– ¿Situación, dices? Esa mujer está muerta ¿Es que no te importa?

– Claro que me importa. Me duele cada vez que pierdo a un paciente, por ejemplo. Pero la muerte es algo a lo que, por fuerza he tenido que acostumbrarme.

– Karen Tucker no murió simplemente. Alguien la asesinó.

– Y es una gran desgracia, pero no tiene nada que ver con nosotros, Nicole. No hagas un problema donde no lo hay.

– Creo que deberías llamar a Dallas y decirle exactamente lo que me has contado a mí.

Malcomb se tensó visiblemente.

– Yo no le debo explicación alguna a la policía. Se trata de mi vida privada, y no es asunto suyo.

– Ellos no lo verán de esa manera.

– Pues entonces que vayan a mi oficina y me interroguen allá. Pero creo que emplearán mejor el tiempo buscando al asesino, en vez de molestar a un hombre que no ha hecho más que intentar ayudar a una desgraciada joven –tranquilizándose un tanto, extendió una mano y la tomó nuevamente de la cintura–. Te propongo que cambiemos de tema. Cenemos tranquilamente a la luz de las velas. Con un poco de suerte, si no me llaman para alguna emergencia, podrás ponerte ese conjunto de lencería negro para mí y yo procuraré hacerte olvidar todo lo relacionado con Dallas Mitchell y sus incómodas insinuaciones.

Nicole se estremeció de solo pensarlo. Tal vez Malcomb hubiera tenido buenas razones para mentirle, pero ella seguía sintiéndose traicionada. Quizás ahora más que antes, cuando sabía que había estado hablando con aquella mujer noche tras noche mientras ella lo esperaba sola, en su cama, atormentándose con los problemas de su relación. Y ni una sola vez le había mencionado su nombre. La confianza era un asunto muy delicado. Sin confianza todo se derrumbaba. Para Malcomb el acto de hacer el amor sería una liberación, un desahogo. Esperaría que Nicole respondiera con pasión pero ella sería incapaz de fingir.

Malcomb sirvió dos copas de vino y le propuso un brindis.

– Por nosotros.

A Nicole le tembló la mano cuando chocó su copa. Antes de que tuvieran tiempo de dar el primer sorbo Malcomb recibió una llamada de emergencia. Nada más mimar el número, sacudió la cabeza con gesto frustrado.

– ¿Otra emergencia? –inquirió casi esperanzada, para que así tuviera que regresar al hospital.

– Muy probablemente.

Nicole esperó en la cocina mientras él atendía la llamada desde el

gabinete. Instantes después volvió a reunirse con ella.

– Es uno de los pacientes que tengo hospitalizados. Y es urgente.

Nicole asintió con la cabeza.

– Puede que vuelva tarde.

– Ya estoy acostumbrada.

– Es la maldición de la esposa de un médico. Detesto tener que dejarte sola después de todas las molestias que te ha causado ese policía.

– Dallas no... – se interrumpió, prefiriendo cambiar de tema. Malcomb ya tenía las llaves en la mano—. No te preocupes. Estaré perfectamente.

Lo observó marcharse. Acto seguido se encaminó a su habitación, deteniéndose para recoger el bolso y las llaves, que había dejado en la mesa del pasillo. Con las llaves en la mano, cambió de idea y pensó en abrir la puerta que comunicaba con el apartamento situado encima del garaje.

Habían pasado semanas desde la última vez que había estado allí, cuando Malcomb estuvo equipando su cuarto de revelado. El apartamento estaba solo a unos pasos de donde se encontraba en aquel instante, al otro lado de la puerta trasera, arriba de la escalera exterior de caracol adosada al edificio. Aquel era la zona privada de Malcomb, y ella, ante todo, respetaba su intimidad. Pero eso había sido antes de sus mentiras.

Con las llaves en el bolsillo volvió a la cocina, hacia la puerta trasera. Había demasiados secretos entre ellos. Ella era su esposa. Y aquella era la casa de su familia. Tenía todo el derecho del mundo a entrar allí. Además, solamente se trataba de un espacio en el que Malcomb se relajaba, practicando su afición favorita: la fotografía. Desde luego, no se iba a encontrar allí al fantasma de Karen...

Y, sin embargo, tenía una extraña premonición. Un mal presagio.

Capítulo 6

El padre de Nicole había hecho levantar el apartamento del garaje como regalo de cumpleaños, cuando cumplió doce. Lo había construido con una entrada separada, a la que se accedía por una escalera exterior, de hierro forjado, en forma de caracol. Constaba de una gran habitación con una pequeña cocina al fondo, un dormitorio y un cuarto de baño.

Desde el principio le había encantado. Allí había hecho galletas de chocolate con sus amigas y se había divertido con ellas, riendo y poniendo la música todo lo alta que habían querido. Había sido el lugar ideal para las vacaciones de verano. El refugio idóneo de las confidencias de los primeros besos y de los primeros amoríos de colegio.

Más tarde se convirtió en un buen lugar para pasar las noches de los viernes con sus compañeras de instituto, atreviéndose por primera vez con el alcohol. Esto último no había sido fácil, debido a la constante vigilancia de su padre o de sus tíos Gloria y John. Pero, como todos los adolescentes, Nicole y sus amigas habían desplegado la creatividad necesaria para eludirla.

Una vez que comenzó sus estudios universitarios, el apartamento se había quedado vacío... hasta la noche en que Dallas la acompañó hasta allí y... Su mano se tensó sobre la barandilla de la escalera exterior. Maldijo en silencio a Dallas. Maldijo los recuerdos que nunca habían llegado a desaparecer del todo. Ni siquiera cuando, al casarse con Malcomb, se esforzó por concentrarse en el presente. Y en el futuro que tenían por delante.

Ahora, en cambio, tenía la sensación de que casarse con Malcomb había sido el peor error de todos. Habían intercambiado votos y hecho

solemnes promesas de fidelidad y de confianza. Confianza. Aquella palabra parecía burlarse de ella mientras terminaba de subir la escalera de caracol que llevaba al apartamento. Allí estaba, moviéndose sigilosamente, como un ladrón en la oscuridad, temerosa de lo que pudiera descubrir...

Le temblaban los dedos cuando giró la llave en la cerradura. La puerta no se abrió. Sacó la llave y la miró, asegurándose de que no se había equivocado. Era esa. No había la menor duda. Lo intentó de nuevo, en vano. Malcomb había cambiado la cerradura sin decirle una sola palabra.

Volvió a casa. Probablemente después se pondría furiosa, pero en aquel momento lo único que experimentaba era un abrumador sentimiento de traición. Durante todo aquel tiempo se había estado esforzando por hacer que su matrimonio funcionara, por comprender las necesidades de su marido y por recuperar algo de la pasión que en un principio había ardido entre ellos. Y, mientras tanto, Malcomb se había aislado literalmente de ella.

Se había aislado, encerrado. Se había rodeado de mentiras y engaños. Su matrimonio, o lo poco que quedaba del mismo, se le estaba escapando de las manos.

Dallas se hallaba repantigado en su silla, con un pedazo de pizza en la mano mientras examinaba las notas que tenía diseminadas por su viejo escritorio de la comisaría. Aquellos informes no solían abrir el apetito. No importaba. Cuando trabajaba en un caso que lo absorbía apenas probaba la comida.

El asesino era un canalla. Era lo mejor que podía decir de él cuando pensaba en el monstruo que había matado a Karen Tucker y a tres mujeres más durante los ocho últimos meses. Todas desangradas de un solo corte en la carótida izquierda. Todos los cuerpos encontrados a unos cinco kilómetros uno del otro. Todas morenas. Todas jóvenes. En los tres primeros asesinatos, se habían encontrado restos de peróxido de hidrógeno en piel y cabello, probablemente

utilizado para limpiar la sangre de los cadáveres. Al parecer los cortes, heridas y desgarros en los genitales eran anteriores a la muerte, como si el asesino hubiera sometido a las jóvenes a una cruel tortura. Aquel hombre debía de odiar a las mujeres. Como si pensara que todas debían ser castigadas y hubiera decidido asumir el papel de verdugo.

Los informes del forense también indicaban que las víctimas habían sido drogadas con barbitúricos antes de morir, probablemente para evitar que se resistieran. No había señal alguna de violación. Para complicar todavía más el panorama, se habían encontrado restos diversos de saliva, orina y pelo en mínimas, casi imperceptibles cantidades, en los mismos cuerpos. Una mezcla de ADN. Y, en cada víctima, un surtido diferente.

Pero Karen Tucker no había sido torturada. Su cuerpo no había sido desnudado, ni el asesino había lavado la sangre. Aparentemente no lo había movido del mismo lugar donde la había asesinado, al contrario que había hecho con los demás. Dallas se pasó una mano por el cuello. Tenía los músculos tensos y doloridos.

— ¿Que estás haciendo aun aquí? Creía que esta noche ibas a salir con aquella periodista de la tele.

Se volvió para descubrir a Corky en la puerta de su minúsculo despacho.

— Cancelé la cita. Pensé que acabaría en un desastre seguro, con este maldito caso atormentándome.

— Te entiendo — Corky apartó la caja de pizza y se sentó en una esquina del escritorio. Sin esperar su permiso, se sirvió un pedazo.

— No consigo entender a este tipo — le confesó Dallas.

— El maldito Freddy. ¿Que tal te fue en tu segunda cita del día con la señora Lancaster?

— Sigue afirmando que no sabe nada sobre las llamadas.

— ¿Te pareció convincente? — inquirió Corky, mordiéndose su porción de pizza.

– Mucho. El número de teléfono es del estudio taller de su mando, encima del garaje.

– Así que el médico y la enfermera mantenían charlas íntimas por la noche.

– Eso parece.

Corky se llevó otro pedazo de pizza a la boca y se limpió con la servilleta.

– Y la esposa en casa, sin saber nada. Hasta que de repente la enfermera toma la decisión de llamar a la esposa. Por eso llevaba su nombre y su teléfono en el bolsillo. Bingo. La pobrecita enfermera muere. ¿No se parece terriblemente al caso de este último año... entre el alto ejecutivo y la secretaria?

– Sí, las semejanzas son asombrosas. Aparte de que durante nuestra última conversación, Nicole admitió haber recibido una llamada anónima el jueves por la mañana, informándola de que su marido era un mentiroso y un impostor.

– Justo lo que a una esposa le encanta escuchar. ¿Y bien? ¿Cuándo vamos a hablar con ese mentiroso y ese impostor?

– ¿Qué te parece el lunes por la mañana?

– Yo había pensado en hacerlo mañana mismo – le confesó Corky –. El domingo es un día tan bueno como cualquier otro.

– Sí, pero si esperamos un poco, conseguiremos poner algo más nervioso a nuestro médico. Sobre todo después de que Nicole le diga que nosotros sabemos que estuvo hablando con la víctima varias veces durante las últimas semanas. Además, antes me gustaría informarme mejor sobre su persona.

– ¿Realmente no crees que el doctor Lancaster sea el asesino en serie, verdad?

– Es bastante improbable. ¿Y tú?

– También lo dudo. Supongo que se trata de una aventurilla sin

importancia. Además, si tuviéramos que encerrar a todos los doctores, la gente tendría que empezar a automedicarse.

Dallas recogió el fajo de fotografías de la escena del crimen. Pese a que antes las había estado estudiando concienzudamente, seguían resultándole igual de estremecedoras. El doctor Lancaster no le caía bien, principalmente porque dormía con Nicole todas las noches. Pero no podía imaginársela casada con un asesino en serie como Freddie.

—Ese tipo es un demente, un tipo absolutamente trastornado — comentó Corky, inclinándose sobre el escritorio para ver mejor las fotos—. Y los médicos no suelen estarlo. No puedo esperar a ver en acción a nuestra sensual especialista en perfiles criminales. A ver qué nos dice.

—Lo sabremos muy pronto.

—No sé lo que nos dirá ella, pero yo creo que ese tipo se ha escapado de algún manicomio.

—Es tan peligroso como inteligente. Eso es lo único que sé.

Corky se apartó de la mesa y empezó a pasear por la minúscula habitación.

—Y no deja pistas, así que... ¿por dónde vamos a empezar a buscarlo?

—No tenemos más remedio que empezar por las víctimas. Quiero saberlo todo sobre Karen Tucker. Los amigos que tenía, adónde solía ir por las noches... el mismo tipo de información que hemos reunido sobre las otras víctimas. Tiene que existir algún vínculo entre todas ellas.

—Una maestra de colegio, una stripper, una jockey y una enfermera. Va a ser difícil encontrarles un nexo común.

—Ese tipo tuvo que conocerlas en alguna parte, frecuentar sus respectivos ambientes... al menos lo suficiente como para atraer su atención.

—Y tal esta misma noche se disponga a escoger a su próxima

víctima. Me pregunto dónde estará ahora mismo el doctor Lancaster...

—Sin duda alguna en su casa, cenando con su mujercita —repuso Dallas con un tono de excesiva amargura, no justificado por la situación. Se dio cuenta de ello por la cara que puso su compañero.

—Sigues colgado de esa mujer. Vamos, admítelo, colega. Esta noche te encantaría estar allí, haciéndoselo...

—Si quisiera hacérselo a alguien, como tú dices, no estaría aquí ahora mismo, escuchándote.

—Y pensando en la mujer del médico.

—Déjalo ya, ¿quieres?

—De acuerdo. Tú conoces a esa mujer, ¿no? Si nos ponemos en la remotísima posibilidad de que el doctor Lancaster sea Freddy, ¿crees que ella sospecharía algo?

Dallas pensó en la conversación que había mantenido aquella tarde con Nicole. Sabía que era una mujer inteligente, pero también demasiado confiada, dispuesta a pensar siempre lo mejor de su marido.

—Supongo que las buenas esposas son todas iguales. Ven solo lo que quieren ver y se creen solo lo que se quieren creer... hasta que la verdad les estalla en la cara.

Dallas sentía crecer la inquietud en su interior, como pequeños pinchazos de dolor infiltrándose en su cerebro. Estaba prácticamente convencido de que Malcomb no era el asesino múltiple, pero no podía descartar una mínima, casi inexistente, posibilidad de que lo fuera. La tentación de llamar a Nicole resultaba casi irresistible, pero... ¿qué podía decirle que no le hubiera dicho ya? ¿Que se apartara de aquel tipo porque existía una posibilidad entre un millón de que fuera un asesino?

Recogió las fotos y volvió a guardarlas. Nicole sabía dónde localizarlo y tenía su teléfono móvil. No podía hacer más. En aquel preciso instante sonó el teléfono. Lo descolgó, medio esperando que

fuera Nicole. Era el forense.

–Menos mal. Esperaba poder localizarte en la comisaría.

–¿Qué pasa? –inquirió Dallas, sorprendido de recibir el informe de la autopsia a una hora tan tardía.

–Acabo de terminar con Karen Tucker y he descubierto algo importante. Tanto que pensé que querrías enterarte lo antes posible.

–Suéltalo ya.

–Estaba embarazada de cuatro meses.

La casa estaba silenciosa. Vacía. Increíblemente solitaria. «Llámame si necesitas algo». Las palabras de Dallas asaltaron una vez más su mente, tentadoras. Sacó su tarjeta de un bolsillo, encontró el número y empezó a marcarlo. Pero a la segunda llamada cortó la comunicación, estremecida de pensar en lo cerca que había estado de ponerse en ridículo.

Dallas era un policía. Lo único que le interesaba eran los hechos puros y duros, como las llamadas de Karen Tucker a Malcomb. Y no que el matrimonio de Nicole se estuviera derrumbando, y se sintiera tan frustrada que no pudiera pensar con un mínimo de coherencia. E incluso si él hubiera estado dispuesto a escucharla, ella no lo necesitaba en absoluto de vuelta en su vida. Porque en aquel momento se sentía demasiado vulnerable.

De modo que tendría que enfrentarse sola con Malcomb. Solo que no habría tal enfrentamiento. Le preguntaría por el cambio de cerradura, y él le ofrecería un motivo perfectamente razonable, como siempre solía hacer. Al igual que había hecho con las llamadas de Karen. Y sin embargo, todo en Malcomb era una contradicción. Su comportamiento durante el noviazgo y al principio de su matrimonio había sido exquisitamente atento y romántico. La había hecho sentirse especial, querida, casi adorada. Ahora, en cambio, apenas diez meses después, era como si estuvieran viviendo en planetas o en galaxias diferentes. Aquellas contradicciones la estaban devorando por dentro,

robándole el alma, convirtiéndola en un ser extraño y desconfiado en el que ni siquiera se reconocía. Quizá, después de todo, los problemas fueran suyos, y ella fuera simplemente un fracaso...

Nuevamente volvía a las andadas, a sentirse incómoda e inadecuada, y esa vez ni siquiera estaba Malcomb allí para que pudiera echarle la culpa. Pero lo importante no era de quién fuera la culpa. Lo importante era que su matrimonio existía solamente en el papel. Y que, en realidad, estaba y se sentía completamente sola.

El repentino timbre del teléfono le hizo dar un respingo. Estaba temblando por dentro, y no muy segura de poder mantener un tono de voz lo suficientemente firme. Aspirando profundamente, contó hasta diez antes de responder.

– ¿Diga?

– Hola, Nicole. Soy tu hermano Ronnie.

– Hola, Ronnie – lo saludó, enternecida –. ¿Qué tal estás?

– ¿Qué tal estás? Ronnie está bien.

Estaba repitiendo sus palabras. No siempre lo hacía; solo cuando estaba alterado, o inquieto. Y, a veces, sin ninguna razón aparente.

– Me alegro de que me hayas llamado.

– Me alegro de que me hayas llamado. Ronnie te echa de menos.

– Y yo a ti. ¿Has visto la tele esta noche?

– Ver la tele esta noche. Sí. Samantha, la bruja, mueve muy bien la nariz. Es muy graciosa.

– Sí que lo es.

– Es muy graciosa. Quiero volver a casa.

Nicole sintió una punzada de culpa, añadida a la carga de confusión y frustración que venía torturándola. Había sido precisamente por Ronnie por lo que había vuelto a Shreveport, después de la muerte de su padre. Había querido que su hermano pudiera seguir pasando los fines de semana en casa, como había

hecho siempre. Incluso durante sus ausencias, su padre siempre había dejado a una niñera en casa, de viernes a domingo, para que le hiciera compañía y cuidara de él.

Y ahora ella lo estaba desatendiendo. Pero no quería tenerlo allí aquel fin de semana. Si acaso llegaba a percibir su estrés, su reacción sería imprevisible.

– Iré a verte mañana, Ronnie. Haremos algo divertido.

– Vendrás a ver a Ronnie mañana.

– Sí. Mañana. Después de desayunar. ¿Qué te parece?

– Sí. Me gustaría.

Hablaron durante unos cuantos minutos más, y las repeticiones se hicieron menos frecuentes. Con la promesa su visita, Ronnie se había quedado mucho más relajado. Era tan fácil de contentar... Suciediera lo que sucediera entre Malcomb y ella, tendría que asegurarse de que Ronnie pasara en casa todos los fines de semana, tal y como siempre había hecho.

Su propio nivel de ansiedad se había mitigado un tanto para cuando colgó el teléfono. Pensó en tomar una cena ligera, acompañada de una copa de vino, y leer durante un rato hasta que se quedara dormida. Con un poco de suerte, Malcomb tardaría en volver.

Pero no fue en Malcomb en quien pensó mientras, minutos después, sacaba un pedazo de queso de la nevera y una caja de galletas saladas del armario. Al menos directamente. Fue Karen Tucker quien asaltó sus pensamientos. La mujer que había llevado encima, el día de su asesinato, un papel con su nombre y su número de teléfono.

¿De qué habría hablado con Malcomb durante las últimas semanas, en aquellas catorce llamadas que le había hecho? ¿Y qué habría pensado decirle a Nicole? De haber sabido las respuestas a esas dos preguntas, habría podido tomar una decisión con mucha mayor

facilidad.

Pero, por desgracia, los muertos no hablaban.

Era una noche sin luna, fría, fantasmal. La niebla envolvía a Nicole como un sudario mientras subía la escalera de caracol que llevaba al apartamento situado encima del garaje. El miedo la atenazaba como una garra, quemándola por dentro. No había querido salir de la casa. Pero allí había algo, o alguien, llamándola, pidiendo ayuda...

Por eso había tenido que volver.

No. ¿En qué estaba pensando? No debería estar allí. Aquella habitación pertenecía a Malcomb. La voz lo estaba llamando a él. Intentó volverse, regresar a casa, a su cama caliente. Pero resbaló con un escalón, y empezó a caer. A caer interminablemente.

– Yo te recogeré, Nicole. No te preocupes.

– Dallas. Has venido.

Extendió una mano para intentar agarrarla, pero el cuerpo de Nicole se escurrió entre sus dedos, golpeándose en la cabeza con los escalones de hierro.

– Dallas. Por favor, ayúdame. Por favor.

En ese momento sintió sus manos, pero le estaba haciendo daño, retorciéndole un brazo y obligándola a subir de nuevo. Llevaba un cuchillo. Sintió un inmenso dolor cuando la hoja penetró en su piel. Un denso río de sangre comenzó a manar del corte. Pero no era Dallas quien le estaba haciendo eso. Era un extraño, un hombre sin rostro.

Intentó chillar, pero lo único que escapó de su garganta fue un leve gemido.

– Dallas.

Se despertó de pronto y abrió los ojos. Solo había sido una pesadilla, pero tan real que todavía tenía el pulso acelerado.

De repente una sombra se cernió sobre ella. Y escuchó una

respiración profunda, rápida, casi jadeante. Una respiración que no era la suya.

Capítulo 7

La sombra cristalizó en una figura masculina, como si hubiera sido conjurada por la pesadilla de Nicole. A punto de gritar, se sentó en la cama cuando de pronto se encendió la lámpara de la mesilla.

—Malcomb.

—¿Esperabas acaso a otra persona?

—Claro que no —se esforzó por despertarse del todo, pero la sensación de terror persistía, fría, casi tangible—. No te oído llegar. Me has asustado.

—Parecía que estabas teniendo una curiosa pesadilla.

—Una pesadilla terrible. Me alegro de que me hayas despertado.

—Estabas llamando a tu amigo el policía. Supongo que vuestro encuentro de esta tarde debió de generar una gran carga de ansiedad en tu subconsciente.

—Tomamos café y hablamos de las llamadas de teléfono de Karen Tucker. Ya te lo había dicho.

—Ya, claro —su tono era acusador—. Pero, aun así, ese hombre ha invadido tus sueños.

Nicole lo maldijo en silencio. Era ella quien tenía que estar furiosa con él, y no al revés.

—No tengo por qué justificarte mis pesadillas, Malcomb. Habrá sido consecuencia del estrés. Supongo que la conversación sobre el asesinato de Karen Tucker me ha afectado más de lo que creía.

—Entonces deberías dejar de hablar de ello.

—Eso espero. Pero no soy precisamente yo la que conocía a esa joven.

— Es precisamente por eso por lo que no quiero que vuelvas a ver a ese policía. No ha hecho más que llenarte la cabeza de dudas y de sospechas absurdas. Si tiene alguna pregunta sobre Karen Tucker, que vaya a mi oficina a hacérmela. No volverás a verlo mientras yo no esté presente — sentándose en el borde de la cama, le tomó las manos —. ¿Está claro, Nicole?

— ¿Me estás amenazando, Malcomb?

— Claro que no, cariño. Te estoy protegiendo.

— ¿También me estabas protegiendo cuando me mentiste acerca de Karen Tucker?

— Exacto. Karen no forma parte de nuestra vida, Nicole.

— Ya no forma parte de la vida de nadie. Está muerta.

— Entonces no veo por qué habríamos de perder el tiempo hablando de ella.

Su tono era frío. Le soltó las manos y se levantó.

— Ha sido un día muy duro. Si ya te encuentras mejor, bajaré a prepararme un sándwich. Luego, me acostaré, a ver si consigo descansar bien. No quiero volver a oír hablar ni de Karen Tucker ni de Dallas Mitchell.

— Bien. Yo también estoy cansada de hablar de Karen — pero, tanto si le gustaba como si no, tendrían que hablar de su matrimonio. Y ver si quedaba algo por salvar.

No estaba segura de que quedara algo. Mentiras, engaños, puertas cerradas Y ahora la indiferencia que demostraba Malcomb hacia el asesinato de Karen, como si no hubiera pasado horas al teléfono aconsejándola, intentando ayudarla.

Cuando se incorporaba sobre un codo para apagar la lámpara de la mesilla, notó un extraño dolor en el brazo Vio que tenía unas marcas rojizas, justo en la zona en la que había soñado que alguien la había estado agarrando. Pero los sueños no dejaban huella física alguna.

Debió de haberse golpeado con el cabecero de la cama. A no ser que...

No, Malcomb no podía haberla agarrado con tanta fuerza, ni siquiera para despertarla. Tenía sus defectos, pero lo consideraba incapaz de hacer daño, ni a ella ni a nadie. Era médico. Estaba dedicado en cuerpo y alma a salvar vidas y a curar a la gente.

Aun así, cuando apago la luz y cerró los ojos, rezó para que se quedara dormida antes de que Malcomb se acostara. No quería verlo, ni tocarlo. Y, sobre todo, no quería hacer el amor con él. Esa noche no, desde luego. Quizá nunca.

La mañana siguiente trajo consigo la luz del sol y un frío otoñal que fortaleció el ánimo de Nicole. Incluso Malcomb se mostró amable y de buen humor, despertándola temprano y sirviéndole un esplendido desayuno en la cama. Pero una sola mañana no podía arreglar un matrimonio.

Subió a su coche y se dirigió al hogar de Ronnie, decidida a hacer a un lado sus problemas conyugales. El resto de la mañana sería para su hermano. Ya que no podía llevárselo a pasar el fin de semana en su casa, intentaría compensarlo de la mejor manera posible. Allí estaba, con su pelota de béisbol en la mano, provisto de su inseparable guante y luciendo su vieja cazadora vaquera. Y con el ajedrez que su padre le había comprado en Inglaterra, años atrás. Su talento para el ajedrez era el asombro de todo el mundo, incluidos los médicos, que aseguraban que los tests convencionales de inteligencia eran incapaces de medir la suya. Misterios del autismo. No podía mantener una sencilla conversación con un desconocido, pero sabía analizar las jugadas más complicadas de aquel fascinante juego.

Tomó las bolsas de golosinas que había comprado y bajó del coche, consciente de lo mucho que necesitaba ver a su hermano. Antes de llegar a la puerta de entrada, lo vio doblar una esquina del edificio acompañado de Dallas Mitchell. Se detuvo en seco.

—Hola, Nicole ¿Conoces a Dallas, verdad?

Tras sus confusas palabras, la alegría de Ronnie era genuina. No la sorprendió. Seducir a la gente siempre había sido una de las cualidades de Dallas. Con ella, al menos le había funcionado.

– Si, claro que conozco a Dallas – respondió.

– Dijiste que no te oponías a que lo visitara por mi cuenta – pronuncio Dallas, ayudándola con las bolsas.

– Si. Lo que pasa es que no esperaba verte esta mañana.

– Puedo marcharme y volver más tarde.

– ¿Es eso lo que quieres?

Sus labios esbozaron una sonrisa que desencadenó una cascada de recuerdos.

– Si y no.

– Entonces quédate – repuso Nicole. De repente se le había secado la garganta. Un indicio más de que en absoluto era tan inteligente como le gustaba pensar.

Nicole se sentó en el borde de la mesa de picnic, con las piernas colgando en el aire, mientras veía a Dallas y a Ronnie lanzarse la pelota de béisbol. Ni muy rápido ni muy lento, al ritmo monótono pero seguro que le gustaba a su hermano. El simple movimiento de lanzar y tirar la bola, con el regular sonido del guante de piel recibéndola como si fuera una vieja canción familiar.

Lo de pasar el día en Ford Park había sido idea de Dallas. Habían ido en su coche, incluso se habían detenido en un Popeye's para comprar un poco de pollo frito y visitar la tienda. Nada más llegar, habían pasado la primera hora siguiendo a Ronnie por la ribera del lago Cross mientras lanzaba piedrecitas y se quedaba absorto contemplando las ondas del agua.

– Propongo que hagamos una parada y comamos un poco – dijo Dallas –. ¿Qué te parece, Ronnie?

– Parada y comer. Parada y comer. Sí. Parada y comer pollo.

– Te echo una carrera hasta la mesa.

Ronnie echó a correr, pero en dirección opuesta, riendo. Dallas lo persiguió durante unos minutos antes de dirigirse al coche para recoger la comida. Luego, la dejó sobre la mesa, al lado de Nicole.

Ronnie lo siguió como un cachorrillo trotando detrás de su amo, hasta que una mariposa capturó su atención y se dedicó a seguirla.

– Quédate donde podamos verte, Ronnie – le gritó Dallas.

– Quedarme donde podáis verme.

– Bien.

– Bien.

– La verdad, me sorprende que se acuerde tanto de ti – le comentó Nicole mientras abría una bolsa de patatas –. Creo que es la primera vez que le pasa con alguien. Al menos después de una ausencia de nueve años.

Dallas sacó tres latas de soda de la nevera portátil.

– ¿Qué te hace pensar que hace nueve años que no veo a Ronnie?

– Porque fue entonces cuando... – «cuando me enamoré de ti y tú me abandonaste», estuvo a punto de espetarle ¿Por qué no lo hacía? Ciertamente no era ningún secreto entre ellos. Se volvió, procurando ocuparse en cortar el pollo y servirlo en los platos –. ¿No dejaste de ver a Ronnie cuando terminaste tu trabajo en la campaña electoral de mi padre?

– No veía ninguna razón para hacerlo. Ronnie y yo nos habíamos hecho amigos, y el senador no se opuso a que lo visitara ocasionalmente.

– ¿Fuiste a nuestra casa?

– No a menudo, pero sí algunas veces. Y siempre cuando tú no estabas. Viajabas mucho a Washington, ¿te acuerdas? Una vez que se fue al hogar residencial, continué visitándolo una vez al mes, o así... hasta hace unos pocos meses.

– ¿Por qué dejaste de visitarlo?

Dallas la miró con expresión recelosa.

– Yo creía que lo sabías.

– ¿Qué habría de saber?

– Un viernes por la tarde coincidí en el hogar con el doctor Lancaster y me pidió que me mantuviera alejado.

– Malcomb jamás me dijo nada.

– Quizá se le olvidó.

«Sí, como tantas otras cosas», pensó Nicole, irónica.

– ¿Cuándo fue eso?

– En diciembre. La víspera del cumpleaños de Ronnie. Quería llevármelo a una heladería para celebrarlo.

El cumpleaños de Ronnie. Una semana antes de la boda Malcomb se estaba revelando como un maestro en el arte de la manipulación.

– ¿Te dijo por qué?

– Solo que Ronnie había estado muy alterado últimamente y que los dos habíais decidido restringir el tiempo que pasaba con la gente que no era de la familia.

Jamás habían mantenido una conversación semejante. Nicole se dijo que había sido una imbécil al creerse todo el ejercicio de seducción de Malcomb y luego terminar casándose con él. Había creído que su relación era especial. No el tipo de loca pasión que había compartido con Dallas, pero si algo sólido, real, duradero.

En aquel momento, en cambio, por fuerza tenía que preguntarse si Malcomb no habría tenido algún motivo secreto e inconfesable para casarse con ella. Solo que no conseguía imaginar cual podía ser.

– ¿Te encuentras bien Nicole?

– No. No estoy bien Dallas, pero lo estaré – al ver que se disponía a decir algo, alzo una mano –. Dejémoslo así. ¿Quiétes ir a buscar a mi

hermano, por favor? Creo que deberíamos empezar a comer ya. Así podremos dejar a Ronnie en el hogar antes de que se canse demasiado.

—Si eso es lo que quieres —se encogió de hombros.

—Sí.

Para cuando Ronnie se sentó a la mesa Nicole se había quitado el suéter. O la temperatura ambiente había subido de golpe o estaba hirviendo de furia y de frustración. Más bien se trataba de lo último. Frente a ella, veía reír a Dallas y a Ronnie. Casi los envidió. Extendió una mano para servirle a su hermano su plato.

De repente, sin previo aviso, Dallas le sujeto la muñeca y se quedó mirando las cinco huellas rojizas que tenía en el brazo. Ya se estaban poniendo de un color amoratado.

—¿Como te has hecho esto?

—No lo sé. Me golpearía accidentalmente con algo.

—Sentarse debajo del árbol —pronunció en aquel momento Ronnie, recogiendo su plato.

—Sí, siéntate debajo del árbol —le dijo Nicole—. Se está más fresco ahí. Yo me sentaré a tu lado.

Pero antes de que pusiera seguir a Ronnie, Dallas se inclinó para examinarle detenidamente las marcas del brazo.

—Son huellas de dedos. ¿Fue Malcomb?

Hizo la pregunta en voz baja para que Ronnie no pudiera oírlo, pero a Nicole no le pasó desapercibido su tono de furia.

—Ya te he dicho que no sé cómo me lo hice, pero estoy segura de que no son los dedos de nadie. Me habría acordado —se aparto de él y se reunió con Ronnie. Sabía que Dallas no la creía. Y ella no podía consentir que se entrometiera en su vida. Ya tenía bastantes problemas.

Dallas se sentó a su lado. De vez en cuando, sus rodillas se

rozaban. Era tanta la tensión sexual, que Nicole apenas probó bocado. Cuando sonó su móvil suspiro de alivio, agradecida por aquella distracción. Era Matilda. Parecía preocupada.

– Mi cuñada Penny Washington acaba de llamarme –le explico su amiga–. Ya sé que no la conoces pero trabaja de enfermera en el hospital general Mercy y necesita hablar contigo.

– ¿Hablar conmigo de qué?

– No lo sé muy bien. Lo único que me ha dicho es que es algo que tiene que ver contigo, con tu marido y con una amiga suya que ha muerto asesinada.

– ¿Esa amiga era Karen Tucker?

– Sí.

Dallas había dado un respingo en el instante en que oyó mencionar el nombre de la víctima. Nicole se levantó para alejarse unos metros, pero él la siguió, mirándola fijamente mientras hablaba.

– ¿Tienes el número de Penny?

– Sí, pero no quiere hablar contigo por teléfono. Dice que necesita verte.

– ¿Tiene todo esto algo que ver con el asesinato?

– Supongo que sí, pero no lo sé con seguridad. Intenté que me dijera más cosas, pero estaba tan afectada por la muerte de su amiga que no quise presionarla.

– Entonces dame su dirección. Ahora mismo estoy en el parque con Ronnie, pero iré para allá tan pronto como lo deje en el hogar – apuntó en su libreta el nombre de la calle. La mano le temblaba tanto que le salió una letra casi ilegible.

– ¿Quién era? –le pregunto Dallas tan pronto como la vio cortar la comunicación. Después de escuchar las explicaciones de Nicole, su expresión se tornó sombría.

– Llámala otra vez. Quiero hablar con ella.

—No va a decirte más de lo que ya me ha dicho a mí.

—Tal vez sí. Llámala por favor.

Soltando un suspiro de frustración, marcó el número de Matilda y le tendió el móvil. Durante los minutos siguientes, pudo observar fascinada como se sumergía en su papel de inspector frío y profesional, se abismó completamente en la conversación, paseando sin despegar la mirada del suelo. Había madurado mucho desde los días en que trabajaba en la campaña electoral de su padre, aunque seguía conservando aquel juvenil aire de desafío, como si quisiera comerse el mundo.

Nicole recordaba perfectamente aquella última noche de hacia nueve años, antes de que abandonara Shreveport para volver a la universidad de Nueva Orleans, cuando Dallas la invitó a dar una vuelta en su moto. Había aceptado sin vacilar, enamorándose tan locamente de él que habría sido capaz de hacer cualquier cosa si se lo hubiera pedido.

Los había sorprendido una tormenta de verano y para cuando consiguieron llegar al apartamento situado encima del garaje, estaban completamente empapados. Dallas había empezado a quitarse la ropa antes incluso de entrar y luego había proseguido con la de Nicole.

Los recuerdos la asaltaron como una venganza, tan frescos y vivos que casi podía sentir sus manos deslizándose debajo su falda y de sus bragas. Podía sentir sus besos, húmedos con sabor a sal, brutalmente posesivos. Podía escuchar sus jadeos mientras alcanzaba el clímax un segundo después de que ella descubriera el más puro y exquisito delirio del placer.

Se apoyó en el tronco de un árbol. Tenía el corazón acelerado como si acababan de correr una carrera. Se dijo que no debería pensar esas cosas. Toda su relación se reducía solo una aventura de una noche, nueve años atrás. Ya lo había superado. Era el problema al que se estaba enfrentando ahora lo que volvía tan potentes aquellos recuerdos.

–Comete tu pollo, Nicole. Comete tu pollo –Ronnie le señaló el plato de comida.

–Tienes razón. Tengo que comer –solo que su estómago se rebelaba ante la sola mención de la comida. Fingió comer para aplacar a su hermano mientras esperaba que Dallas volviera a sentarse con ellos. Cuando lo hizo tenía una expresión ceñuda, preocupada—. ¿Te ha contado Matilda algo más?

–Nada que tenga mucho sentido.

–Espero que pueda averiguar más cosas cuando la vea.

–No hay ninguna razón para que veas a Penny Washington. Ya se lo he dicho yo a Matilda. No pienso involucrarte en esta investigación.

–No era eso lo que pensabas ayer.

–Ayer no tenía más remedio. Hoy sí.

–No seas ridículo. Su cuñada desea verme, y yo voy a ir.

–Ridículo. Ridículo. Ridículo.

Al parecer, la palabra intrigaba y fascinaba a la vez a Ronnie. La repetía sin cesar en voz baja mientras daba vueltas al tenedor en su plato.

–Nicole, esta es una investigación por asesinato –le dijo Dallas a Nicole, tomándole una mano—. Lo que quiere decir que nos las estamos viendo con un peligroso asesino No se trata de ningún juego.

–Lo sé perfectamente. Escúchame tú ahora. Lo que Penny tiene que decirme está relacionado con mi marido, y yo quiero saberlo.

–¿Sabes que a veces encarcelamos a la gente por entorpecer este tipo de investigaciones?

Nicole extendió entonces las manos hacia él, juntando las muñecas.

–¿Llevas unas esposas a mano?

Dallas sacudió la cabeza mirándola como si hubiera perdido el juicio. Y quizá lo había perdido, pero en aquel preciso instante no

podía importarle menos. Su nombre y su número de teléfono habían sido encontrados entre las ropas de Karen Tucker. Su marido había recibido catorce llamadas de la víctima durante las últimas semanas. Pese a lo que pudiera decir Dallas o el propio Malcomb, ya estaba involucrada en aquel caso.

— ¿Por qué haces esto, Nicole?

— Porque estoy cansada de ser la única persona que no sabe lo que le pasa a mi marido. Y ahora, si quieres acompañarme, serás bienvenido. Pero pienso ir a ver a esa mujer.

Había perdido completamente el apetito. Dallas no. Después de terminar su plato, condujo de regreso al hogar residencial de Ronnie y luego fueron juntos a ver a Penny Washington.

Penny Washington vivía en una casa pequeña en un antiguo barrio situado cerca de Yoree Drive. El jardín delantero estaba muy bien cuidado, con lechos de flores entre las que destacaban los crisantemos, en una preciosa mezcla de blanco, violeta y oro. En una esquina había una moto tumbada. Olía a barbacoa y a carne asada, procedente de un patio vecino.

Todo parecía normal. Pero Nicole tenía un mal presentimiento.

— ¿Estas bien? — le pregunto Dallas, tomándola del brazo mientras entraban.

— Sí.

— Todavía estás a tiempo de volverte.

— ¿Volverme a casa para hacer un agujero en la arena y enterrar la cabeza?

— Funciona con los avestruces.

— Entonces Malcomb debería haberse casado con uno — se dispuso a pulsar el timbre, pero se detuvo en el último momento. Temía haberle dado a Dallas una falsa impresión—. No sé muy bien que tipo de relación tema mi marido con Karen Tucker, pero estoy

completamente segura de que él no la mató.

– ¿De dónde nace esa seguridad, Nicole?

– Es... es un médico altamente reputado.

Pero Penny abrió la puerta en aquel preciso instante, evitándole a Dallas tener que responder.

– Oh, perdonen. No he oído el timbre. Supongo que se habrá vuelto a estropear.

– El timbre está bien –le aseguró Dallas–. Todavía no lo habíamos pulsado –le tendió la mano–. Soy el inspector Dallas Mitchell, y esta es Nicole Lancaster.

– Sí, ya me había avisado Matilda de que venían. Pasen, por favor.

Penny era una mujer menuda y atractiva. Se notaba que estaba nerviosa, preocupada. Los invito a tomar asiento en el sofá.

– ¿Desean beber algo? ¿Té con hielo, café?

Nicole estuvo a punto de negarse, pero Dallas aceptó un café solo, y al final ella hizo lo mismo.

– Siempre viene bien aceptar una bebida –le comentó Dallas, aprovechando que Penny se había retirado a la cocina–. A veces facilita la dinámica de las preguntas.

– A veces me olvido de que esto es para ti solamente un trabajo.

– Forma parte de mi trabajo. Y no siempre la mejor.

– ¿Cual es la mejor parte de un homicidio, Dallas? Todo esto me parece tan repugnante. Gente trastornada, cuerpos sin vida.

– Lo mismo se podría decir de los médicos. También ellos trabajan con la enfermedad y la muerte.

– Pero salvan vidas.

– Y yo también, si soy afortunado.

Penny volvió con una bandeja y tres tazas. Después de recoger la suya, se sentó en una mecedora.

– Cuando me desperté esta mañana, jamás pude imaginar que terminaría hablando con ustedes dos. Iba a llevarme a Jaime al entrenamiento de fútbol y luego pensaba salir de compras.

– ¿Qué le hizo cambiar de idea? – quiso saber Dallas.

– Una visita del doctor Lancaster.

Penny alzó la mirada, y Nicole pudo ver un brillo de terror en sus ojos. Aquel era otro momento de verdad. Se suponía que aquellos momentos eran raros, inusuales. Pero Nicole los estaba viviendo en rápida sucesión. Y cada uno era aún más destructivo que el anterior.

Percibiendo su reacción, Dallas le tomó una mano y la apretó con fuerza. Nicole aceptó su ayuda. No tenía otro remedio.

Capítulo 8

Dallas estaba inquieto. No tenía la menor idea de lo que iba a decirles Penny Washington acerca de Malcomb Lancaster, y tampoco confiaba del todo en ella. Si tenía información acerca del asesinato de su amiga, lo lógico habría sido llamar a la policía, y no a Nicole.

—¿Por qué fue mi marido a verla? —inquirió Nicole todavía agarrándole la mano como si Dallas pudiera protegerla de la respuesta de Penny.

—El doctor Lancaster quería saber si Karen me había mencionado el nombre de la persona con la que se había estado viendo.

—¿Y ella se lo menciona?

—Intenté sacárselo, pero ella no me lo dijo. Se trataba de un hombre casado, y quería protegerlo del escándalo.

—Que considerada.

—Mas bien entupida, en mi opinión —replicó Penny.

—¿Se estaba viendo Karen con alguien de fuera del hospital? —quiso saber Dallas.

—Sí. Con un médico.

Nicole se encogió por dentro, apretando con más fuerza la mano de Dallas.

—¿Cree usted que Karen estuvo relacionada con mi marido? —al ver que vacilaba, insistió—. Si cree que se estuvo viendo con Malcomb por favor, dígamelo de una vez.

—No, no se enredó con el doctor Lancaster. Causa una gran sensación entre las enfermeras, pero siempre ha ignorado sus flirteos. Es amable, correcto, muy profesional. Y evidentemente está muy

enamorado de usted – declaró Penny, forzando una sonrisa – . Es una mujer muy afortunada.

– Gracias.

Nicole soltó entonces la mano de Dallas y se recostó en su silla, evidentemente aliviada con la respuesta. Dallas, sin embargo, no compartía ese sentimiento. Todo aquello olía demasiado mal.

– Nos ha dicho por que fue el doctor Lancaster a verla pero sigo sin entender por que deseaba hablar usted con Nicole. ¿Que tiene todo esto que ver con ella?

– Yo sé que Karen tenía intención de llamarla para hablar con Nicole. Y creo que quizá llevo a hacerlo.

– ¿Como lo sabe? – le pregunto Dallas.

– Karen me contó su plan la víspera de su asesinato. Lo tenía todo preparado. Y luego la mataron – movió las manos, exasperada – . Su plan no tenía ninguna posibilidad.

– ¿Por qué no nos lo cuenta con detalle?

– Detesto tener que decirles todo esto – les confesó entre asqueada y contrita – . Parece como si estuviera hablando mal de ella.

– Piense que si lo hace es para ayudar a la policía a encontrar al asesino.

– Esa es la única razón que me mueve a ello. Probablemente ya lo habrá descubierto, inspector, pero Karen estaba embarazada. Ella no quería decírmelo, pero una noche, hace un par de semanas, vino a verme. Estaba muy alterada y había estado llorando. Insistí en que me dijera lo que le pasaba, y al final se derrumbó.

– ¿La había dejado embarazada su amante? ¿El hombre casado?

– Sí.

– ¿Sabía él que lo estaba? – inquirió Nicole.

– Lo sabía, pero al muy canalla no le importó.

— ¿Y el plan de Karen? — le preguntó Dallas —. ¿En qué consistía?

— Karen pensó que si su esposa descubría su aventura y lo del embarazo, acabaría por divorciarse de él. Por eso concibió la idea de transmitirle esa información a usted de forma anónima, Nicole.

— ¿Pero por qué a mí?

— Porque esperaba que se lo dijera a la mujer de su amante. Me dijo que usted y esa mujer eran amigas.

— Todo esto es demasiado extraño...

— Lo sé —convino Penny—, por eso quería hablar personalmente de ello con usted. Si tiene alguna idea de quién puede ser ese hombre, debería decírselo al inspector... porque creo que él mató a Karen para que no hablara. Estoy convencida, y no me importa que se trate de un médico. No todos son unos santos, eso se lo puedo asegurar. Lo sé porque trabajo con ellos todos los días —recogió un cojín del sofá y lo estrechó contra su pecho, emocionada—. Karen estaba muy confundida, pero era una gran persona. Así que si sabe quién es ese hombre, Nicole, debería decírselo a la policía.

— Conozco a muchas esposas de médicos del hospital pero ninguna de ellas es verdaderamente amiga mía —explicó Nicole—. Me cuesta creer que Karen no le revelara a usted o a Malcomb con quién se estaba viendo... cuando, por lo visto, sí que les contó todo lo demás sobre su aventura.

Dallas tampoco se lo creía. Y ya era hora de sacar a Nicole de allí. Porque no tenía intención de involucrarla en aquel caso más de lo que ya estaba.

— Tenemos que irnos, señorita Washington. Pero me gustaría llamarla después para hacerle alguna pregunta más acerca de Karen.

— No sé mucho más de lo que ya les he contado.

— A veces uno sabe mucho más de lo que cree saber. Le aconsejo que se haga una lista, en un bloc. Y cada vez que piense en algo relacionado con Karen, escríbalo.

– ¿Qué tipo de cosas?

– El lugar en que hacía sus compras, su peluquería favorita... Los sitios que frecuentaban cuando salían juntas, si iba a algún gimnasio o estudiaba algo, si hacía deporte, etcétera.

– No veo en qué puede eso ayudar a...

– Puedo que no, pero con suerte, puede que sí.

– Entonces apuntaré todo lo que se me ocurra.

Nicole se disculpó para usar el cuarto de baño. Tan pronto como se retiró, Penny cambió de asiento y se sentó junto a Dallas en el sofá.

– Hay una cosa más, inspector –le susurró en voz baja–. No quería decírselo delante de Nicole.

– ¿Decirme qué?

– Karen era socia de un club de fotografía.

– ¿Sabe usted el nombre de ese club, o su dirección?

– No. No era un club normal. La gente iba allí. Hombres y mujeres. Ellos, bueno... hacían cosas... inmorales.

– ¿Está usted diciendo que era un club de libertinos?

– Las mujeres posaban para fotos. A veces mantenían relaciones sexuales con ellos, pero no estaban obligadas. Solo tenían que posar en posiciones... obscenas. Pagaban mucho. Por eso empezó Karen. Tenía algunas deudas de cuando su madre estaba enferma de cáncer, y estaba intentando saldarlas.

– Entiendo. ¿Fue allí donde Karen conoció al médico que se convertiría en su amante?

– No. Lo conocía del hospital. Fue después de que ella se incorporara al club cuando empezaron a salir juntos.

– ¿Cómo se enteró ella de la existencia de ese club?

– Eso no lo sé –lo agarró del brazo–. Por favor, no le diga a nadie que yo le he contado todo esto, inspector. Si llegara a saberse,

podría tener problemas. Tengo un hijo.

—Lo entiendo, pero necesitaré volver a hablar con usted. Y si pudiera averiguar algo más sobre ese club, sobre todo por lo que se refiere a la forma que tiene de reclutar mujeres, se lo agradecería enormemente.

Nicole volvió entonces y Penny les agradeció su visita. Las dos se abrazaron en la puerta, como si fueran grandes amigas. A ojos de Dallas, sin embargo, lo único que tenían en común era que ambas habían quedado atrapadas en la telaraña de un sórdido caso de asesinato.

De nuevo en el coche, Nicole se mostró callada, taciturna. Y también temerosa, aunque lo que Penny le había dicho acerca de su marido debería haber despejado todas sus preocupaciones. Aparentemente, Malcomb Lancaster estaba enamorado de ella y no le había sido infiel.

Sin embargo, si su corazonada era correcta, Penny Washington sabía muy bien quién era el padre del hijo de Karen. Y Dallas habría apostado cualquier cosa a que se trataba de Malcomb. Por el bien de Nicole, esperaba que estuviera equivocado.

Nicole miraba abstraída por la ventanilla mientras atravesaban el barrio en el que vivía Penny. Jardines bien cuidados, niños patinando, una anciana barriendo el sendero de entrada de su casa, una joven madre sentando a su bebé en el asiento trasero de su coche... Dios, cómo los envidiaba.

—Estás muy callada —le comentó Dallas. Giró en Youree Drive para volver al hogar de Ronnie, donde ella había dejado su coche.

—Solo estaba pensando en la enorme diferencia que unos pocos días pueden suponer en la vida de una persona. Hace tan solo unos días, yo ni siquiera conocía el nombre de Karen Tucker. Ahora está muerta, y su vida parece estar tan estrechamente relacionada con la mía que ocupa todos mis pensamientos. Y la mayor parte de mis

actos.

– Pasaré. Las cosas terminarán volviendo a la normalidad.

– Para Karen Tucker no, desde luego. Y tampoco para Malcomb, ni para mí.

– Penny te aseguró que era un gran tipo.

– Y probablemente lo sea el Malcomb Lancaster que ella conoce.

– ¿Pero no el que conoces tú?

– A estas alturas, ya no puedo estar segura de nada.

– ¿Fue él quien te hizo esas marcas en el brazo, verdad? –le preguntó Dallas, tenso.

– Tal vez. Seguramente cuando me estaba despertando de una pesadilla...

Solo que tenía la sensación de que aún seguía en ella. De repente, la tensión acumulada durante aquellos dos últimos días se tomó demasiado abrumadora, mezclada con el desengaño de su matrimonio en crisis y añadida al dolor que todavía sentía por la pérdida de su padre. Y en alguna parte de su alma, enterrado en lo más profundo, en un lugar al que no se atrevía a asomarse, anidaba también lo ocurrido con Dallas años atrás. Sin que pudiera evitarlo, las lágrimas empezaron a resbalar por sus mejillas.

Dallas se internó en el parque que corría al lado de River Road. Tan pronto como detuvo el coche, la abrazó.

– Lo siento – murmuró ella, entre sollozos.

Él no contestó. Simplemente se limitó a enterrar el rostro en su pelo y a estrecharla en sus brazos mientras lloraba.

Dallas era consciente de que estaba rompiendo todas y cada una de las reglas de su manual. De hecho, las estaba aplastando hasta convertirlas en una pulpa que podía arruinar su investigación y destrozarle de paso el poco corazón que le quedaba.

Había ansiado abrazar a Nicole desde el instante en que se la encontró en la cafetería de la universidad. Inmediatamente se había imaginado lo que sería sentirla en sus brazos, había soñado con el roce de su sedosa melena contra su piel... Aquella pasión debería haber muerto años atrás, debería haberse disuelto en el tiempo. Nicole y él pertenecían a mundos diferentes. Y sin embargo la deseaba tanto como la había deseado aquella noche, hacía nueve años.

Finalmente, ella se apartó.

– Lo siento, Dallas. Perdona por haberme derrumbado así.

– Oye que yo no me he quejado...

Abrió la guantera y sacó una caja de pañuelos de papel. Nicole tomó uno y se enjugó las lágrimas. Parecía tan débil y vulnerable... que quitaba el aliento. Dallas sintió el incontenible impulso de asesinar a Malcomb Lancaster.

«Piensa un poco, viejo amigo», intentó decirse. «Que Nicole haya estado llorando en tus brazos no te da ningún derecho a entrometerte en su vida». Pero su cerebro hizo poco caso de aquella advertencia.

– Si quieres hablar, yo soy el más indicado para escucharte. Se me da muy bien. He recibido entrenamiento profesional.

– Puede que te arrepientas de esa oferta.

– Lo dudo.

Nicole se quedó mirando por la ventanilla. Algunos patos nadaban por el estrecho río que atravesaba el parque.

– ¿Salimos a pasear un poco?

– Claro.

Bajaron del coche. Estuvieron paseando en silencio durante varios minutos, con el sol de espaldas. El manto de hojas secas crujía bajo sus pies, con el agua fluyendo lentamente a su lado. Era como si el tiempo se hubiera detenido. Su relación estaba anclada para siempre a una sola noche de amor de hacía nueve años. Anclada y separada a la vez

por aquel mismo suceso. Después de tanto tiempo separados, un asesinato los había vuelto a reunir.

Nicole se detuvo al borde del agua. Dallas contempló su perfil, nuevamente estremecido por la fuerza de los recuerdos que no dejaban de acosarlo.

– Supongo que habrás adivinado que los problemas que tenemos Malcomb y yo trascienden esta investigación.

– Intento no precipitarme a sacar conclusiones.

– La verdad, no sé por qué te estoy contando todo esto.

– Eso ya lo hemos aclarado. Se me da muy bien escuchar a la gente.

– Pero yo no sé qué decirte, aparte de pedirte disculpas por las lágrimas de antes. Ni siquiera sé qué es lo que falla exactamente en mi matrimonio, o de quién es la culpa...

– ¿Cuándo empezaron los problemas?

– Los problemas afloraron ya el día de nuestra boda. Al menos esa fue la primera vez que presencié un ataque de rabia de Malcomb.

– ¿Un ataque de rabia?

– Sí. Era más que un simple enfado, como si algo en su interior hubiera liberado una especie de demonio. Tenía tan tensos los músculos del cuello y de la cara... Y sus ojos... No puedo describirlos, pero casi tenía miedo de mirarlo. En su caso, lo de lanzar una mirada asesina no es una metáfora.

– ¿Monta en cólera muy rápidamente?

– Sí, en un instante. Y generalmente por el motivo más nimio. Al cabo de un par de minutos se le pasa, como si se obligara a sí mismo a recuperar el control.

– Durante vuestro noviazgo, ¿no tuvo ningún ataque de rabia?

– No, al menos conmigo. Pero fui testigo de algún indicio, un par de veces. En una ocasión, contra otro conductor que se le había

adelantado cuando iba a aparcar. Y en otra cuando un camarero le derramó un poco de salsa de espaguetis en uno de sus mejores trajes.

– Pero no te preocupó entonces.

– Sí, pero se recuperaba tan rápidamente... y parecía lamentar tanto haberse puesto así... Para entonces, los preparativos de boda ya estaban muy avanzados. De modo que aquellos dos pequeños sucesos no me parecieron razón suficiente para replantearme nuestro inminente matrimonio. Además, por aquel entonces Malcomb se mostraba increíblemente dulce y atento conmigo. Me decía que era como un tesoro que había encontrado y que quería guardarme cerca de su corazón. Ahora, sin embargo, es diferente. A veces me cuesta reconocerlo. Pero no debería estar diciéndote todo esto...

– ¿Por qué no?

– Porque eres un inspector de la policía, investigando un caso de asesinato en el que Malcomb figura como sospechoso. Porque sospechas de él, ¿verdad?

– Necesito interrogarlo, pero eso no quiere decir que tú y yo no podamos hablar sinceramente. Éramos amigos mucho antes de que yo me hiciera policía y tú te convirtieras en la señora Lancaster.

– Nunca fuimos amigos, Dallas. Yo era joven e impetuosa, y me encapriché de ti desde el primer momento. Me lancé a tus brazos y tú, finalmente, te aprovechaste de la situación.

– No es así como yo lo recuerdo.

– No importa como lo recuerdes. Ahora eres Dallas Mitchell, el policía.

– No fue Dallas Mitchell, el policía, quien te abrazó hace un rato cuando estabas llorando.

– *Touché* – hundiendo las manos en los bolsillos de los pantalones, alzó la mirada hacia él. Había una sombra de miedo en el fondo de sus pupilas –. ¿Crees que Malcomb asesinó a Karen?

– ¿Y tú?

—Ya no sé qué pensar. Me resulta tan difícil confiar en un hombre que me ha mentado tan descaradamente...

Se estremeció. Dallas ansió abrazarla, levantarla en vilo y llevarla a un lugar donde pudiera hacerle el amor... hasta conseguir que se olvidara de una vez por todas de Malcomb Lancaster. Pero eso era imposible. A pesar de ello, tendría que hacer todo cuanto estuviera en su mano para aplacar sus temores.

—Estoy casi seguro de que Malcomb no mató a Karen.

—¿Por lo que te dijo Penny?

—No.

—Me alegro. ¿Sabes? No he dejado de pensar en esa conversación. Lo que nos dijo me pareció demasiado... artificioso. Como si hubiera sido diseñado para explicar el motivo por el cual mi número de teléfono se encontró entre la ropa de Karen. No me sorprendería que el mismo Malcomb le hubiera sugerido que se pusiera en contacto conmigo.

—Olvídate de tu carrera de maestra, Nicole. Tú has nacido para detective.

—Lo tendré en cuenta. Pero si estás de acuerdo conmigo en eso, ¿por qué piensas que Malcomb no es culpable?

—Tengo mis razones. Y, por el momento, no puedo decirte más — le acarició un brazo, justo en la zona de las marcas, a pesar de que no podía verlas, ya que llevaba un suéter de manga larga—. Pero el hecho de que no crea que sea el asesino no significa que no sea peligroso. ¿Te ha hecho daño alguna vez?

—Físicamente, no.

—Pero te asusta. Asustar a alguien es una forma de daño físico. Y si piensas incluso que es posible que tu marido sea un asesino, yo diría que los dos presentáis... graves incompatibilidades de carácter, por decirlo de una manera suave.

–Creo que tienes razón –de repente, se volvió hacia el coche
–.Ahora tengo que irme a casa, Dallas. Y, por favor, no me hagas más preguntas. Probablemente ya he hablado demasiado.

–De acuerdo.

Apenas pronunciaron palabra durante el trayecto hasta el hogar de Ronnie. Los pensamientos de Dallas derivaron hacia el asesino de Karen. Un tipo que había matado antes y que volvería a hacerlo hasta que alguien le parara los pies.

Un trabajo como tantos otros. Solo que esa vez presentaba complicaciones añadidas. En vez de concentrarse únicamente en atrapar al asesino, la esposa de otro hombre se infiltraba en sus pensamientos haciendo estragos en sus emociones. La mayor complicación de todas era, por desgracia... que Nicole había vuelto a su vida. Y todo indicaba que jamás saldría de su corazón.

Malcomb se hallaba sentado en su cómodo sillón de cuero detrás de su lujoso escritorio de caoba, admirando los diferentes hitos de su éxito. Diplomas y certificados enmarcados, una estantería llena de revistas en las que había colaborado con trascendentales aportes a la ciencia médica, en la especialidad de trasplantes de corazón.

Pero al otro lado de aquel despacho, los demonios que lo acosaban podían infiltrarse en su mente y reclamarlo. Reclamarlo en cuerpo y alma. Allí, afortunadamente, no. Dentro de aquellas cuatro paredes era el doctor Malcomb Lancaster. En su santuario, era dios.

Y sería allí donde plantaría cara al entrometido policía que estaba infectando su vida como si fuera un cáncer. Lo miraría de arriba a abajo y respondería a sus preguntas con altivez y displicencia, como resignado a complacer a un pobre ser inferior. Su mundo era preciso, científico, un universo de hombres ilustrados cuyas batas blancas simbolizaban su superioridad.

En aquel preciso instante sonó el timbre del intercomunicador.

– ¿Sí, Peggy?

– Dallas Mitchell está aquí.

Malcomb sonrió mientras se alisaba la pechera de la bata.

– ¿Puedo decirle que entre?

– Hazlo, por favor. Estoy listo para recibirlo.

Capítulo 9

Dallas observó con detenimiento al doctor Malcomb Lancaster, escrutó su mirada, se fijó en la inclinación de sus hombros, en la posición de sus manos. A juzgar por todos los indicios, parecía absolutamente tranquilo y controlado ante la perspectiva de que un policía fuera a curiosear en mi vida privada. Eso, en sí mismo, ya era algo inusual. Incluso las personas inocentes mostraban cierta inquietud al verse interrogadas por un inspector de homicidios.

—Sé que es usted un hombre muy ocupado, doctor, y que preferiría ir directamente al fondo del asunto.

Malcomb asintió con la cabeza.

—Tome asiento, inspector.

Dallas se sentó en la silla que le indicaba: el lugar habitual del paciente. Mientras que él se acomodaba en su elegante sillón, con las manos entrelazadas sobre el estómago.

—Podemos ir al fondo de su asunto cuando quiera —subrayó la palabra—. Ya sabe usted que el mío es atender a mis pacientes y hacer que sus corazones sigan funcionando.

—Y el mío atrapar a los asesinos para salvar vidas. Así que supongo que, en lo fundamental, nuestras ocupaciones no son tan diferentes.

—Tal vez no, según su particular modo de ver —Malcomb se removió en su sillón, pero en ningún momento dejó de mirarlo a los ojos—. Si espera usted que le diga algo acerca de Karen Tucker que le sirva de ayuda en su investigación, lamentaré decepcionarlo. Es muy poco lo que puedo decirle de ella, excepto que era una enfermera muy capaz.

–Pero Karen y usted eran amigos, ¿no? –intentó distinguir alguna reacción en su rostro ante la pregunta. Nada. Ni siquiera un sospechoso parpadeo.

–La asignaron a la Unidad de Cuidados Intensivos, y frecuentemente yo ponía a pacientes bajo su cuidado.

–Según la relación de llamadas telefónicas que efectuó, los dos tuvieron ocasión de sostener conversaciones llamativamente largas durante las tres últimas semanas, algunas de ellas a horas bastante avanzadas de la noche.

–Karen era una mujer de carácter muy inestable, que estaba atravesando una situación difícil. Buscaba mis consejos. Yo nunca llegué a entender por qué, excepto que parecía sentirse cómoda hablando conmigo.

– ¿Lo telefonean muchas enfermeras a su domicilio particular?

–Por supuesto que no. Karen estaba muy angustiada y necesitaba un amigo.

–Pero hace un momento ha dicho que usted no la consideraba precisamente una amiga.

–Está usted rizando el rizo, inspector. Karen no era una mujer a la que voluntariamente hubiese querido dedicar mi tiempo libre, pero cuando me pidió ayuda, me esforcé por ayudarla. Habría hecho lo mismo por cualquier otro miembro de mi plantilla.

–Debía de estar muy angustiada para renunciar a su trabajo aquí y cambiar de hospital, siendo una enfermera tan competente...

–Si quiere que le sea sincero, yo mismo le pedí que abandonara el hospital Mercy.

– ¿Por qué?

–Por razones que no deberían ser aireadas en este hospital.

–No creo que a Karen le importe.

–Por desgracia, no solamente atañen a Karen. Se relacionó con

uno de los médicos de la plantilla, un hombre casado. Él estaba dispuesto a romper la relación y ella simplemente no podía soportarlo.

– ¿Le dijo con quién se estaba viendo?

– No.

– ¿Se lo preguntó usted?

– Todo lo contrario. Insistí en que no me lo dijera. No quería que semejante revelación malograra mi respeto por un profesional con quien trabajo y en quien confío profesionalmente, como es el caso de todos mis colegas de este hospital. Como ya le dije antes, mi principal preocupación, aparte de mi esposa, son mis pacientes.

– Pero usted visitó a Penny Washington el otro día y le preguntó si conocía el nombre del amante de Karen.

– Eso fue después de que Karen muriera asesinada. Si Penny hubiera sabido quién era ese hombre, yo habría intentado convencerla de que se lo dijera a la policía.

– ¿Mantén Karen fuertes lazos de amistad con los otros médicos de la plantilla?

– Se llevaba bien con todo el mundo. El doctor Castle solía llamarla «Campanilla» porque siempre parecía estar revoloteando de un paciente a otro, procurando levantarles el ánimo.

– Hábleme del doctor Castle.

Malcomb sacudió la cabeza.

– Se equivoca, Jim Castle jamás tuvo ninguna aventura con Karen. Es absolutamente fiel a su mujer. De hecho, está embarazada de su primer hijo.

– ¿Le confesó Karen que estaba embarazada?

– No creo que lo estuviera.

– Pues lo estaba. De cuatro meses, según la autopsia.

— A mí nunca me dijo una palabra. Pero eso explica su resistencia a separarse de su amante.

— Eso lo habría dificultado todavía más —convino Dallas—. En todas sus conversaciones con Karen, ¿alguna vez ella le dio algún motivo para sospechar que alguien quería matarla?

— Rotundamente no. Si hubiera sospechado que estaba en peligro, habría insistido en que llamara de inmediato a la policía. Todavía me cuesta creer que haya sido asesinada.

— ¿Se vio con ella alguna vez fuera del hospital?

— Nunca. Y si está sugiriendo lo que me temo que está sugiriendo, se equivoca de medio a medio, inspector. Yo me tomo muy seriamente mis votos matrimoniales.

— Yo no estaba sugiriendo nada. Pero dada su firme postura a la hora de negar cualquier relación sentimental con la víctima, supongo que no le importará someterse a una prueba de ADN.

— ¿Con el fin de demostrar que yo no soy el padre del feto de Karen?

— Exacto.

— Si me niego, entiendo que se apresurará a conseguir una orden judicial para obligarme a ello.

— Llegado el caso, sí.

Dallas había supuesto que Malcomb protestaría. Que invocaría sus derechos y criticaría el carácter absurdo de la petición. Pero no lo hizo. En lugar de ello se limitó a esbozar una mueca, encogiéndose de hombros.

— No veo razón alguna para ponerlo en esa tesitura, inspector Mitchell. Pasaré por el laboratorio del hospital y haré que preparen una muestra. De esa manera quedará fehacientemente demostrado que yo no tuve nada que ver con el embarazo de Karen.

— Le estaría muy agradecido.

Malcomb se levantó, alisándose su bata blanca y pasándose una mano por su espesa mata de pelo.

– Dígame... ¿qué hará si el resultado de la prueba es negativo? ¿Repetirá la prueba del ADN con cada uno de los médicos de este hospital?

– No. Solo con aquellos que resulten sospechosos – Dallas se levantó también. Se alegró de ser varios centímetros más alto que Malcomb. Habría detestado tener que alzar la cabeza para mirarlo.

El médico se apoyó en una esquina del escritorio, con aspecto despreocupado.

– Le deseo suerte, pero me temo que está perdiendo el tiempo buscando al asesino en este hospital. De todas formas, espero que lo encuentre. Nadie se merece morir como Karen.

Aquella frase no pudo menos que extrañar a Dallas. Eran muy pocos los detalles del asesinato que habían sido filtrados a los medios.

– ¿Cree usted que esa fue una manera particularmente cruel de morir, Malcomb?

– ¿A manos de un asesino, y tan joven? Incluso sin saber el tipo de arma que utilizó contra ella, desde luego que la calificaría de brutal.

Una hábil corrección... si acaso el comentario anterior había sido realmente un desliz. En aquel instante sonó el intercomunicador del escritorio.

Malcomb pulsó un botón y su secretaria lo informó de que acababa de llegar el primer paciente del día. Una clara invitación a Dallas para que se marchara. No le importó. Por el momento, no iba a sacarle más información a Malcomb.

– Ah, inspector.

Dallas ya tenía una mano en el picaporte. Se volvió para mirar al médico.

– Estoy dispuesto a colaborar plenamente con lo de la prueba del

ADN. Pero espero algo a cambio.

– ¿Qué?

– No vuelva a ver ni a hablar con mi esposa.

– ¿En interés de la investigación, quiere decir?

– En interés de lo que sea.

– Lo siento, Malcomb. Yo no hago tratos de ese tipo. No me gusta.

Un brillo de furia asomó a los ojos oscuros del médico mientras cerraba los puños con fuerza. Dallas asistió con asombro a aquella transformación. Un segundo antes aquel hombre había estado perfectamente tranquilo, pero ahora tenía las venas del cuello tensas, a punto de reventar. Era la misma rabia de la que le había hablado Nicole.

Había visto antes aquellos ataques de furor en muchos criminales.

Y sin embargo, dudaba que Malcomb fuera un asesino. Era el hombre que dormía cada noche con Nicole. El solo pensamiento le provocó un escalofrío.

Malcomb cerró la puerta del despacho, volvió al escritorio y marcó el número de Jim Castle. Había conseguido dominar los síntomas externos, pero la rabia seguía allí, consumiéndolo, impidiéndole pensar. Deploraba aquellos momentos, aunque lo que más lamentaba era haberse dejado provocar por aquel policía. Respiró profundamente varias veces mientras dejaba sonar el teléfono.

El autocontrol era fundamental. El autocontrol y la apariencia. Una persona no se medía por lo que era, sino por lo que los otros veían en ella. Nadie podía conocer el grado de tormento interior que podía albergar el alma de un hombre controlado. A veces ni siquiera él mismo.

Malcomb habló brevemente con la secretaria de Jim, y luego esperó a que su colega se pusiera al teléfono. Sabía que la advertencia que estaba a punto de hacerle no serviría de nada. Dallas Mitchell iría

minándolo poco a poco, como un perro royendo un jugoso hueso, hasta que Jim Castle le soltara la historia completa de su vulgar aventura con la enfermera.

Lo cual era exactamente lo que Malcomb estaba esperando que hiciera. Pero antes tenía que asegurarse de que Jim no fuera tan estúpido como para mencionarle la existencia del club.

Una semana después.

Dallas y Corky estaban sentados en el despacho del comisario mientras el gran jefe revisaba los informes que le habían entregado. El comisario Bailey Cooper era un hombre de unos cincuenta y tantos años, con una barriga que le daba la vuelta al cinturón, bajo y de cabello gris. Quitándose las gafas de montura metálica, las dejó descuidadamente sobre un fajo de papeles.

—Parece que vosotros dos os habéis ganado unos cuantos enemigos por culpa de lo del hospital general Mercy.

—¿Quién se ha quejado? —quiso saber Corky—. ¿Jim Castle?

—Entre otros.

—¿Qué otros?

—El alcalde, para empezar. No le gusta que sus contribuyentes más reputados se vean acosados de esa manera. El gobernador también. Su hermano es cirujano de plantilla en el hospital. Y Nicole Dalton Lancaster es su ahijada.

—¡Políticos! —exclamó Corky—. Siempre se creen que están por encima de la ley. Son los más sinvergüenzas de todos.

—Pero no son asesinos.

—Eso es discutible —terció Dallas.

El comisario se llevó una mano a la frente, enjugándose el sudor.

—Mirad, chicos, sé que el descubrimiento de una jugosa aventura entre uno de estos señores médicos y una enfermera asesinada tiene su morbo, pero estamos buscando a un asesino en serie. Una stripper,

una maestra de escuela, una jockey y una enfermera. Decidme por favor cómo encaja todo esto con el hospital general Mercy.

—No encaja —admitió Dallas—, pero carecemos de pista alguna de los tres primeros asesinatos. Todavía no hemos encontrado ningún vínculo entre esas tres víctimas.

—Todavía —replicó el comisario—. Esa es la palabra relevante ahora. Lo que tenéis que hacer es buscar ese vínculo. Si lo encontráis y resulta que os lleva al Mercy, entonces podréis poner patas arriba todo el hospital, si os apetece, y rebuscar en toda la basura que esconda. Hasta entonces, dejad en paz a la plantilla. Sobre todo a los médicos.

—¿Quiere decir que tenemos que dejar en paz a Jim Castle y a Malcomb Lancaster?

—Eso es lo que más me gusta de ti, Dallas. Enseguida percibes lo obvio. El caso es que tenéis cero puntos para conseguir una orden judicial que obligue a Jim Castle a hacerse la prueba del ADN. No tenéis nada concreto contra ese tipo.

—Pero...

—Estoy enterado del grado de fiabilidad de tus corazonadas. Pero procura presentármelas aderezadas con hechos.

Justo en aquel preciso instante, la especialista en perfiles criminales apareció en la puerta del despacho.

La primera impresión que se llevó Dallas de Darlene Andrews cuando la conoció tres semanas atrás, fue que era demasiado joven y demasiado ingenua para dedicarse a estudiar la mente criminal de Freddie. Pero bastaron unas pocas horas de conversación, mientras compartían la información sobre los crímenes, para convencerlo de que aquella mujer sabía trabajar.

Y lo que les dijo aquel día no hizo sino confirmarlo. Empezó relatando los detalles básicos de los asesinatos, incluido el modus operandi del autor. Luego, pasó a la parte que Corky y Dallas habían estado esperando: el perfil psicológico del hombre que buscaban.

—Esto es lo que tengo —les dijo, ordenando sus notas sobre la mesa—, todo ello fundamentado en un cierto número de indicios, algunos más claros que otros. Creo que estamos buscando a un varón caucasiano, de entre treinta y cinco y cuarenta años. Es atractivo, un seductor. Alguien que puede encandilar a una mujer determinada y convencerla de que vaya con él a un lugar apartado, aislado, donde le inyecta la droga. No tiene por qué ser particularmente fuerte, ya que no utiliza la fuerza física.

—Pero sí para transportar sus cuerpos después de matarlas —apuntó Corky.

—Buena observación. También sabemos que es un maniático de la limpieza. Eso podría indicar que procede de un hogar donde sus padres, sobre todo su madre, tenían un carácter obsesivo. O tal vez justamente lo opuesto. Puede que proceda de una familia desestructurada, problemática, y que de niño sintiera vergüenza de que la conocieran sus amigos.

—¿Crees que es probable que ahora tenga amigos?

—Dudo que esté estrechamente relacionado con nadie, aunque aparente lo contrario. Es un tipo colérico, especialmente con las mujeres, lo que explica el detalle de la tortura. Puede que eso se deba a que se sintió traicionado por una mujer o a que fue maltratado por su madre. Probablemente nunca se ha casado. Es una persona muy inteligente. Y muy controlada.

—¿Podría ser un médico? —le preguntó Corky.

—Sí, un cirujano por ejemplo. Sus incisiones son muy precisas. Y lo sabe todo sobre el ADN, ya que lo usa para contaminar y confundir la investigación.

—Has dicho que es una persona muy controlada —le recordó Dallas—, pero que en ciertos momentos pierde el control. ¿Cuál es el factor que desencadena su rabia?

—Yo diría que pierde los estribos ante personas o situaciones que

frustran o defraudan sus planes. Pero se recupera rápidamente, al menos en apariencia.

—¿Crees que los asesinatos están conectados con esos estallidos de rabia? —quiso saber el comisario—. ¿Y que simplemente estalla y mata a alguien antes de que pueda recuperar el control?

—No. Los asesinatos están demasiado bien planeados —en esa ocasión, fue Dallas quien respondió por ella—. Todos excepto el último —se volvió hacia Darlene—. ¿Cómo te parece que encaja el asesinato de Karen con todos los demás?

—Si el hombre que la mató es el mismo que el asesino de las otras tres víctimas, existen dos posibilidades. O algo alteró de manera singularmente intensa su estado mental y emocional, de manera que no pudo evitarlo, o algún factor externo, al margen de su impulso habitual, desencadenó ese asesinato.

—Me inclino por lo último —pronunció Dallas—. ¿Qué puede haber llevado a un hombre inteligente, culto y cualificado a convertirse en un asesino en serie?

—Algo debió de sucederle para disparar su resentimiento. Quizá al fin estalló la rabia que había acumulado con los años. O tal vez llegó a la cumbre del éxito y no le pareció suficiente, como si quisiera buscar un nuevo desafío. En cualquier caso, con cada uno de sus asesinatos ha ido mejorando su modus operandi, perfeccionándolo cada vez más.

—¿Cómo explicas esas obscenas poses en que coloca a sus víctimas después de matarlas? —inquirió Corky.

—Yo diría que las deshumaniza. Y que las dispone así para llevarse una imagen satisfactoria de ellas. Como los fetiches que suelen llevarse la mayor parte de los asesinos en serie.

—O quizá les saca fotos y las guarda —señaló Dallas—, para su colección personal de imágenes porno.

—Si hablas en serio, entonces deberíamos revisar todas las casas de

revelado de la ciudad – sugirió Bailey.

– Eso sería una pérdida de tiempo. Es demasiado inteligente para eso. Usaría una Polaroid.

– O las revelaría él mismo – añadió Dallas, estremecido por una sospecha.

– Exacto – repuso Darlene mientras rebuscaba algo entre sus notas –. La criminología es útil, pero no es una ciencia exacta.

– Has hecho un gran trabajo – la felicitó el comisario.

– Hago lo que puedo.

Dallas ya no los escuchaba. Sus pensamientos habían tomado su propio rumbo. Maldijo para sus adentros. ¿Qué posibilidades había de que la mujer que le había robado el corazón estuviera casada con el desalmado asesino cuya captura tanto lo obsesionaba?

– ¿Qué dices tú, Dallas?

Alzó la vista. Todo el mundo lo estaba mirando, esperando a que respondiera.

– Lo siento. Me he distraído.

– Darlene duda seriamente de que nuestro asesino múltiple esté relacionado sentimentalmente con Karen Tucker. ¿Qué opinas tú?

– Yo no lo descartaría.

– ¿En qué te basas? ¿En evidencias o en una intuición?

– En las dos cosas. Todavía no sabemos cómo elige a sus víctimas. Puede que tuviera algún tipo de aventura con cada una de ellas, o que al menos experimentara cierta atracción.

– No tengo ninguna objeción a eso – declaró Darlene –. Además, nunca subestimo la intuición de un buen policía.

– Si ese hombre estuviera casado... – apuntó Dallas, incapaz de desterrar de su mente la estremecedora posibilidad que tanto lo torturaba – ¿qué tipo de síntomas o indicios podría advertir su

esposa?

– Manía por el orden. Por el control.

– ¿Y súbitos ataques de rabia?

– Eso sobre todo.

Dallas permaneció en su silla, pero, para él, aquella reunión había terminado. La ansiedad bullía en su interior mientras las imágenes de los asesinatos cometidos por Freddy desfilaban por su cerebro. Rostros y cadáveres se iban sucediendo, hasta que solamente quedaron unos ojos, mirándolo. Los mismos ojos que lo habían acosado en cientos de noches de insomnio. Los de Nicole.

– ¿Te encuentras bien, socio? – le preguntó Corky.

– Sí. ¿Por qué?

– Porque no lo pareces.

– Estoy perfectamente. Pero tengo que ocuparme de algo que no puede esperar – y se levantó de la mesa para salir del despacho, sin añadir palabra. No pasó antes por su oficina, sino que se dirigió directamente al coche. Esa vez, una llamada telefónica no serviría de nada.

El hombre al que Nicole había jurado amar para siempre podía ser un asesino múltiple. Y Dallas tenía que convencerla de que saliera de aquella casa. Rápido. Antes de que se convirtiera en su próxima víctima.

Capítulo 10

Nicole se hallaba sentada en el suelo de la biblioteca, rodeada de una colección de álbumes de fotos que había encontrado en un viejo baúl del ático. La multitud de decisiones que tendría que tomar respecto a su matrimonio la habían puesto de un humor nostálgico. Y le habían hecho desear volver al tiempo en que había sido feliz, cuando su mundo no corría el peligro de romperse en mil pedazos.

Afuera, el sol de la tarde envolvía la superficie azul de la piscina en una blancura cegadora. Aquello le recordó el vestido que había lucido durante su primera actuación de baile. Debía de haber tenido unos seis años, casi siete. Por aquel entonces su madre estaba embarazada de Ronnie. Todavía podía verla sentada en la mecedora del salón con su vestidito de tul sobre las piernas, cosiéndole lo que ella había creído que eran piedras preciosas y no eran más que cristales de colores.

Ahora sabía que su madre ya había estado batallando contra el cáncer por aquellas fechas, pero para Nicole aquel había sido un tiempo mágico de amor y de cariño. Apenas un año después estaría al pie de su tumba, agarrada a la mano de su padre mientras lanzaba unas flores sobre su lápida.

Se enjugó las lágrimas. Aquel día no había llorado, ni al otro tampoco. Había transcurrido cerca de un mes cuando una noche se despertó con un fuerte dolor de estómago. Había llamado a gritos a su madre. Solo entonces llegó a asimilar que jamás volvería a verla.

El álbum de fotos resbaló entre sus dedos y cerró los ojos, volviendo a aquel mágico mundo de amor. Pero cuando volvió a abrirlos, la calidez desapareció y retornó el escalofrío. El escalofrío de la realidad.

Había pasado una semana desde la última vez que vio a Dallas. Una semana desde que la noticia de la muerte de Karen Tucker había estremecido su inestable mundo hasta los cimientos. Una semana de especulaciones, de remordimientos, para acabar finalmente aceptando el hecho innegable de que se había casado con un desconocido mentiroso y manipulador.

Su cita con su abogado la había deprimido todavía más. Si Malcomb y ella hubieran firmado un acuerdo prematrimonial, el divorcio habría sido mucho más fácil. Imprudentemente, sin embargo, esa opción jamás se le había pasado por la cabeza.

Dudaba que su matrimonio pudiera salvarse después de tanta mentira y de tanto engaño, pero quería estar segura antes de pedirle el divorcio a Malcomb. Para ello, había pedido una cita con un consejero matrimonial. Si salía bien, le pediría a Malcomb que la acompañara en su segunda visita. Pero tampoco se engañaba. A esas alturas sería necesario un milagro para que pudiera recuperar su confianza en él.

Por si eso fuera poco, Dallas se había deslizado hasta en los más recónditos rincones de su mente. Por las noches, cuando no podía dormir y se sentía sola y confundida, retornaba con toda su fuerza aquel antiguo anhelo. Y lo que sentía por Dallas la asustaba tanto como su matrimonio a punto de desmoronarse. Dallas no era la respuesta a sus problemas, y no podía formar parte de su futuro. Era el pasado. Algo superado, sin posibilidad de vuelta atrás.

Y, lo más importante, se negaba a que Dallas influyera en sus decisiones sobre su matrimonio. No sería justo para nadie. Los recuerdos de la pasión que habían compartido cobrarían aun mayor relevancia enfrentados al fracaso de su matrimonio y a la merma de su propia autoestima. Pero sería una sensación engañosa, y podría tener unos efectos tremendamente destructivos sobre su persona.

Tomó el siguiente álbum, soplando el polvo de la cubierta. En las fotografías de la primera página aparecía con Ronnie y con su padre, jugando. Recordaba bien aquel fin de semana. Por aquel entonces

debía de tener diecisiete años, y su hermano diez. Era el primer viaje de Ronnie a Nueva Orleans. Al principio había temido que tanta excitación le sentara mal, pero su padre insistió en que podía soportarlo, y al final tuvo razón.

Acarició la fotografía con las yemas de los dedos. Gerald Dalton. Para sus electores, había sido como un caballero de blanca armadura en combate constante contra el dragón. Para sus enemigos, un adversario tan temible como inteligente. Pero para Nicole y para Ronnie, había sido simplemente papá. «Basta de recuerdos. Es hora de actuar», decidió de pronto. Su padre había logrado recuperarse después de la muerte de la mujer a la que tanto había adorado. Y Nicole también podría sobrevivir a aquella tesitura.

Llevó los álbumes a la cocina y los dejó sobre la mesa, para subirlos después al ático. En ese instante sonó el timbre. Nadie excepto Janice solía presentarse sin avisar.

Pero no era Janice. Era Dallas. Con el corazón acelerado, abrió la puerta.

—Hola. Te diría que me alegro de verte, pero me temo que no se trata de una visita de cortesía, ¿verdad?

—No exactamente —su voz era tensa, contenida. Y no hizo el menor intento por sonreír.

—¿Qué pasa? —le preguntó, preocupada.

—Tenemos que hablar. ¿Es un buen momento?

—No si el tema es el asesinato de Karen. Nunca será un buen momento para eso.

—Lo siento, Nicole. De verdad que lo lamento —miró detrás de ella—. ¿Está Malcomb en casa?

—No. No lo espero hasta dentro de un par de horas.

—Bien. Es de ti de quien quiero hablar. Y me resultaría más fácil si me invitaras a pasar.

Fácil para él, pero difícil para ella. Ya se sentía demasiado vulnerable. Demasiado expuesta.

– Ya te he contado todo lo que sé, Dallas. Si quieres saber algo más sobre Malcomb y sobre su relación con Karen Tucker, tendrás que hablar con él. Probablemente tendrás más posibilidades de llegar a algo en claro con él que conmigo –no pudo evitar un tono de amargura.

– No he venido a preguntarte nada, Nicole. Tengo información. Y necesito urgentemente compartirla contigo.

Se hizo a un lado para dejarlo pasar y lo guió a la biblioteca, donde había estado mirando los álbumes. La habitación era la misma, pero con Dallas dentro parecía distinta. Como siempre, una inevitable tensión sexual reverberaba entre ellos, una cercanía que trascendía la simple atracción. Nicole tomó asiento en un sillón cerca de la ventana, y él se sentó frente a ella.

Al ver su expresión sombría, se temió lo peor. Empezaron a sudarle las palmas de las manos mientras su mente saltaba de una posibilidad a otra, todas igualmente inquietantes.

– Tienes alguna nueva evidencia sobre el asesinato de Karen, ¿verdad?

– En realidad, no.

Pero algo había cambiado. Algo que a Dallas le costaba expresar. No se necesitaba ser un genio para adivinarlo.

– Crees que Malcomb mató a Karen.

– Creo que pudo haberlo hecho.

Aquella declaración le revolvió el estómago a Nicole, provocándole una náusea.

– ¿Qué te ha hecho cambiar de idea? El bebé que Karen llevaba en sus entrañas no era suyo. La prueba de ADN lo ha demostrado.

– No se trata del ADN. Sé que lo que voy a decirte te sorprenderá,

pero tienes que escucharme con atención. No creo que el bebé, o la aventura que tuvo Karen, tengan que ver con su asesinato. Pero considero posible que Malcomb la matara.

– ¿Por qué me estás contando todo esto? No sé gran cosa acerca de los procedimientos de la policía, pero para conseguir una orden de detención contra un hombre no creo que sea necesario avisar antes a su esposa.

– Malcomb no va a ser detenido. Al menos por el momento.

– Lo que significa que no tienes pruebas de su culpabilidad. ¿Se puede saber a qué has venido entonces, Dallas? ¿Qué es lo que quieres de mí?

– Quiero que te alejes de Malcomb.

Lo cual era precisamente lo que quería, pensó Nicole. Pero no de esa manera.

– Mi matrimonio no es asunto tuyo, Dallas.

– Creo que puedes estar en peligro –le confesó, soltando un profundo suspiro—. No puedo explicarte más. Ni siquiera debería estar diciéndote esto, pero no puedo quedarme al margen, sin abrir la boca.

– No me hagas esto, Dallas –le espetó de pronto, desgarrada por una punzada de desesperación—. No tienes ningún derecho a venir aquí para hacerme esas insinuaciones. Sí sabes algo que yo debería saber, suéltalo ya.

– Te estoy diciendo lo único que puedo decirte. Creo que deberías alejarte de aquí hasta que todo esto haya terminado. Irte de vacaciones a México, o a Europa. Te lo podrías permitir perfectamente.

– Y qué le diría a Malcomb?

– Dile que necesitas un descanso. Que la investigación sobre el asesinato te está afectando. Diablos, no me importa lo que le digas. Cuéntale lo que quieras, lo que a ti le guste escuchar.

– Ese no es mi estilo. Como tampoco lo es rehuir los problemas.

Aunque, a esas alturas, mucho se temía que su matrimonio con Malcomb había sido precisamente eso: una huida. Una huida de la muerte de su padre, de la estremecedora convicción de que Ronnie era el único familiar inmediato que le quedaba.

– Me dijiste que las cosas no iban bien entre vosotros – insistió Dallas—. En el mejor de los casos, se trataría de una separación provisional.

– ¿Y en el peor?

– No nos pongamos ahora mismo en lo peor.

Solo que Dallas sí que lo estaba haciendo. Nicole podía verlo en la sombra que oscurecía su mirada, en su ceño, en sus labios apretados.

– Si quieres que me vaya, tendrás que contarme toda la historia, Dallas. Estoy cansada de mentiras y de medias verdades.

– De acuerdo, Nicole. Supongo que mereces conocer las posibilidades que hay. Pero te lo advierto: esto es lo más parecido a un mal sueño que pueda existir en la realidad.

– Aun así, quiero saberlo.

Permaneció perfectamente inmóvil mientras Dallas la ponía al tanto de los escabrosos hechos, esforzándose a duras penas por dominarse al escuchar las gráficas descripciones de los asesinatos que los medios de difusión habían silenciado. Tres mujeres, todas asesinadas de la misma manera, torturadas sin piedad, degolladas, con sus cadáveres dispuestos como si estuvieran posando ante un amante. Y Karen Tucker había muerto de una forma muy similar, haciendo sospechar a la policía que se trataba de la última víctima del asesino en serie.

– No puedes creer en serio que Malcomb sea ese desquiciado que ha estado aterrorizando la ciudad.

– Convénceme de lo contrario, Nicole. Háblame de tu marido.

– Es médico. Trabaja mucho. Es...

– ¿Es manipulador?

– Puede llegar a serlo, pero...

– ¿Es un maniático del autocontrol?

– Sí, ya te dije que lo era, pero...

– ¿Es desordenado?

– No, todo lo contrario – suspiró –. Siempre quiere que todo esté limpio y ordenado. Nunca se acuesta sin antes asegurarse de que su bata está bien colgada, y sus zapatillas en el lugar exacto en que las suele dejar debajo de la cama.

– Escúchame con atención, Nicole. Hoy hemos recibido un informe de una especialista en perfiles criminales del FBI: una profesional de toda confianza. Todo lo que me has dicho acerca de Malcomb encaja en su perfil. Los ataques de rabia incontrolada y su obsesión por el orden y la meticulosidad en todos y cada uno de los aspectos de su vida.

Nicole sintió un escalofrío. Quería taparse los oídos, ignorar aquellas ridículas acusaciones. Pero, en lugar de ello, miraba a Dallas directamente a los ojos.

– ¿Qué más dijo esa especialista?

Continuó escuchándolo, odiándolo al mismo tiempo por decirle todas esas cosas, y a Malcomb por encajar tan bien en aquel perfil. Pero, por encima de todo, odiándose a sí misma por haberse dejado enredar en aquel horrible escenario de pesadilla.

Sin embargo, podía entender la preocupación de Dallas. Malcomb se ajustaba a aquella descripción como la pieza restante de un puzzle. Aunque eso no significaba que fuera el asesino múltiple. Probablemente había cientos, miles de personas que respondían al mismo perfil.

– No puede ser Malcomb, Dallas. Yo no me he casado con un

demente —le temblaba la voz—. ¿Tienes alguna prueba sólida de que realmente hizo todas aquellas cosas tan horribles?

—No.

—Entonces solamente se trata de una simple suposición, o de una corazonada.

—En efecto.

—Él no es culpable, Dallas. Llevo diez meses casada con él. Si hubiera sido capaz de eso, yo lo habría sabido. ¿Sabe Malcomb que figura como sospechoso en la investigación sobre el caso del asesino en serie?

—No, y es importante que no lo sepa. Por el bien de la propia investigación.

—Aun así, has venido esta noche a mi casa y me lo has contado, sabiendo que yo podría decírselo.

—Tenía que correr ese riesgo.

—¿Por qué?

Dallas le acarició tiernamente una mejilla con el dorso de la mano. Apenas la tocó, pero la sintió estremecerse.

—Nunca se me ha dado bien expresar los sentimientos. Lo único que sé es que me estaba volviendo loco de imaginarte en esta casa, conviviendo con el monstruo que ha asesinado a todas esas mujeres.

—Te agradezco tu preocupación por mí, Dallas, pero necesito tiempo para pensar en todo esto.

—¿Qué es lo que hay que pensar? Puedes hacer la maleta y marcharte conmigo de aquí ahora mismo.

—No es tan fácil.

—Claro que lo es. Podrías quedarte en mi casa hasta que tomaras una decisión sobre tu paso siguiente.

Marcharse a casa de Dallas. Hubo un tiempo en que aquella

invitación la habría llenado de euforia. Incluso en aquel momento deseaba irse con él. Simplemente echar a correr y escapar, tal y como le había dicho. Pero eso significaría meterse de cabeza en otra complicación. Una complicación tan grande que podría destruirla por completo.

– Eres tan testaruda como tu padre – le espetó de pronto Dallas.

– Gracias.

– No pretendía ser un cumplido.

– Ya lo sé.

– Te agradecería que no compartieras lo que te he dicho con nadie, si siquiera con Janice. Cualquier filtración podría echar a perder la investigación en curso.

– No diré una sola palabra.

Dallas se dirigió hacia la puerta con paso cansino, como si durante los últimos segundos hubiera envejecido años. Se volvió para mirarla.

– ¿Me llamarás si cambias de idea?

– Te lo prometo – se detuvo frente a él, ansiando poder abrazarlo. Pero si lo hacía, corría el riesgo de no dejarlo marchar aquella noche... sin ella.

– Ten cuidado, Nicole – le puso un dedo sobre los labios—. Ten mucho cuidado.

Se quedó en el umbral, viéndolo alejarse por el sendero de entrada. La asustaba la perspectiva de quedarse sola en casa, con las horribles imágenes de los asesinatos de aquellas jóvenes, que parecían haberse quedado grabadas a fuego en su cerebro, como única compañía. Pero el asesino no podía ser su marido. Era inconcebible.

Aun así un escalofrío le recorrió la espalda cuando cerró la puerta, dispuesta a volver a ejercer su papel de señora de Malcomb Lancaster.

El bar estaba oscuro, lleno de humo. Penny Washington estaba

sentada ante la barra, en un lugar desde donde podía vigilar perfectamente la puerta. Ya había estado antes allí. La había llevado su amiga Karen, cuando le confesó que el hijo que llevaba en sus entrañas era de su amante, el médico del hospital, y que no estaba dispuesta a desaparecer del mapa con tal de facilitarle las cosas. Ya entonces a Penny no le había gustado aquel local. Ahora menos todavía. Pero entonces solo había estado algo inquieta, y ahora sentía verdadero miedo. Sabía demasiado. Sabía que el médico había amenazado con matar a Karen si le decía algo a su mujer. Sabía de la existencia del club. Sabía de las fotografías y del lugar donde la lascivia campeaba a sus anchas. Lo sabía porque ella misma también había formado parte de eso.

Media hora después de la hora de la cita, Penny recogió su bolso y sacó la cartera para pagar la consumición. Media hora era un tiempo de espera más que suficiente. Aunque su marcha no cambiaría nada. Finalmente, el trato sería un hecho. Se había comprometido a cumplirlo. Si no, moriría.

«Juega según las reglas y todo saldrá bien»: ese había sido el consejo de Malcomb. Pero también había hecho de consejero de Karen. Se disponía a pagar a la camarera cuando se abrió la puerta y entró el doctor Jim Castle. Barrió lentamente el local con la mirada, hasta que la descubrió. No sonrió ni demostró el menor gesto de reconocimiento. Simplemente se dirigió hacia ella.

La camarera dejó lo que estaba haciendo y se volvió para mirarlo. Penny se preguntó si aquella pobre chica sabría que el tipo impecablemente vestido que acababa de entrar era un reputado psiquiatra... perfectamente capaz de cometer un asesinato.

Nicole estaba luchando contra un terrible dolor de cabeza cuando Malcomb la telefoneó para decirle que esa noche no cenaría en casa. Aquella llamada fue como un respiro. Así dispondría de más tiempo para recuperar la compostura antes de verse obligada a verlo. Y de fingir que las sospechas que Dallas había sembrado en su cerebro

habían dejado de acosarla.

Se tomó una aspirina. Todavía le temblaban las piernas. Una vez en el dormitorio que compartía con Malcomb, puso un disco compacto de música de piano. Tumbada en la cama, intentó relajarse. Pero tan pronto como cerró los ojos, empezó a ver de nuevo aquellas horribles imágenes de las mujeres asesinadas...

Asesinatos, mentiras, puertas cerradas. Esas eran las palabras que habían acabado por definir su vida con Malcomb. Pero aquel era su hogar. Lo había sido antes de que se casara con él. Por lo tanto, tenía perfecto derecho a saber lo que escondía allí, en el apartamento situado encima del garaje. Con el corazón acelerado, se incorporó y marcó el número del cerrajero más cercano, cuyos servicios había contratado más de una vez.

Tenía que descubrir lo que ocultaba Malcomb en aquellas habitaciones. ¿Se trataría tal vez de material de investigación para el nuevo artículo que estaba preparando? ¿O sería acaso la prueba definitiva de una mente trastornada? ¿Guardaría allí simplemente su equipo de fotografía, a la que era tan aficionado... o quizá también los horribles recuerdos de sus víctimas, en forma de grotescas y aterradoras instantáneas? Sabía que era una locura que estuviera pensando esas cosas. Pero tenía que desterrar aquella incertidumbre de su mente.

– ¿Diga? Jake al habla.

–Hola, Jake, soy Nicole Lancaster. He perdido la llave del apartamento que tengo encima del garaje y no puedo entrar. Me preguntaba si podrías acercarte un momento para abrirme la puerta.

–Podría estar allí en diez minutos. ¿Le parece bien?

–Sería estupendo.

Colgó el teléfono y bajó al salón para esperar allí al cerrajero. Tenía que averiguar lo que Malcomb escondía detrás de aquella puerta cerrada. A cualquier precio.

Y, sucediera lo que sucediera, siempre podría contar con Dallas. Era esa seguridad lo que le dio fuerzas cuando, quince minutos después, esperaba a que Jake terminara de abrir la puerta... para acceder al universo privado de Malcomb Lancaster.

Capítulo 11

Nicole permaneció frente a la puerta abierta, escuchando el sonido de la camioneta de Jake mientras se alejaba. Tenía en la boca el acre gusto del miedo.

Se había quedado en casa mientras el cerrajero abría la puerta, deseosa de estar sola cuando entrara en el apartamento situado encima del garaje. Su mente racional le decía que no esperaba encontrar nada fuera de lo normal, pero las sospechas de Dallas habían obrado su efecto. Finalmente reunió el coraje necesario para moverse. Empujó la puerta y entró. La habitación olía a Malcomb, a la colonia cara que siempre llevaba. E incluso en medio de aquella penumbra, fue consciente del orden impecable que reinaba en aquel espacio. Palpó la pared hasta encontrar el interruptor de la luz. Cuando se encendió la potente lámpara del techo, su temor se mitigó un tanto. Por lo menos hasta que descubrió las fotos que cubrían la pared entera de detrás del escritorio.

Eran imágenes a color, como si hubieran sido arrancadas de revistas pornográficas. Solo que no estaban arrancadas, sino cortadas cuidadosamente. Durante un buen rato contempló estupefacta aquel continuo surtido de hombres y mujeres escenificando extraños actos sexuales de sadomasoquismo. Cuando se recuperó del aturdimiento inicial, se dedicó a examinarlas una a una. Resultaba evidente que en todas ellas dominaban los hombres. Todas las mujeres eran jóvenes y atractivas. Estaban completamente desnudas, o ataviadas con una ropa interior que dejaba al descubierto sus zonas genitales. Sus rostros estaban desencajados de dolor.

Daba náuseas pensar que aquellas mujeres habían posado para el fotógrafo en semejantes condiciones de sufrimiento. Y que su marido

había sido ese repugnante y abominable fotógrafo. Tanto se le revolvió el estómago que tuvo que correr al cuarto de baño para vomitar. Después de refrescarse la cara con agua fría, volvió para continuar examinando las fotos, decidida esa vez a pensar con claridad, con coherencia. De alguna forma, aquellas imágenes daban mucha mayor credibilidad a las sospechas de Dallas. Aunque, por muy morbosas que fuesen, eso no significaba que su marido fuera un asesino. Si había gente que publicaba revistas de ese tipo, tenía que existir un mercado para ellas. Malcomb no podía ser el único hombre del país que disfrutara con aquel escabroso producto de una mente trastornada.

Atravesó la habitación para entrar en el espacio que había convertido en cuarto de revelado. Todo estaba perfectamente colocado, pero al menos no había fotografías de escenas de sadismo. Cerró la puerta y se acercó a su escritorio, sentándose en el cómodo sillón de cuero. El cajón superior de la izquierda estaba cerrado con llave; en vano intentó forzarlo con un abridor de cartas. Luego, se dedicó a revisar los demás cajones, llenos de los típicos objetos de papelería, dispuestos en bandejas: pegamento, tijeras, bolígrafos, clips.

El último cajón de la derecha contenía un fajo de revistas todavía guardadas en sus sobres de papel estraza, remitidas a nombres diferentes pero al mismo apartado postal. Tenía sentido. Malcomb nunca se habría expuesto a que todo ese material le fuera enviado a su domicilio y a su nombre. De puertas para afuera, seguía siendo un hombre respetable, un reputado cirujano.

Un verdadero abismo separaba la imagen exterior que proyectaba Malcomb de las ansias que debían de corroer su alma y a las que daba rienda suelta allí, protegido de toda intromisión. Abrió el último cajón. Al lado de una carpeta de plástico azul, había recortes de prensa sobre los crímenes del asesino múltiple. Era extraño. Malcomb no había demostrado el menor interés por ellos cuando Nicole se lo mencionó el otro día, durante el desayuno. Y aun así había recortado las noticias y las había guardado.

Después de examinarlas, sacó la carpeta azul. Contenía un fajo de pequeñas fotografías en blanco y negro. En todas ellas aparecían mujeres jóvenes, morenas y atractivas, de entre veinte y treinta años. Estaban medio desnudas, la mayor parte posando en provocativas poses. Nuevas preguntas bombardearon la mente de Nicole.

¿Habría tomado las fotografías el propio Malcomb? Y si había sido así... ¿cuándo? ¿Antes de que ella lo conociera? ¿Durante su noviazgo o después de su boda, en alguna de las noches en que abandonaba la casa presuntamente obligado por alguna emergencia? ¿Y quiénes serían esas mujeres?

Enterró la cabeza en las manos, confundida, dolida, asqueada consigo misma. Se sentía contaminada, sucia, como si de alguna manera formara parte de todo aquello y fuera asimismo responsable de la muerte de Karen. Volvió a guardar las fotografías, colocándolas exactamente en el mismo lugar en el que las había encontrado, y descolgó el teléfono para llamar a Dallas. Él era la única persona con quien podía, y quería, hablar de todo aquello. Acababa de marcar el prefijo de su móvil cuando sintió una corriente de aire frío entrando en la habitación. Al alzar la mirada, vio a Malcomb en el umbral de la puerta abierta.

Se ponía enferma de solo mirarlo. Se sentía sucia, violada, absolutamente vacía. Volvió a colgar el teléfono.

– Bienvenido a casa, Malcomb.

– Así que finalmente has visitado mi pequeño estudio-taller.

– No recuerdo que me hubieras invitado antes. Y tampoco sabía que habías cambiado la cerradura.

– Estoy seguro de que te lo dije. La otra estaba oxidada.

– No. Si me lo hubieras dicho, lo habría recordado.

– Entonces supongo que habrás encontrado la llave que dejé en el cuarto de lavado.

No lo contradijo. Si realmente había una llave allí, seguro que

acababa de dejarla nada más llegar... sabiendo, por la luz encendida, que ella había entrado en el apartamento.

Malcomb se quitó la cazadora y la dejó sobre el respaldo de una silla sin molestarse en colgarla bien. Un claro indicio de su nerviosismo.

–Mal momento has elegido para tu primera visita. Debes de haberte quedado muy sorprendida por las fotografías que están colgadas en esa pared.

–Sorprendida... y asqueada.

–No me extraña. A mí me pasó lo mismo la primera vez que las vi.

–Pero ya te has acostumbrado a ellas, ¿no?

–Son para un artículo que está escribiendo Jim Castle. Lo va a titular «Las Sodoma y Gomorra del siglo XXI».

–Un título muy adecuado.

–Su objetivo es advertir en contra de tales perversidades, no recomendarlas –repuso con una sonrisa, como divertido por su propio comentario.

Nicole no pudo menos que maravillarse de su descaro.

–¿Por qué tienes tú las fotos si es Jim quien está haciendo esa investigación?

–Quiere que se las escanee para hacer transparencias con ellas. Presentará el artículo el mes que viene en un congreso de Chicago, durante una sesión sobre comportamientos sexuales desviados.

–Ya. Así que tú las has colgado allí para disfrutar de ellas... mientras hacías tu buena obra con Jim.

–Nicole, me conoces demasiado bien para decir eso. Quiere que le haga un breve análisis de cada foto. Aunque, francamente, a mí me parecen todas igual de asquerosas.

Atravesó la habitación y se colocó detrás de ella, apoyando las

manos sobre sus hombros. Con los pulgares, comenzó a acariciarle lentamente el cuello.

Nicole tragó saliva, luchando con la náusea que amenazaba con enviarla de vuelta al cuarto de baño. No podía soportar su contacto, ni escuchar sus absurdas explicaciones.

—¿Tienes hambre? —le preguntó, levantándose bruscamente y apartándose de él.

—Sigues enfadada, ¿verdad? —empezó a despegar las fotos de la pared—. Nunca las habría dejado aquí de haber sabido que ibas a venir.

Nicole pensó que esa era seguramente la frase más sincera que había pronunciado en mucho tiempo.

—No te preocupes por las fotos, Malcomb. Este es tu territorio. Me mantendré alejada de aquí hasta que hayas terminado con el proyecto de Jim.

—Absurdo —se volvió para mirarla—. Quiero que te sientas cómoda en este espacio cuando quieras, en todo momento. Compartir cada aspecto de nuestras vidas es lo que hace de nuestra relación algo tan maravilloso. ¿Hay algo más que te interesa... o te preocupa de aquí?

—No. Ahora mismo acababa de entrar —mintió—. Las fotos bastaron para llamar mi atención.

Malcomb se inclinó para recoger del suelo una brizna de césped, que debía de habersele caído de los zapatos, y la tiró a la papelera.

—Tengo un poco de hambre. Comí un sándwich en la cafetería del hospital, pero hace horas. Antes, cuando entré en la cocina, me pareció que olía a esos espaguetis con pollo que sabes hacer tan bien...

La tomó del brazo para sacarla del apartamento. Cerró la puerta a su espalda con gesto decidido, tajante: como empeñado en evitar a toda costa que volviera a trasponerla. Pero Nicole, por su parte, estaba decidida a descubrir toda la verdad acerca de Malcomb.

Cuatro mujeres habían muerto. Si su marido había sido el responsable, haría todo cuanto estuviese en su poder para asegurarse de que no se produjera ninguna muerte más. Y eso significa que no podía huir, tal y como le había aconsejado Dallas.

Dormir con su enemigo tendría que formar parte de su vida. O de su muerte.

Malcomb intentó disimular su júbilo mientras saboreaba su copa, a la espera de que Nicole terminara de preparar la cena. Esa era la vida con la que siempre había soñado, una vida que no tenía nada que ver con el ambiente de miseria en el que se había criado.

La gente lo respetaba. Era invitado obligado en los grandes actos sociales de la ciudad. El doctor Malcomb Lancaster y su esposa, la hermosa hija del difunto senador Gerald Dalton.

Aquella misma noche, solo por instante, había llegado a pensar que lo había estropeado todo. Pero la sensación apenas duró un segundo. Era demasiado inteligente para caer en las redes en las que hombres más débiles que él se dejaban atrapar. Hombres como Jim Castle, que tenía los mismos pervertidos apetitos, pero que carecía de la astucia y la habilidad para controlarlos y encauzarlos debidamente.

Le caía bien Jim. Pero no lo bastante como para arriesgarse a protegerlo por culpa de sus estúpidos errores. De hecho, la estupidez podía ser el mayor obstáculo con el que podía enfrentarse un hombre. La estupidez y la culpa. Por suerte, Malcomb estaba vacunado contra ambas. Por eso había conseguido triunfar.

Dallas abandonó la comisaría y se dirigió hacia su coche. Era casi medianoche. Estaba físicamente exhausto, pero sabía que su cerebro le negaría el sueño. Desde que dejó a Nicole había estado encerrado en su despacho. Había repasado mil veces cada foto de cada crimen, cada detalle, cada palabra del informe de la especialista del FBI, cada ínfimo rastro de evidencia. La respuesta estaba en alguna parte. Solo tenía que encontrarla.

Un coche se detuvo a su espalda, enfocándolo con los faros. Instintivamente se llevó la mano a la pistola.

– ¿No duermes, socio?

– ¿Qué diablos estás haciendo aquí? Creía que pensabas cenar tranquilamente con tu madre y luego dormir a pierna suelta hasta el amanecer.

– Intenté dormir, pero no pude. Así que me harté de permanecer despierto. Como no contestaste cuando te llamé al apartamento, supuse que te encontraría aquí.

– Ya. Sigo pensando que se nos ha escapado algo. Una pista.

– Más tarde o más temprano, Freddie cometerá un error. Y entonces lo atraparemos.

– ¿Pero cuántas mujeres morirán primero?

– ¿Te apetece que tomemos una taza de café y hablemos de ello?

– No. Si tomara café, ya no podría dormir en toda la noche – Dallas abrió la puerta y subió al coche –. Mejor demos un paseo.

– Al escenario del último crimen no, espero. Está muy lejos. Además, seguro que hay alimañas acechando en ese sucio pantano...

– Un hombretón como tú no puede tener miedo de unas inofensivas criaturas de la noche...

– No siempre y cuando anden a dos patas.

– Estaba pensando más bien en el domicilio de los Lancaster.

– Es demasiado tarde para hacerles una visita.

– Lo sé. Simplemente me gustaría echar un vistazo, ver si hay luces encendidas o si el médico sufre también de insomnio.

– No tienes ninguna prueba a tu favor, Dallas, y el jefe ya te ha avisado. Cuidado con ir detrás de esos médicos. Pero aquí hay algo más. Ese hombre está casado con una mujer a la que conocías de hace años, ¿verdad? Y supongo que no seguirás chiflado por ella...

Lo estaba, pero Corky no tenía por qué saber nada.

—Solo estoy haciendo lo que tengo que hacer, socio. Que no es otra cosa que mi trabajo.

Cuando minutos después aparcaron frente a la casa de los Lancaster, las luces estaban apagadas. Y el edificio tan silencioso como lo había estado el móvil de Dallas durante toda la noche. Había esperado que llamara Nicole. No lo había hecho. Y en aquel momento debía de estar en la cama, acostada con su marido...

Aquel hombre podía extender una mano y tocarla, podía estrecharla contra sí y abrazarla con fuerza. Aspirar el aroma de su cabello, probar la dulzura de sus labios, acariciar su cuerpo como él lo había hecho una vez antes, años atrás. Malcomb era su marido. Él no.

Dallas no tenía ningún derecho sobre ella, excepto protegerla con su propia vida, si era necesario. Y padecer de insomnio por su culpa.

Nicole seguía despierta mucho después de que Malcomb se hubiera dormido, a juzgar por su respiración profunda y regular. Había querido hacer el amor y ella se había negado pretextando un fuerte dolor de cabeza. El pretexto no era enteramente falso. Si esa noche hubieran hecho el amor, habría enfermado físicamente. Aun así, no podía sacudirse la sensación de que se estaba deslizando irremediabilmente por un túnel negro, sin fondo.

Si pudiera telefonar a Dallas, contarle lo que había descubierto y pedirle su opinión... Pero no se atrevía a hacer la llamada, no con Malcomb en la casa. Esperaría hasta la mañana, cuando saliera para su trabajo.

Era extraño que Dallas fuera la única persona a la que anhelara llamar cuando todo su mundo se estaba derrumbando. Era el primer hombre al que había amado. El hombre que la había arrastrado hasta las más altas cumbres del placer, una oscura y lluviosa noche, para abandonarla horas después, a la luz del día.

Pese a todo, no podía negar los sentimientos que la habían

embargado mientras hacían el amor. Había sido una experiencia gloriosa, cargada de pasión, emocionante, salvaje y a la vez increíblemente tierna. Demasiado hermosa para que se olvidara fácilmente. Demasiado devastadora para que no continuara infiltrándose en sus sueños.

Precisamente en aquel instante, los recuerdos volvieron en toda su intensidad, acariciando su vientre con dedos de fuego, desatando ardientes temblores en los secretos lugares que Dallas había despertado a la vida aquella noche. Estremecida, casi jadeando, bajó lentamente los pies de la cama y se levantó con sigilo. Abandonó de puntillas la habitación, teniendo buen cuidado de no despertar a Malcomb.

Las imágenes seguían asaltando su cerebro mientras bajaba las escaleras, tan vívidas que casi podía sentir la lluvia empapándole la ropa mientras subían hasta el apartamento situado encima del garaje. Aquella habitación había sido tan distinta entonces... cálida, acogedora, juvenil. Y tan erótico el momento en que vio entrar a Dallas con su cazadora de cuero negro...

Se acurrucó en el sofá del salón, reviviendo aquellos instantes. Dallas acercándola hacia sí, desgarrándole la ropa en su apresuramiento. Luchando con los botones de su blusa con una mano, mientras deslizaba la otra bajo su falda...

– Dime que me detenga, Nicole. Dímelo...

Pero no lo había hecho. No había podido. Lo había deseado desde el primer momento en que lo vio. Y allí estaba, tocándola por todas partes, besándola como jamás nadie antes la había besado. Rodando por el suelo, abrazados, fundidos sus cuerpos. Era hermoso: alto, esbelto, fuerte. Acarició su miembro excitado con los dedos, con los labios. Para entonces estaba enloquecido de deseo, y susurraba su nombre una y otra vez, sin cesar.

– Me alegro de hacerlo contigo, Dallas – había murmurado Nicole –. Es mi primera vez y...

Se había apartado rápidamente. Nicole había interpretado que no la deseaba porque era virgen, y el dolor de su rechazo había sido abrumador. Pero luego, cuando se atrevió a mirarlo a los ojos, volvió a leer el deseo en ellos.

—¿De verdad que es tu primera vez? —le había preguntado al tiempo que la abrazaba con exquisita delicadeza, como temiendo que fuera a romperse.

—Sí.

—Ya. Y aquí estoy yo, perdido todo control y estropeándolo todo...

—No... es perfecto, sencillamente perfecto. Por favor, hazme el amor, Dallas...

—Oh, cariño, cariño, cariño...

Se acurrucó en el sofá, cada vez más excitada. Aquella noche habían hecho el amor dos veces. La segunda había sido aún más maravillosa. Una noche perfecta. Hacía ya tanto tiempo de aquello... Se frotó los ojos, enjugándose las lágrimas. No sabía por qué estaba llorando, ni por qué se había permitido revivir algo que ya nunca volvería a suceder.

Quizá fuera una forma de supervivencia, un medio de hacer frente a la dolorosa realidad de aquel día. Pero los sueños y las fantasías no podían devolverle el juvenil milagro del primer amor. Ni cambiar la estremecedora posibilidad de que se hubiera casado con un psicópata asesino.

Si Malcomb era el asesino, tal vez fuera ella la única persona que pudiera detenerlo. Al menos, tenía que intentarlo.

Nicole se despertó con un sobresalto al oír el timbre del teléfono. Dejó de sonar antes de que pudiera descolgarlo. Al parecer lo había hecho Malcomb, desde la extensión del dormitorio. A buen seguro se preguntaría dónde estaba y por qué se había levantado de la cama, y por el momento no quería hacerlo enfadar. Tenía que fingir que su

relación seguía siendo normal. De lo contrario le resultaría aún más difícil descubrir los secretos que escondía. Se levantó del sofá y fue a la cocina a por un vaso de agua. Se lo subiría al dormitorio y le explicaría simplemente que le había entrado sed.

Cuando llegó a la habitación, Malcomb ya se había levantado y se estaba poniendo los pantalones.

—¿Era del hospital? —le preguntó, dejando el vaso sobre la mesilla.

—Era Sara Castle.

—La esposa de Jim.

—Sí. Jim está hospitalizado.

—¿Qué ha sucedido?

—La despertó un fuerte ruido. Jim no estaba en la cama. Lo encontró tirado en el suelo de la cocina y enseguida llamó a una ambulancia.

—¿Un ataque cardíaco?

—Aparentemente, una sobredosis de calmantes. Sara no ha podido decirme nada más. Está histérica.

—No me extraña... ¿se pondrá bien?

—Todavía no le han dicho nada. Quiere que vaya para allá cuando antes, a ver si a mí me lo dicen.

—Pobre Sara... ¿quieres que te acompañe?

—No. Esta noche no. Tienes que dormir. Te llamaré para informarte tan pronto como sepa algo.

—La verdad, no puedo imaginarme que Jim haya intentado suicidarse. Tiene que haber sido un accidente.

—Probablemente la culpa sea de ese maldito policía amigo tuyo. Lo estuvo interrogando acerca de la muerte de Karen, y a Jim lo preocupaba mucho que intentaran acusarlo a él.

– ¿Lo habrían hecho?

– ¿Quién sabe lo que se les puede pasar por la cabeza a esos policías? Son una panda de tarados.

– Eso no es cierto.

Sin molestarse en responder, Malcomb continuó vistiéndose tranquilamente. Nicole no podía dejar de pensar en Jim, apenada.

Contempló a su marido mientras se afeitaba. Ya no lo veía como tal, sino como a un extraño frío, calculador, lleno de secretos. Se preguntó cuál sería su reacción si le espetara la pregunta que tanto la acosaba. Si le preguntara si había asesinado a Karen y a las otras mujeres... ¿Montaría en cólera y la asesinaría a ella de la misma manera? ¿O simplemente se la quedaría mirando como si hubiera perdido el juicio, y se marcharía tranquilamente de casa?

– Duerme un poco, Nicole. No tienes buen aspecto.

Se inclinó para besarla, tomándola de la nuca y acariciándole suavemente el cuello. Ella intentó apartarse, pero él se lo impidió.

– ¿Qué te pasa, Nicole? Estás temblando. Si no te conociera mejor, diría que tienes miedo de mí.

– No, claro que no – susurró con un ronco murmullo.

Malcomb deslizó entonces un dedo entre sus senos, tensando la fina tela de su camisón.

– Tú eres mucho más hermosa que las mujeres de esas fotos, Nicole. Muchísimo más.

Y volvió a besarla mientras una fría y espantosa sensación de terror la ahogaba por dentro. Podía imaginárselo perfectamente haciéndole lo mismo a Karen. Tocándola, consolándola... y luego matándola. Y sin que su expresión se alterara lo más mínimo.

Estremecida, se apoyó contra la puerta cerrada mientras escuchaba los pasos de Malcomb alejándose por el pasillo. Por el momento se marchaba. Pero volvería.

Capítulo 12

Nicole durmió mal durante el resto de la noche. Incluso se despertó bañada en un sudor frío, presa de una pesadilla demasiado real. Había estado pescando con Ronnie y su padre en un tranquilo lago. Un pez había picado en su caña, y cuando intentó sacarlo, a punto estuvo de caerse al agua.

Se volvió hacia su padre y su hermano en busca de ayuda, pero habían desaparecido. Estaba sola en medio del lago, y cuando el pez subió a la superficie descubrió que no era tal. Era un hombre cubierto de algas, blandiendo un cuchillo en su mano engarfiada. En aquel preciso momento despertó de la pesadilla... para descubrir a Malcomb durmiendo profundamente a su lado.

A la mañana siguiente, Malcomb la informó de que el estado de Jim era grave. No se quedó a desayunar, ni le dio tiempo para que pudiera hacerle pregunta alguna. Se vistió rápidamente y volvió al hospital, dejándola a solas con sus dudas y sus miedos.

Había llamado a Dallas antes incluso de que el coche de Malcomb se alejara por el sendero de entrada. Una vez duchada y vestida, bajó a esperarlo al salón. Habría preferido verse con él en cualquier otro lugar, pero quería enseñarle las fotos del estudio-taller y consultar su opinión al respecto.

Sonó el timbre. Nicole dio un respingo y se levantó del sofá como un resorte. Tenía los nervios a punto de estallar, y era lógico. La casa en la que se había criado ya no era el refugio, el remanso de paz de antaño. Ahora tenía la sensación de que era un terreno minado. Y que, al primer mal paso, nuevos horrores le estallarían en la cara.

Pero, cuando abrió la puerta, fue a Janice a quien vio en el umbral. La perspicaz, brutalmente sincera Janice. Prácticamente la última

persona a la que habría querido ver aquella mañana. Sobre todo cuando Dallas tenía que llegar de un momento a otro.

– Si estás vendiendo productos de Avon, te comunico desde ya que no necesito ninguno – le dijo Nicole, esforzándose por bromear.

– Muy graciosa. Pero, a juzgar por tu palidez y tus ojeras, no creo que te viniera nada mal que te maquillaras un poco.

– Vaya, muchas gracias. No me digas que se te ha ocurrido pasar por aquí de camino a tu trabajo para revisar mi maquillaje.

– No. Más bien para revisar tu estado mental y emocional – entró en la casa –. Me ha llamado Malcomb. Teme que todo ese asunto del asesinato de Karen Tucker te esté afectando demasiado.

«Claro», pensó Nicole. Ahora comprendía el objetivo de aquella inesperada visita.

– Pues resulta que últimamente no hemos hablado mucho sobre el asesinato. Más bien sobre la presunta incompetencia de la policía.

Janice dejó su bolso en el sofá mientras se dirigía directamente hacia la cocina.

– ¿Sobre la policía o sobre Dallas Mitchell? – se sirvió una taza de café.

– ¿Qué es lo que te ha dicho Malcomb exactamente?

– Que ese insistente inspector de mente calenturienta te está llenando la cabeza de pájaros.

– ¿Seguro que esa es su opinión? ¿No será por casualidad la tuya?

– Malcomb es un hombre muy sagaz. Ni siquiera conoce a Dallas, pero ya se ha hecho una idea de cómo es. Y no le cae bien. ¿Qué tienes de comer? Me he perdido un delicioso desayuno con rosquillas en la cafetería solo para venir a ver cómo estabas.

– Pues ya has visto que estoy perfectamente. Así que por mí no te prives de esas rosquillas...

Janice metió dos rebanadas de pan blanco en la tostadora. Nada

más tomar el primer sorbo de café, esbozó una mueca de asco y dejó bruscamente la taza sobre la mesa.

– ¿Con qué hacéis el café en esta casa?

– A Malcomb le gusta el café bien fuerte.

– ¡Y que lo digas! Escucha, Nicole – fue directamente al grano –. Malcomb está muy preocupado por ti. Y ahora que te he visto, lo entiendo perfectamente. Puedo ver que estás nerviosa, irritable...

– De acuerdo, admito que lo estoy. Pero no tiene nada que ver con Dallas. Hoy temprano tengo una cita con el dentista, y ya sabes el miedo que les tengo. Así qué, lo siento mucho, pero tendrás que comerte las tostadas por el camino, Envuévelas en esto – cortó dos servilletas de papel de un rollo de pared y las dejó sobre la mesa.

– Júrame que no te estás viendo con Dallas Mitchell, Nicole – le espetó Janice, ignorándola –. Ni como policía ni como amigo. Y mucho menos como amante. Tranquilízame al respecto y me iré de una vez.

Nicole le dio la espalda.

– No me estoy viendo con Dallas.

– Nunca se te ha dado bien mentir. No tires por la borda lo que tienes con Malcomb, Nicole. Sé que vuestra relación no es perfecta, pero tenéis que intentar arreglar las cosas. Malcomb es un buen hombre, y te ama.

– Ninguna de esas dos cosas es cierta.

– ¿De qué estás hablando?

Nicole maldijo para sus adentros. No había querido abordar aquel tema con Janice, y menos en ese momento, cuando Dallas estaba al caer. Pero las palabras habían brotado solas, y ya no podía retirarlas.

– No quiero hablar de esto ahora, pero tenemos problemas muy serios.

– ¿Qué tipo de problemas?

Las imágenes de las mujeres desnudas y torturadas, las fotografías que guardaba Malcomb, asaltaron de pronto su mente.

— Por el momento no puedo contarte detalles, pero Malcomb no es ni mucho menos el santo que todo el mundo cree que es.

— ¿Te engaña? — Janice dio un paso hacia ella.

— No estoy segura. Solo sé que me miente y que es... — «un depravado», añadió para sí, Esa era la palabra que mejor lo definía, pero no podía pronunciarla, ni siquiera a su prima. No hasta que hubiera hecho más averiguaciones—. Mira, no confío en él. No sé lo que voy a hacer, pero no podemos seguir así.

— Oh, cariño, no lo sabía... ¿por qué no me dijiste nada? — le pasó un brazo por los hombros—. Ya sabes que siempre puedes contar conmigo y... — la interrumpió de pronto el timbre de la puerta—. ¿Esperabas a alguien?

Nicole soltó un profundo suspiro, imaginándose perfectamente la reacción de Janice cuando se lo dijera. Aun así, no podía negar lo obvio.

— Estoy esperando a Dallas. Pero no es lo que tú piensas.

— Espero que así sea. Porque creo que has perdido el juicio.

— Estoy perfectamente cuerda.

— Entonces deshazte de él. Por muy alterada y confundida que te encuentres, Dallas no es la respuesta.

— Te agradezco tu preocupación, pero no tienes idea de lo que está pasando y te juro que, por tu bien, es mejor así. Y ahora.., ¿por qué no me acompañas a la puerta y le vas de una vez?

— No puedo creer que ese hombre tenga el descaro y la desvergüenza de venir a esta casa.

— Es un asunto de trabajo. No es nada personal.

— Pero lo será. Lo vi en tus ojos el otro día. Dejarás que te rompa de nuevo el corazón.

—Ya cuidaré yo perfectamente de mi corazón, gracias. Pero necesito que me hagas un favor. Te ruego que no le comentes a Malcomb que Dallas ha estado aquí. Algún día, espero que sea pronto, te lo explicaré. Por ahora, solo te pido que confíes en mí.

—En ti sí que confío. Pero no en Dallas. Creo que estás cometiendo un enorme error.

Dallas y Janice coincidieron en la puerta. Se miraron fijamente, como dos adversarios a la espera de batirse en duelo.

—Espero no haber interrumpido nada —le dijo él a Nicole.

—Estás haciendo algo mucho peor que eso —le espetó Janice.

—No, no has interrumpido nada —le aseguró Nicole, tomándolo del brazo y haciéndolo entrar—. Mi prima se marchaba ahora mismo.

—Me voy a trabajar, que es exactamente lo que tú deberías estar haciendo ahora mismo —le dijo a Dallas, pasando de largo por delante de él—. ¿Acaso no tienes un asesino que capturar?

—Gracias por recordármelo. Casi me había olvidado —una vez que Janice se hubo marchado, le comentó a Nicole—: Tienes una prima encantadora. ¿Qué hacía aquí a esta hora de la mañana?

—Al parecer Malcomb la telefoneó para pedirle que se pasara a verme.

—¿Por qué?

—Debió de pensar que unas cuantas palabras de consuelo de Janice bastarían para tranquilizar... mi alterado estado de ánimo.

—¿Malcomb y ella están muy unidos?

—Ahora que lo dices, jamás han congeniado bien. Yo tenía la impresión de que a Malcomb no le gustaba nada.

—Aun así, esta mañana la ha llamado.

—Mira, ya no consigo explicarme nada de lo que hace Malcomb. Tengo la impresión de que no lo conozco en absoluto. Por eso te he

telefoneado...

Los sucesos de la noche anterior arrasaron de pronto su mente, y fue como si estuviera viendo de nuevo aquellas horribles fotografías. Dallas dio un paso hacia ella.

—Estás temblando, Nicole. Cuéntame lo que ha sucedido. ¿Te ha hecho daño? Por que si es así, yo...

—No —el dolor físico habría sido mucho más soportable que las sospechas que amenazaban con enloquecerla—. No me ha hecho daño. Pero creo que pudo haber asesinado a Karen Tucker.

Preocupado y a la vez expectante, Dallas siguió a Nicole por la escalera exterior, hasta el apartamento situado encima del garaje. Pensaba que Malcomb era Freddie, el asesino múltiple, pero tenía que demostrarlo a toda costa y lo antes posible. Antes de que pudiera seguir matando.

—Aunque fuera verdad la explicación que me dio sobre las fotos que tenía en la pared... —pronunció Nicole mientras insertaba la llave en la cerradura— a estas alturas dudo ya de cualquier cosa. Además de que eso no explica por qué guardó esos recortes, o las fotografías que encontré en el cajón de su escritorio.

Abrió la puerta y Dallas entró primero, completamente desprevenido ante el torrente de emociones que lo abrumó, tomándolo por sorpresa. Había previsto que no resultaría nada fácil entrar en aquella habitación, tan cargada de recuerdos. Pero lo que no había esperado era que la reacción fuera tan fuerte, sobre todo después de todo el tiempo que había pasado. Se excitó de inmediato. Las imágenes de aquella noche asaltaron su cerebro a traición, imponiéndose a todo lo demás. Nicole en sus brazos. Su cuerpo húmedo de lluvia y caliente de deseo. Sus suaves, invitadores labios. Sus senos perfectos. Sus piernas enredadas en las suyas...

Pero la asustada voz de Nicole lo devolvió bruscamente a la realidad:

—¡Las fotos ya no están! —tocó la pared—. Estaban aquí anoche. Esas fotos asquerosas, depravadas—. ¿Lo ves? Todavía están los agujeros de las tachuelas...

—Debió de haber vuelto aquí anoche...

—No. Estuvo conmigo hasta que nos acostamos. Se quedó dormido enseguida, y ya no volvió a levantarse hasta que lo llamó Sara Castle a eso de las dos de la madrugada. Y sé que se marchó porque oí alejarse su coche.

—¿Qué quería Sara Castle a esas horas? ¿Se trataba de alguna emergencia?

Después de escuchar su explicación, Dallas se esforzó por recapitular todos los datos. El amigo de Malcomb había intentado suicidarse con una sobredosis de calmantes. Malcomb había salido a toda prisa para el hospital. Luego, había dejado a su amigo en una situación crítica, inestable, para volver a casa y retirar un montón de fotos escabrosas que, en cualquier caso, su esposa ya había descubierto.

—Malcomb telefoneó al hospital justo antes de marcharse esta mañana —añadió Nicole—. El estado de Jim estaba mejorando, aunque seguía en proceso de recuperación. Al parecer su esposa lo encontró a tiempo de hacerle vomitar la mayor parte de los medicamentos que había ingerido.

—Vaya. Supongo que intentar suicidarse es una forma como cualquier otra de escabullirse de una prueba de ADN. Pero mucho más arriesgada, claro.

—¿Por qué habrías de querer una prueba de ADN de...? Espera. ¡No pensarás que Jim dejó embarazada a Karen! Sara es una esposa maravillosa y... —se dejó caer en el sillón de Malcomb, con la cabeza entre las manos— y él ha intentado matarse. De acuerdo, Dallas. Tengo que empezar a dejar de ser tan ingenua.

—Lo que pasa es que no estás acostumbrada a tratar con canallas

de bata blanca. Los médicos no son dioses, Nicole —se colocó detrás de ella y le puso las manos sobre los hombros. Craso error. Solamente aquel gesto había bastado para excitarlo de nuevo—. Echemos un vistazo a las fotos del cajón.

Si Nicole percibió la ronquera de su voz, no lo demostró. Abrió el último cajón. Solo había un fajo de hojas en blanco.

—No estoy loca, Dallas. Esas fotos estaban aquí, en una carpeta azul. Debía de haber al menos una docena, todas de diferentes mujeres. Y también guardaba aquí recortes de prensa sobre los asesinatos —a continuación abrió el cajón superior de la izquierda—. Anoche este cajón estaba cerrado con llave. Intenté abrirlo, pero no pude.

Se levantó del sillón y se dirigió a la ventana, contemplando el jardín. Parecía triste, asustada. Y tan sola que Dallas no podía soportar verla. Ignorando toda precaución, se le acercó por detrás y deslizó los brazos por su cintura.

—Nada de esto es culpa tuya, Nicole. Procura tenerlo bien presente. Es Malcomb el responsable de todo esto.

—Aun así, duele. Creía que lo conocía. Estaba segura de que me amaba y de que estaba decidido a que fuéramos felices, a labrar un futuro conmigo. ¿Cómo pude haberme equivocado tanto?

—¿Cómo lo conociste?

Se apartó de los brazos de Dallas. Dio algunos pasos por la habitación antes de apoyarse en una esquina del escritorio.

—Formaba parte del equipo de médicos que atendió a mi padre cuando sufrió su ataque cardíaco. Luego, varios meses más tarde, después de que yo abandonara mi trabajo en Washington y volviera a Shreveport, coincidimos en una fiesta, una subasta en beneficio de una nueva sala infantil en el hospital. Se mostró extremadamente amable y encantador conmigo. Pensé que era un gran tipo, pero no me sentí particularmente atraída. Al día siguiente me envió flores. Después de eso, empezó a llamarme unas dos o tres veces por semana, hasta que

consentí en salir con él.

– Un tipo insistente.

– Sí, pero entonces me pareció sencillamente halagador. Había tenido un año muy duro, con la muerte de mi padre. Y además estaba muy preocupada por Ronnie, siempre pendiente de que estuviera bien atendido. Estoy segura de que me sentía especialmente vulnerable. Más de lo normal.

– Una buena oportunidad para Malcomb.

– Sí. Durante todo el tiempo, él fue el amo del juego. El juego de llevar a Nicole Dalton al altar.

Se llevó las manos a la cabeza y se levantó la melena, dejándola caer sobre sus finos hombros. No había querido que el gesto fuera seductor, pero excitó igualmente a Dallas, que a duras penas pudo contenerse de tocarla, de abrazarla...

– ¿Lo amas? – se odió a sí mismo por haberle hecho esa pregunta, porque no estaba seguro de poder soportar la respuesta. Vio que se quedaba mirando al vacío, con la mirada velada por una sombra de tristeza. El corazón le latía a toda velocidad.

– No estoy segura de si alguna vez lo amé. Sé que es terrible decirlo, pero estoy intentando ser sincera. Deseaba estar enamorada, tener a alguien en quien apoyarme, creer que lo que él me decía era verdad y que estábamos destinados a estar juntos. ¿Pero cómo pude haberle amado cuando lo único que me dejaba ver de él era una máscara, un puro fanteche? Y, además, nunca fue como...

Se interrumpió. Cuando alzó los ojos para mirarlo, Dallas pudo distinguir un rastro de aquel antiguo deseo en sus ojos.

– ¿Como qué, Nicole?

– Ya no importa – sacudió la cabeza –. Ahora, simplemente, tengo que superar esto. Tengo que enfrentarme con el presente.

– Y lo harás. Yo estaré a tu lado, para ayudarte.

– ¿Qué vamos a hacer ahora, Dallas?

– Tú dejarás la ciudad. Te irás a algún lugar seguro, algún complejo turístico en la costa, donde puedas relajarte viendo el mar y pensando en otras cosas que no sean estos horribles asesinatos. Nosotros nos ocuparemos de la investigación.

– No puedo hacer eso.

– ¿Qué quieres decir? Antes me dijiste que pensabas que Malcomb podía ser el asesino que estamos buscando.

– Puede que lo sea. Si lo es, no podrás encerrarlo sin una prueba sólida a tu favor.

– La encontraré. Es solo una cuestión de tiempo.

– Pero tardarás menos si yo te ayudo desde dentro. Dime lo que estás buscando. Patrones de comportamiento. Recuerdos o fetiches que pueda haberse llevado. Notas que pueda haber dejado. Algún arma que oculte...

– ¡Ni hablar! Nada de heroicidades. No eres policía. No vas a armada. Nadie te ha dado vela en este entierro.

– ¿Ah, no? Da la casualidad de que vivo aquí. Y que estoy casada con Malcomb.

– ¿Qué es lo que pretendes demostrar?

– No pretendo demostrar nada. Pero si Malcomb es el asesino que está aterrorizando la ciudad, no pienso salir corriendo y esperar a que mate a alguien más. No mientras exista una sola posibilidad, por pequeña que sea, de detenerlo. Además, los asesinos múltiples no suelen matar a sus esposas...

– Este caso no tiene nada de ordinario. ¿Quién sabe lo que podría hacer Malcomb si sospechara que andas detrás de él?

– Si me considerara en peligro, me marcharía.

En aquel preciso instante sonó su teléfono móvil.

– ¿Es usted el inspector Mitchell? – preguntó una voz masculina,

baja y temblorosa.

– Sí. ¿Quién llama?

– Jim Castle.

No le extrañaba que la voz sonara tan débil.

– Necesito hablar con usted. Es importante.

– ¿Sigue aún en el hospital?

– Sí. Habitación 512. Cuando entre, no pregunte a nadie. Intentarán prohibírsele, o le dirán que no estoy aquí. Venga directamente a esta habitación.

– ¿Quiere explicarme de qué se trata todo esto?

– Tengo que hacerle una confesión.

– ¿Tiene algo que ver con el embarazo de Karen Tucker?

– Sí. Y con su muerte.

– Estaré allí enseguida.

Pero Jim ya no escuchó sus palabras. La conexión se había cortado. Para entonces la aguja ya estaba a punto de hundirse en su vena.

La espera del ascensor se hizo interminable.

– Si hubiéramos subido por la escalera, ahora mismo ya estaríamos en el quinto piso – se quejó Corky, pulsando por enésima vez el botón de llamada.

Dallas lo había telefoneado de camino, y Corky había entrado en el aparcamiento del hospital justo después él. Al fin sonó el timbre y se abrió la puerta del ascensor. Esperaron a que salieran un par de médicos y dos trabajadores vestidos con monos, de edad avanzada.

– Nunca se me pasó por la cabeza que Jim Castle pudiera ser nuestro Freddy – masculló Cork mientras subían –. Ese tipo siempre me pareció un pobre pelele.

– No se necesita mucho valor para matar a una mujer indefensa.

Además, todavía no ha confesado.

—Sí, pero ha intentado suicidarse. Esa no es la reacción de una persona inocente. Y te dijo que quería hablarte de un asesinato. Bonita combinación. ¿Quién habría pensado que caería en nuestras garras tan fácilmente?

Dallas no, desde luego. Pero todo aquello parecía demasiado fácil. Por eso no podía estar tan contento como su amigo.

Tuvo un mal presentimiento en el instante en que salieron del ascensor. Fue la expresión de las enfermeras de recepción, la postura tensa del médico que estaba rellenando un informe, el fantasmal silencio que invadía la planta entera, como una espesa niebla.

Dallas siguió las instrucciones del doctor Castle y se encaminó directamente a la habitación 512, sin preguntar ni pedir permiso a nadie. La puerta estaba entornada. Se dispuso a llamar, pero cambió de idea al oír unos sollozos ahogados. Se asomó. La cama estaba vacía. Sara Castle se hallaba sentada en una silla, con el rostro bañado en lágrimas, pálida como la cera.

Detrás, de pie, el doctor Malcomb Lancaster intentaba consolar a la joven viuda con palabras tiernas y reconfortantes.

Dallas se retiró inmediatamente de la puerta.

—Hemos perdido una bonita confesión —murmuró Corky—. Si hubiéramos llegado unos minutos antes, tal vez la habríamos conseguido antes de que el tipo reventara.

Malcomb marcó el número del detective privado que había contratado para vigilar su casa, un hombre de toda confianza, al que pagaba con sobrada generosidad. No le hacía ninguna gracia que aquel policía pusiera los pies en su casa, invitado por Nicole. Además, ¿quién sabía lo que podían hacer esos dos a puerta cerrada?

—Recibí su mensaje de que me había llamado —lo informó Malcomb cuando Harry Burger descolgó el teléfono—. ¿Qué ha

pasado?

—Tenía usted razón. El hombre que usted me describió se presentó en su casa poco después de que se marchara. Una mujer seguía todavía allí, pero se fue tan pronto como entró el tipo.

Pensó que debía de haber sido Janice. Ella le había dicho que se había pasado por allí, tal y como él le había pedido, pero no le había mencionado la presencia de Dallas. Nicole y ella lo estaban tomando por estúpido. Lástima. Porque Malcomb era más inteligente que todos ellos.

Siempre había sido más inteligente que los demás. Incluido Gerald Dalton. Gerald Dalton, el senador, el ladrón de mujeres. Una verdadera basura. El detective seguía hablando, proporcionándole más detalles sobre la visita de Dallas. La hora a la que había llegado, la hora de su marcha... Pero los detalles no eran importantes, Nicole era una fulana, como todas.

Y las fulanas se merecían morir.

Capítulo 13

Corky pinchó con el tenedor un pedazo de pastel y se lo llevó a la boca.

—Supongo que nuestra perspicaz especialista en perfiles criminales del FBI falló su objetivo con Freddy. Aunque, en honor a la verdad, nos dijo que estaba relacionado con la profesión médica. En eso no se equivocaba. Y sin embargo, Jim Castle no era precisamente un tipo tranquilo, ni astuto. En cuando a su atractivo... no llegaba al nivel del de un sapo.

—Estás hablando de un muerto.

—Sí, de un muerto lunático que torturaba a las mujeres por puro placer.

Habían transcurrido poco más de veinticuatro horas desde que llegaron a la puerta de la habitación 512 y oyeron al doctor Lancaster murmurando palabras consoladoras a la viuda de su amigo. Nada había sido filtrado a los medios todavía, pero tanto Corky como el comisario daban ya por muerto a su asesino en serie.

—Yo no creo que Jim matara a nadie —pronunció Dallas, dando voz a las dudas que lo acosaban—. Y, desde luego, para nada a las tres víctimas anteriores a Karen.

—¿Qué quieres? ¿Fotos? Solo nos faltó que ese tipo confesara...

—Pero no confesó.

—Porque se suicidó antes. Para esta tarde deberíamos tener ya el informe sobre los análisis de ADN. Estoy convencido de demostrarán que fue él quien dejó embarazada a Karen,

—Aunque así fuese, no demostrarían que él fue el asesino.

– Esa es toda la prueba que necesito. Y como no se puede juzgar a un cadáver, no tenemos necesidad de convencer a ningún jurado.

– Además, eso tampoco explica las fotografías de mujeres desnudas que tenía Malcomb – insistió Dallas.

– Enfrentate a los hechos, socio. Tu vieja amiga se casó con un perverso. Si es inteligente, se divorciará de él. Y si tú lo eres, retomarás la aventura allá donde la dejaste años atrás. Porque está claro que sigues colado por ella.

– Para ti todo es tan fácil...

– Y tú estás viendo complicaciones donde no las hay. Por algún motivo que todavía está por descubrir, y que probablemente nunca se aclare, Jim Castle consiguió enganchar a una serie de mujeres. Luego, en vez de hacerles el amor, como habría hecho un tipo normal, se dedicó a torturarlas y a matarlas.

– Entonces explícame lo de Karen Tucker. Mantuvo relaciones con ella durante

el tiempo suficiente para dejarla embarazada. E incluso entonces no la mató. Intentó romper la relación. Ella no quiso, y solamente en ese momento la asesinó. Eso no encaja para nada en el patrón de comportamiento de Freddy.

– Tenía una debilidad especial por las enfermeras. Y ella le gustaba. Probablemente se trató de algo excepcional. Pero al final se enfadó y la mató, al igual que había hecho con las otras.

– Solo que no de la misma manera – apuntó Dallas, pensativo—. No la torturó. No limpió bien la sangre. No dispersó tantas muestras de ADN.

– Quizá tuvo un mal día. Mira, yo me conformaré con que cesen los asesinatos. Es como con los traficantes de drogas, cuando uno de los peces gordos muere tiroteado. Con su muerte solucionamos un montón de casos de asesinatos sin resolver que sabíamos que había cometido, pero que no podíamos demostrar porque nadie quería

declarar en contra suya.

– Ya. Pero todavía queda ese club de fotografía del que nos habló Penny Washington.

– No hay ninguna prueba sólida de que exista. Y tú mismo dijiste que creías que su llamada a Nicole estaba preparada, como si obedeciera a un plan previo.

– Lo cual no significa que todo lo que nos dijo fuese mentira. Mira, sé que para ti este caso está cerrado, pero para mí no.

– Entonces quizá te interese algo que he descubierto esta mañana.

– ¿Qué es?

– ¿Te acuerdas de que Malcomb nos dijo que sus padres habían muerto en un accidente de coche?

– Sí, en Little Rock, Arkansas. Allí poseían un concesionario de vehículos.

– Bien, pues no fue así. Jackson y Mildred Lancaster siguen viviendo en Monticello, Arkansas. Y el viejo no poseía ningún concesionario. Sigue trabajando de mecánico en un pequeño taller contiguo a su casa.

Dallas musitó una maldición.

– ¿Cómo te has enterado de eso?

– Practicando mis dotes detectivescas mientras tú te dedicabas a hablar con el jefe esta mañana.

– Me parece que necesito hacer un viaje a Monticello.

– ¿Por qué? Si Malcomb nos dijo que habían muerto, seguramente ellos no sabrán nada de él.

– Oh, solo para practicar mis dotes detectivescas – bromeó Dallas.

Acababa de apurar su café y de pagar la cuenta cuando su radiotransmisor le dio una mala noticia. Se había encontrado un cadáver. Otra mujer había muerto asesinada.

El escenario del crimen era tan horripilante como lo de los tres primeros asesinatos. La mujer no llevaba mucho tiempo muerta, entre unas tres y ocho horas, según sospechaba Dallas. El informe del forense sería mucho más exacto. Había sido torturada y degollada. Y el asesino había dejado el cadáver tan limpio como si acabara de tomar un baño perfumado.

– Parece como si estuviera posando para una foto de una revista porno – comentó uno de los policías mientras desenrollaba una cinta amarilla para acordonar la habitación.

– Una foto escalofriante, desde luego – repuso Corky.

«Una foto escalofriante», se repitió Dallas. Como las que había visto Nicole en el perfectamente ordenado e imaculadamente limpio estudio-taller de Malcomb. Quizá incluso algunas de aquellas instantáneas en blanco y negro las hubiera tomado él mismo. Continuó trabajando en el escenario del crimen. Necesitaría de cada rastro de evidencia que pudiera encontrar, hasta el más insignificante. Si Malcomb Lancaster había asesinado a aquella mujer...

Sintió una repentina opresión en el pecho, como si le desgarraran el corazón. Esa noche Malcomb volvería a casa con Nicole. Tenía que sacarla de allí como fuera. Y esa vez no aceptaría un «no» por respuesta.

Nicole caminaba por el sendero que corría paralelo a Red River, reflexionando sobre la noticia que acababa de darle Dallas. Se había encontrado el cadáver de otra mujer. Y esa vez Jim Castle no era culpable.

– ¿Estuvo Malcomb en casa anoche?

– Un rato. A eso de las dos y media de la madrugada lo llamaron del hospital, para una emergencia.

– ¿Qué tipo de emergencias suele tener un cirujano el corazón? Me extraña que se dedique a hacer operaciones de emergencia en mitad

de la noche.

–Uno de los pacientes a los que operó ayer estaba teniendo complicaciones. Le gusta hacerles el seguimiento personalmente.

–¿Volvió a casa después de aquello?

–Al amanecer.

–Lo que significa que dispuso de tiempo para matar esa mujer – dio una patada a un guijarro del sendero, pensativo—. Nicole, tienes que alejarte de Malcomb.

–Nada ha cambiado, Dallas –repuso, suspirando—. Ya hemos hablado de esto.

–Para mí sí que han cambiado las cosas. Acabo de ver otro cadáver. He vuelto a ver el trabajo de ese asesino sin conciencia.

–Los amigos y colegas de Malcomb pensarían que estás loco de atar si se enteraran de la naturaleza de tus sospechas. Y Janice también.

–No me importa lo que piense la gente. Solo quiero que estés a salvo.

–¿Crees que yo no tengo ganas de marcharme? ¿Crees que me gusta verle la cara a Malcomb todos los días mientras pienso en aquellas horribles fotos y en lo que sería capaz de hacer? ¿Crees que no me dan náuseas cada vez que me toca o me besa?

–Pues entonces... ¿por qué no atiendes a razones?

–¿Razones? Hay cuatro mujeres asesinadas. Mi marido puede ser el asesino. ¿Cómo puedes ver algo razonable en todo eso? Es una locura...

Estaba temblando. Dallas la tomó del brazo y la hizo sentarse en un banco, cerca del agua.

–Tienes que pensar en ti misma.

–¿Por qué? Tú no estás pensando en ti mismo. Y si Malcomb es el asesino, lo menos que puedo hacer es encontrar una manera de

detenerlo. A no ser que puedas garantizarme que él no mató a todas esas mujeres, tengo una responsabilidad hacia sus potenciales víctimas.

–Sabes que no puedo darte esa garantía. Pero creo que es muy posible que él las asesinara.

– Así que estamos en un punto muerto.

Dallas suspiró, frustrado.

– ¿Qué te contó Malcomb sobre sus padres?

–No mucho. Apenas era un niño y estaba muy encariñado con ellos cuando fallecieron en un accidente de tráfico. Acababa de empezar la enseñanza secundaria.

– Pues no fallecieron. Viven en Monticello, Arkansas.

– ¿Estás hablando en serio? –le preguntó, entre furiosa y asombrada.

– Por supuesto.

– Esto es horrible. Es como una interminable cadena de mentiras –repuso Nicole con el estómago encogido.

Escuchó a Dallas mientras le explicaba todo lo que sabía sobre los padres de Malcomb. Más mentiras, más secretos, más dispersos fragmentos de un hombre que era un verdadero enigma. En un impulso se quitó la alianza y la lanzó al río, lo más lejos que pudo.

– Espero que no se envenenen los peces.

– Mejor que mueran los peces que tú. Y ahora, hablemos de lo que vas a hacer mientras yo hago una rápida excursión a Monticello.

– Seguro que perderás el tiempo. No creo que los padres de Malcomb sepan lo que anda tramando.

– Pero lo conocen. Y cuanto más sepa sobre él, más fácil me resultará meterme en su cabeza.

– La verdad, ese no es un lugar donde a mí me gustaría estar...

— ¿Monticello?

— No. Dentro de la cabeza de Malcomb — reflexionó durante unos segundos, intentando imaginarse lo que sabrían sus padres sobre él. Si sabrían que se había convertido en un médico importante... y si estarían al tanto de sus gustos depravados —. Dallas, me voy contigo a Arkansas.

— Rotundamente no. Esto es asunto de la policía. Ya tienes bastante con lo que tienes.

— No veo de qué manera un viaje para ver a los padres de Malcomb podría empeorar las cosas. Además, probablemente te reciban mejor y se muestren más abiertos si te presentas allí con su esposa, y no como un policía deseoso de sacarles información. Les diremos que me encontraba por allí por motivos de negocios y que se me ocurrió pasar a visitarlos.

— ¿Y yo qué les diré? ¿Que soy tu chofer?

— Mi colaborador. Un compañero de trabajo.

— Es una historia muy poco convincente.

Pero Nicole sabía, por su tono de voz, que se estaba ablandando.

— De acuerdo, tú ganas.

— Has aceptado porque me quieres en cualquier sitio menos en mi casa, viviendo con Malcomb, ¿verdad?

— ¿Qué le dirás a Malcomb?

— Que quiero visitar a una amiga, o un pariente. Ya se me ocurrirá algo — sabía que si su marido llegaba a enterarse de que se marchaba con Dallas, montaría en cólera. Podía imaginárselo perfectamente, con los ojos inyectados en sangre, presa de uno de sus ataques de furor. Solo que ya no le importaba. Su matrimonio estaba acabado. De hecho, nunca había sido un matrimonio de verdad —. ¿Qué dices, inspector Mitchell?

— Que probablemente estoy a punto de cometer un enorme error.

– ¿Cuándo salimos?

– Primero tengo que arreglar unos asuntos. A primera hora de la tarde habré terminado.

– ¿A cuánto está Monticello de aquí?

– A algo menos de trescientos kilómetros.

– ¿No será demasiado tarde para cuando llegemos a casa de los Lancaster?

– Pensaba dormir en un hotel y visitarlos mañana temprano.

Lo que significaba que iba a pasar la noche con Dallas. Los dos en una ciudad desconocida, lejos de Shreveport. Pero las cosas no eran como nueve años atrás. Emocionalmente se sentía demasiado exhausta para experimentar una pasión semejante. O, al menos, eso esperaba.

Y, sin embargo, la atracción persistía. Crepitaba y reverberaba cada vez que estaba cerca de él. Negarlo solo serviría para mentirse a sí misma.

– Dormirás en una habitación separada – le dijo Dallas.

– ¿Siempre me lees el pensamiento?

– En esta ocasión era demasiado obvio.

– No es que te tenga miedo, Dallas. O que no me pareciera maravilloso dormir en tus brazos o...

– ¿O hacer el amor conmigo?

– ¿Lo ves? Me lees el pensamiento.

– Eres una mujer casada. Eso lo respeto, aunque no respete tu criterio a la hora de elegir marido.

– No, no se trata del matrimonio. Eso ahora me parece vacío, hueco, como si ni siquiera valiera la tinta con que se escribió el contrato. Son tantas mentiras, tantos engaños... No, lo que pasa es que ya no puedo soportar ningún tipo de relación íntima. Tengo las

emociones a flor de piel. No sería justo para ninguno de los dos.

Se quedó callado. Nicole pensó que él podía leerle el pensamiento, pero ella no tenía ni la menor idea de lo que estaba pensando en aquel preciso instante.

— ¿A qué hora debería estar lista?

— ¿A las cuatro y media te parece bien?

Las cuatro y media. Antes de que Malcomb regresara a casa. Le dejaría el mensaje en el contestador, informándolo de que se marchaba fuera de la ciudad a visitar a una amiga. A partir de ese momento sería ella la que le mentiría, jugando su mismo juego. Solo que jamás se le había dado bien mentir.

Se quedaron sentados durante unos minutos más, en silencio. Nicole se preguntó por lo que sucedería entre ellos ando todo aquello terminara. ¿Desaparecería Dallas de vida, como había hecho nueve años atrás? ¿Sin explica- clones, sin disculpas? Si ese era el caso, probablemente lo echaría terriblemente de menos y volvería a sufrir tanto como antaño. Por el momento, sin embargo, se sentía simplemente agradecida de que estuviera allí, a su lado.

La situación se estaba calentando rápidamente. Los análisis de ADN indicaban que el esperma que había sido encontrado en el cuerpo de Karen Tucker pertenecía a Jim Castle. Al igual que con las tres primeras víctimas atribuidas a Freddy, el cuerpo del último cadáver, a pesar de haber sido perfectamente lavado, estaba contaminado de pelos, fluidos corporales y diminutas manchas de sangre que procedían al menos de una docena de individuos diferentes.

Por último, Dallas había descubierto que Penny Washington había efectuado una rápida llamada al domicilio de los Lancaster a la misma hora en que Nicole había recibido la llamada anónima que, en un principio, tomó por una broma pesada. Y, de repente, era como si a Penny se la hubiera tragado la tierra. Aquel día no se había

presentado a trabajar y no se encontraba en casa. Y su hijo tampoco.

En aquel momento Dallas se dirigía a casa de Matilda para recoger a Nicole y marchar juntos a Monticello. Lo de encontrarse allí había sido idea de Nicole. Matilda le había ofrecido su garaje para que pudiera dejar aparcado allí su coche durante la noche. Probablemente Malcomb telefonaría a Janice. Pero afortunadamente no conocía a Matilda, de modo que a ella no la llamaría.

Pese a la tensión de la situación, no podía quitarse a Nicole de la cabeza. No podía dejar de pensar que iba a pasar las próximas horas con ella, los dos solos... Era distinta de la atractiva y seductora jovencita de antaño. Era menos impetuosa. Más madura. Y tan sexy como entonces. Pero, por el momento, tendría que controlar su libido y restringir su relación a una simple amistad. Hasta ahora, cada segundo que habían pasado juntos lo habían empleado en hablar de los asesinatos y de la posible implicación de Malcomb en los mismos. Y Dallas pensaba cambiar eso. La haría hablar de sí misma, de su interés por la enseñanza o por sus estudios, de lo que había sido su vida antes de que se viera atrapada por aquella pesadilla. Nicole lo necesitaba, y él también.

Dallas aparcó frente a la casa de Matilda, situada en un antiguo y bien cuidado barrio residencial. Nicole y ella estaban sentadas en el columpio del porche. Nada más verlo se levantó, se despidió de su amiga con un rápido abrazo y bajó los escalones. El viento hizo ondear su melena de seda. Su manera de andar era exquisitamente femenina, con el contoneo de caderas adecuado para inflamar la imaginación de cualquier hombre. Sus senos, firmes y perfectos, se delineaban a través de la fina tela de la camisa.

Se recriminó mentalmente: otra vez le estaba sucediendo lo mismo. Guardar las distancias con Nicole iba a ser la segunda cosa más difícil que había tenido que hacer en su vida. Porque la primera había sido apartarse de ella nueve años atrás. Y había errores que una persona jamás podía olvidar.

Malcomb se hallaba sentado ante su escritorio, en su refugio privado situado encima del garaje. La luz era tenue. Hacía calor. Su whisky estaba frío. Y delante de él estaban sus trofeos. Los cuatro. Fotografías en blanco y negro, efectuadas con la intención de poder recordar y revivir cada detalle cuando quisiera. Pero tendría que detenerse pronto... al menos por un tiempo. Incluso los policías incompetentes podían tener suerte si hacía demasiada ostentación de su superioridad.

Aquellos fieles servidores de la ley, como sus estúpidas pruebas de ADN y sus arcaicos métodos a la hora de analizar la escena de un crimen, resultaban sencillamente patéticos. Podía imaginarse su sorpresa cuando examinaran el cadáver y comprobaran el rico surtido de tejidos orgánicos diferentes. Su quirófano era una fuente de abastecimiento constante de muestras de ADN, de todos los tipos. Y tenía otras en el hospital. Todo médico las tenía.

A Malcomb no le importaban los policías, a excepción de uno de ellos: aquel que había invadido su vida y que iba a pasar aquella noche con su mujer. Le costaba imaginar que Nicole pudiera considerarlo tan estúpido como para suponer que no estuviera al tanto de su aventura. La mataría, al igual que había hecho con las otras, pero ocultaría el cadáver para que nadie lo encontrara. Nicole desaparecería, sin más. Ronnie y ella. Y todo aquello sería suyo. La casa. El dinero de los Dalton. Su posición social. La policía sospecharía algo, pero jamás conseguiría demostrar nada.

Quizá no necesitara seguir matando después de aquello. Quizá sus demonios internos se apaciguaran y durmieran su sueño eterno. Quizá, al fin, sería simplemente el ilustre doctor Malcomb Lancaster... con sus recuerdos.

Las primeras gotas de lluvia repiquetearon en el parabrisas cuando se estaban acercando a Ruston. En cuestión de minutos cayó un aguacero. Casi no se veía nada.

— ¿Qué te parece si paramos a tomar un café? —le sugirió Dallas

–. No me gusta conducir en estas condiciones.

Nicole miró fijamente a través de la ventanilla. Todo estaba terriblemente oscuro y no conseguía distinguir ninguna luz.

– ¿Dónde podríamos encontrar una cafetería?

– Hace un momento he leído el letrero de un hotel-restaurante. No creo que tardemos en verlo.

– Nos empaparemos nada más bajar del coche, a no ser que hayas traído un paraguas grande.

– Me temo que ni siquiera tengo uno pequeño. Antes solía usarlos, pero nunca los encontraba cuando salía de casa.

– ¿Para eso te sirven tus dotes detectivescas? ¿Para no saber siquiera dónde pones un paraguas? ¡En buenas manos me he puesto!

Aquel inocente comentario estimuló la imaginación de Dallas, al menos por unos segundos, pero prefirió abstenerse de replicar. Nicole había empezado a relajarse en su compañía, y no quería hacer o decir nada que pudiera inquietarla. Aunque, por alguna razón, aquella noche era incapaz de dejar de pensar en el pasado. Quizá fuera su cercanía. O su aroma. Un delicioso y fragante aroma que estaba haciendo estragos en su sistema nervioso.

Sospechaba que se trataba de la misma química que había funcionado desde el primer momento. Y todavía funcionaba. Nueve años atrás, había huido de ella. Y ahora estaba sumergido en la necesidad de protegerla... y torturado por el ansia de hacerle el amor. No estaba seguro de dónde terminaba una y dónde empezaba la otra. Seguía pensando en Nicole cuando el coche empezó a bascular hacia un lado.

– Dime que no es lo que yo pienso... – murmuró con expresión alarmada, tocándole el brazo.

Dallas soltó un gruñido.

– Dime que siempre habías deseado ponerte a cambiar una rueda pinchada en medio de una furiosa tormenta.

– Buen intento, inspector.

Puso los intermitentes de emergencia y aminoró la velocidad mientras se desviaba por una carretera secundaria, poco transitada.

– Está muy oscuro – comentó Nicole mientras Dallas apagaba el motor –. ¿Cómo te las arreglarás para ver algo?

– Tengo una linterna en el maletero.

– ¿Quieres que te ayude?

– No hay motivo para que nos mojemos los dos – respondió, aunque le gustaba la oferta –. Tú mantén encendido el fuego del hogar – añadió bromeando, antes de bajar del coche.

Para cuando abrió el maletero y sacó la rueda de repuesto y las herramientas, estaba calado hasta los huesos. No necesitaba darse prisa. Ya le daba igual. Colocó la linterna sobre un termo vacío de café que también había sacado del maletero, y enfocó el haz luminoso sobre la rueda pinchada. No se mantenía muy estable, pero servía.

Había aflojado ya dos tuercas cuando la linterna se cayó del termo, hundiéndose en el barro. Mascullando unas cuantas maldiciones que no sirvieron para nada, volvió a colocarla en su sitio.

Trabajó rápidamente bajo la lluvia... hasta que la linterna se cayó de nuevo. Esa vez el cristal quedó completamente manchado de lodo. Lo limpió lo mejor que pudo con la camisa, y luego decidió hacer un tercer intento. Dos minutos más y ya habría terminado de cambiar el neumático.

– Yo te la sostendré.

Dallas alzó la mirada, sorprendido de ver a Nicole de pie a su lado, empapándose también. La lluvia resbalaba por su rostro, pegándole la ropa al cuerpo, delineando cada curva... Estaba completamente empapada, como la primera vez que habían hecho el amor. Perdió el aliento. De repente se vio asaltado por un torrente de sensaciones que lo desgarró por completo, vaciándolo de todo lo que no fuera una pura y primaria necesidad animal. Se olvidó de la rueda, de la lluvia.,

de todo excepto de Nicole.

Allí estaba ella, en sus brazos, dejándose besar. El pasado, el presente, el futuro... todo se fundió de pronto, mezclado con la lluvia y la pasión, y su vida entera pareció condensarse en aquel único y mágico momento.

Capítulo 14

Nicole se sumergió en el delirio como catapultada por agitadas y sucesivas olas. No ignoraba lo que estaba haciendo, pero se sentía arrastrada por un ansia tan primitiva, tan básica y tan estrechamente ligada a su propio ser, que era incapaz de detenerse. Dallas la besaba desesperadamente en los labios, robándole el aliento, inflamándola de deseo.

Ajena a la lluvia, sembró de besos su rostro. El terror y la confusión de los últimos días se disolvieron, consumidos en el tórrido calor del momento. Las manos de Dallas parecían tocarla por todas partes, enredándose en su pelo, acunándole los senos, deslizándose bajo la cintura de sus pantalones y de sus bragas. Podía sentir en la espalda el duro metal de la puerta del coche, apretada contra el cuerpo de Dallas. Pero incluso el dolor formaba parte de aquel salvaje abandono, como si todas las reglas hubieran sido transgredidas, rotas.

Se aferraba a Dallas hundiendo los dedos en sus hombros sin dejar de besarlo en los labios. Deslizando una mano entre sus piernas, tocó su excitación a través de sus vaqueros empapados. Estaba dura como la piedra. El se apresuró a facilitarle la tarea, bajándose la cremallera para que sus dedos lo exploraran a placer. Nicole podía sentir una cálida humedad en su ropa interior mientras introducía cada vez más profundamente la mano entre sus ropas, agarrando su erección.

Dallas le bajó entonces los pantalones, que resbalaron hasta sus pies. Para entonces los dos estaban temblando, ahogándose en el deseo que los consumía. Dallas, siempre Dallas. Nunca había necesitado a nadie como lo necesitaba a él en aquel preciso momento. Necesitaba la liberación y la pasión, necesitaba algo a lo que aferrarse mientras su mundo se derrumbaba. Nada en toda su vida le había

parecido tan perfecto, tan adecuado.

Pero era un error. Emitiendo un gemido de dolor que parecía arrancado de lo más profundo de su alma, lo apartó de sí.

—No puedo, Dallas. Simplemente no puedo.

La soltó, apartándose. No podía ver su expresión en la oscuridad que los rodeaba, pero sabía que le había hecho daño. Descargó un puñetazo contra la puerta del coche.

—Maldita sea, Nicole. ¿Cómo diablos lo haces? Te enciendes y te apagas como si tuvieras un interruptor.

—Yo no quería que sucediera esto. Simplemente... ha sucedido.

—Y que lo digas —le dio la espalda—. Tendrás que darme unos segundos para que me recupere —añadió en voz baja, ronca.

Nicole le puso una mano en el brazo.

—No es que no te desee, Dallas. Te deseo. Pero no así.

—Lo sé —se volvió de nuevo hacia ella, acercándose, pero sin tocarla—. Puede que ese anillo esté durmiendo en el fondo de un río, pero sigues siendo una mujer casada.

—Eso forma parte de ello, pero es más que eso. No podré resolver lo nuestro mientras no haya terminado con Malcomb... y con los asesinatos. Espero que lo comprendas.

—Lo estoy intentando.

—¿Qué te parece si nos ponemos a cubierto de la lluvia?

—Todavía no has terminado de cambiar la rueda.

—Ya casi me había olvidado —admitió él—. ¿Ves lo que me haces?

—Lo que nos hacemos el uno al otro —se pasó una mano por el pelo empapado—. Prométeme algo, Dallas.

—Si puedo...

—Cuando todo esto haya terminado... ¿me darás una segunda oportunidad?

—No voy a abandonarte, Nicole —le puso un dedo sobre los labios—. Esta vez no. Me quedaré contigo hasta que seas tú la que no me quieras en tu vida. Si llega ese caso, claro.

Aquellas palabras le llenaron el corazón de una infinita ternura. Se sentía demasiado vulnerable.

—Yo te sostendré la linterna —le dijo, agachándose para recogerla del suelo—. Tú termina de cambiar la rueda. Cuando acabemos, nos cambiaremos de ropa.

Dallas asintió y se aprestó a la tarea. Terminó en unos pocos minutos. La tensión no había desaparecido; si acaso, había aumentado. Nicole se dijo que debería tener cuidado durante el resto de la noche y en el viaje de vuelta del día siguiente. Con demasiada facilidad podría volver a terminar en los brazos de Dallas, o en su cama...

Él era el único que poseía el poder de aplacar el miedo y terror que habían ido apoderándose de ella a cada día que pasaba. Pero no podía comprometerse en otra relación sin cerrar definitivamente la que todavía la ligaba a Malcomb. La imagen de su marido seccionando la carótida de una pobre y desgraciada mujer asaltó de pronto su mente, provocándole un estremecimiento de horror. ¿Estaría acechando aquella misma noche a una nueva víctima, esperando el momento adecuado para actuar?

¿O estaría en casa, furioso con ella por haberse marchado sin su consentimiento? ¿Planeando matarla y escapar sin castigo, al igual que había hecho con las demás? Apretó con tanta fuerza la linterna que se le agarrotaron dolorosamente los músculos. Y, de repente, el dolor se presentó acompañado de una horrible y vívida premonición. A no ser que encontraran una forma de evitarlo, Malcomb la mataría. Su cadáver sería el siguiente en ser encontrado. Y el pobre Ronnie se quedaría solo en el mundo.

La casa de Jakson y Mildred Lancaster se levantaba a medio

kilómetro de la carretera, al final de una polvorienta pista flanqueada de malas hierbas, con una valla de seto que se había convertido en una maraña de arbustos y enredaderas. En un letrero de madera podía leerse *Taller Lancaster Reparaciones de coches*, pintado a mano. A un lado del camino había varios coches a medio desguazar, uno de ellos cubierto de herrumbre.

La casa no ofrecía mucho mejor aspecto. La puerta de pantalla estaba rasgada y la pintura de los muros se caía a tiras. Faltaba una contraventana y otra colgaba de una sola bisagra. Tan pronto como Dallas entró en la finca, dos perros negros corrieron hacia ellos, ladrando ruidosamente.

– Vaya comité de bienvenida... – comentó Nicole.

– Perro ladrador, poco mordedor – repuso él.

Los perros se mantuvieron a una prudente distancia. Un hombre salió en aquel momento al porche. Era más bajo que Malcomb, o tal vez fuera un efecto de sus hombros hundidos y su encorvada espalda. Llevaba una camisa de franela y un peto vaquero que le sobraba por todas partes, dada su extremada delgadez. Prácticamente calvo, lucía una perilla salpicada de canas. Arrastrando los pies, escupió algo que parecía tabaco.

– Me temo que nos hemos equivocado de casa, Dallas. ¿Estás seguro de que la información que has recibido acerca de los padres de Malcomb es exacta?

– Lo es. La contrasté con la oficina del sheriff. El oficial con quien hablé me contó que los Lancaster siempre habían vivido en esta zona. Desconocía, sin embargo, que tuvieran un hijo.

– No me extraña. No creo que Malcomb los visitara con frecuencia, si iba diciendo a todo el mundo que habían muerto.

Dallas detuvo el coche frente a la casa. El hombre bajó los escalones del porche lentamente, cojeando de una pierna. Nicole calculó que tendría unos setenta años. Ordenó a los perros que dejaran de ladrar.

– ¿Algún problema con el coche? – les preguntó.

– No, funciona perfectamente.

– Entonces deben de haberse perdido. Se pierden muchos turistas por aquí. ¿Adónde van?

– A la casa de los Lancaster.

El hombre se quedó mirando a Dallas durante unos segundos.

– Entonces no se han perdido – escupió otra mascada de tabaco –. ¿Qué puedo hacer por ustedes?

– ¿Es usted el padre de Malcomb Lancaster?

El viejo se acercó a ellos, entornando los ojos.

– Tengo un chico llamado Malcomb. Es médico. ¿Lo conocen?

– No muy bien, pero la dama que viene conmigo sí.

– Soy Nicole, la mujer de Malcomb.

– ¿Dice usted que es la esposa de Malcomb? – inquirió el hombre, rascándose la perilla. Su tono daba a entender que no la creía.

– Sí. Espero que no le importe que nos hayamos dejado caer por aquí... Me encontraba en la zona, por motivos de trabajo, y decidí aprovechar la oportunidad. Tenía muchísimas ganas de conocerlo. Malcomb me ha hablado mucho de ustedes.

El señor Lancaster no parecía muy convencido, pero finalmente esbozó una tentativa sonrisa.

– La verdad es que Malcomb nunca nos informa de sus actividades... ¿Cuánto tiempo llevan casados?

– Nos casamos hace diez meses, en Shreveport.

– Shreveport, ¿eh?

– Sí. Allí es donde vivimos.

– Bueno, parece que le ha ido muy bien. Entren en casa, por favor. Mildred se va a llevar una alegría enorme. Les preparará una cacerola

de pollo y luego no parará de hablar hasta que se quede frío y ya no puedan comerlo, ya lo verán...

Bajaron del coche y siguieron al señor Lancaster al interior de la casa, donde le presentó a su esposa. Tan pronto como la vio, Nicole comprendió de quién había heredado Malcomb su innegable atractivo. Era bastante más joven que su marido, de rasgos finos y ojos oscuros, que se llenaron de lágrimas tan pronto como fueron hechas las presentaciones.

—Dios mío... Eres la mujer de mi chico, y has venido a vernos... — tuvo que enjugarse las lágrimas con una punta del delantal que llevaba a la cintura—. Malcomb es la criatura más inteligente del mundo, pero no es nada aficionado a las visitas. Por favor, cuéntame cosas, dime cómo le va todo...

Nicole se concentró exclusivamente en los datos más positivos sobre Malcomb: sus logros profesionales. Su madre parecía beberse cada una de sus palabras. No pudo evitar una punzada de culpabilidad por haberse presentado allí con engaños, sobre todo después de la emoción de la señora Lancaster. Eran buena gente. Gente sencilla, de campo, sin pretensiones.

Tuvo que luchar contra el impulso de salir corriendo de aquella casa. Pero, en lugar de ello, se quedó sentada en el sofá, viendo cómo Dallas dirigía la conversación hacia el asunto que le interesaba.

Los Lancaster no eran lo que Dallas había esperado. De hecho, les recordaban terriblemente a sus propios abuelos. Gente buena, que nunca había poseído nada que valiera lo suficiente como para temer perderlo. A quien sí lamentaban haber perdido era a su hijo, lo cual le hizo preguntarse si no sería tarea van a intentar sonsacarles algún tipo de información real. Porque era muy posible que hubieran fabulado su propio pasado, en el que Malcomb aparecía pintado con tintes demasiado favorables.

Llevaban varios minutos cuando un viejo vehículo, con problemas en el tubo de escape, aparcó frente a la casa. Era un cliente. Jackson

Lancaster se disculpó para salir a atenderlo. Su esposa continuó con la conversación.

—No teníamos suficiente dinero para enviar a Malcomb a la universidad, pero consiguió una beca. Se graduó el primero de su promoción. Así de listo era.

—Son pocos los que llegan tan alto... —comentó Dallas—. ¿Es su único hijo?

—Sí —por un instante miró a uno y a otra, con expresión vacilante—. Bueno, supongo que puedo decirlo. Probablemente Malcomb ya te lo contó a ti, Nicole. Yo no estaba casada cuando tuve a Malcomb. Sé que la gente suele hacer eso ahora con más frecuencia, pero en aquel entonces no era algo muy común. Mis padres me echaron de casa, y Jackson me acogió y se casó conmigo. Es un buen hombre, Jackson, pero no es el padre verdadero de Malcomb.

—¿Quién es su padre?

—Preferiría no decirlo. Estaba casado en aquel entonces. Guapo, inteligente, encantador., como el propio Malcomb. Cometí un error. Pero Jackson me ayudó a superarlo. Y nunca me arrepentí de haber tenido a Malcomb. Jamás.

—¿Sabía Malcomb que Jackson no era su padre biológico?

—Le conté la verdad cuando tenía diez años. Pensé que ya era lo suficiente mayor para saberlo, y que no tenía sentido seguir mintiéndole. Jackson siempre lo educó como si fuera carne de su carne y sangre de su sangre. Quería que tuviéramos más hijos, pero yo ya no podía quedarme embarazada.

—Su marido debió de ser un gran padre —comentó Nicole.

—Sí que lo fue —de pronto, su sonrisa desapareció—. Pero Malcomb no siempre fue bueno con Jackson. Recuerdo que cuando se enfadaba, le decía que no valía nada, que se alegraba de no llevar su sangre en las venas —se retorció las manos, nerviosa—. Aunque en realidad Malcomb no lo decía en serio. Ya sabéis cómo son los chicos...

– A veces pueden llegar a ser muy crueles.

– Pero Malcomb no quería serlo realmente. Es lo mismo que cuando se enfadaba conmigo y me decía que esta casa era asquerosa. Pero a veces luego salía al jardín y me traía un ramillete de flores, para consolarme. Así de dulce podía ser cuando quería.

– Supongo que debía de tener muchos amigos – pronunció Dallas.

– Pudo haber tenido todos los que hubiera querido, pero no salía mucho al pueblo. Decía que los chicos de la escuela eran estúpidos. Supongo que se lo parecerían, dado que él era tan listo. Uno de sus profesores decía que era un genio.

Inteligente y extraño. Y, probablemente, un psicópata criminal. Por lo que a Dallas se refería, las piezas del puzzle iban encajando perfectamente en su lugar. Lástima que no tuviera ninguna prueba sólida.

– Apuesto a que también tuvo sus novias – añadió Dallas, animándola a seguir hablando.

– Sí, tuvo una en particular, al final del instituto. Era una preciosidad. Muy bonita. Oh, tal vez no debería contarte todo esto, Nicole...

– Oh, no, siga por favor. Me encanta saber cosas de Malcomb, y su pasado no me da celos. Después de todo, ahora estoy casada con él...

Dallas no pudo menos que maravillarse de lo bien que estaba manejando Nicole la situación.

– Malcomb tiene mucha suerte de tenerte a su lado – la señora Lancaster se inclinó hacia delante para darle una cariñosa palmadita en una rodilla –. De hecho, tú me recuerdas muchísimo a Tammy. Así se llamaba su novia de aquel tiempo, Tammy Sullivan. Su familia tenía dinero, pero ella no era nada engreída. Tenía el pelo del mismo color que el tuyo, y los ojos también. Mi hijo se volvió loco por ella – sacudió la cabeza, con expresión apenada.

— ¿Qué sucedió? —inquirió Dallas.

—Una vez que se graduaron, Tammy se trasladó a Shreveport. Aquel mismo verano comenzó sus estudios en la universidad. Ni siquiera esperó hasta el otoño. Cuando vino a casa para ver a sus padres, alguien la asesinó. Se me ponen los pelos de punta cada vez que pienso en ello. Fue algo horrible. Encontraron su cuerpo en el arroyo que atraviesa la parte trasera de la propiedad de su padre. Despedazado.

— ¿Detuvieron al cana... a la persona que hizo eso?

—El caso nunca fue resuelto. El padre de Tammy supuso que se trató de algún vagabundo de paso por su finca, pero no se encontró pista alguna. En cualquier caso, aquello estuvo a punto de matar a Malcomb. Se pasaba los días encerrado en su habitación, en silencio. Aquel otoño fue a estudiar a la universidad de Little Rock, y desde entonces ya no lo vimos casi nada. Supongo que Monticello le recordaba demasiado a Tammy.

—Debió de ser muy duro —Dallas miró a Nicole. Estaba muy pálida, y no se necesitaba ser un genio para saber lo que estaba pensando.

No quería que soportara más tensión. Continuaron charlando durante unos minutos más y salieron de la casa para despedirse del señor Lancaster. El matrimonio abrazó a Nicole, haciéndole prometer que volvería a visitarlos.

Una promesa que, probablemente, jamás llegaría a cumplir.

Nicole miraba abstraída por la ventanilla del coche, pensando en los Lancaster.

— ¿Te arrepientes de haberme acompañado? —le preguntó Dallas, rompiendo el silencio.

—Un poco. No entiendo cómo puedes tratar diariamente con el crimen, con la muerte... caso tras caso.

– No es tan malo. Me gusta mi trabajo. No las muertes, claro, sino resolver el rompecabezas y creer que puedo ayudar a la gente.

– Yo jamás me acostumbraría a esto. Es demasiado duro para mí. Si resulta que Malcomb es un asesino múltiple, sus padres se derrumbarán.

– Me temo que nada podemos hacer para evitar eso.

– ¿Crees que mató a Tammy Sullivan?

– Creo que es muy probable. Quizá a partir de entonces empezó a desarrollar su gusto por el asesinato.

– Pero no pudo haber seguido matando a mujeres durante todo este tiempo sin que nadie se enterara.

– A veces los impulsos de esa clase permanecen dormidos durante mucho tiempo, latentes. Hasta que una situación determinada dispara el mecanismo y los despierta de nuevo.

Dallas deslizó una mano por el respaldo de su asiento y empezó a acariciarle lentamente el cuello. Nicole echó la cabeza hacia atrás, relajada, cerrando los ojos... y recordando lo que había sucedido la noche anterior entre ellos, bajo la lluvia. Lo que habían compartido en el pasado había sido algo típicamente juvenil, impetuoso: una seducción con grandes dosis de lascivia. Pero lo que compartían ahora era mucho más profundo, más intenso. Y más estremecedor.

– ¿Qué pasó hace nueve años, Dallas?

– ¿Qué quieres decir?

– ¿Por qué huiste? ¿Acaso hice algo malo? ¿No constituía un desafío lo suficientemente emocionante para ti? ¿O simplemente estabas pensando en una aventura de una sola noche?

Dallas retiró la mano, concentrándose en la carretera.

– Creo que esta no es la mejor ocasión para hablar de ello.

– Estoy de acuerdo. La mejor ocasión ya la dejaste pasar.

Se encogió de hombros, suspirando, y finalmente se volvió para mirarla.

– Puede que no te guste mi explicación.

– Probablemente no, pero aun así necesito escucharla – aunque le evocara de nuevo todo el dolor que experimentó en aquel entonces. Porque, al ver su dolida expresión, intuyó que eso era precisamente lo que estaba a punto de ocurrir.

Capítulo 15

El letrero indicaba la entrada a un parque forestal en la siguiente curva. Dallas decidió que aquel era un tema demasiado importante para discutirlo mientras conducía, de modo que tomó el desvío mientras se esforzaba por ordenar sus pensamientos.

Habría preferido enfrentarse a un peligroso asesino antes que hablar de relaciones con una mujer, sobre todo con Nicole. Porque no solo no tenía ni la más remota idea de lo que le había pasado con ella cuando tenía veintiún años, sino que tampoco comprendía gran cosa de sus sentimientos actuales.

Lo único que sabía era que algo extraño le sucedía cuando Nicole estaba cerca. Respirar, hablar... todo aquello que solía hacer sin pensar, de manera automática, empezaba a costarle esfuerzo siempre que ella aparecía. Impulsos sexuales que de ordinario estaban dormidos se despertaban en el preciso instante en que aspiraba su perfume.

—Lo único que tienes que hacer es contarme la verdad, Dallas.

La verdad. Aquella palabra tenía una resonancia enorme para él. Como si hubiera un hecho concreto, definitivo, estremecedor, que pudiera definir la vida de un hombre... y sus errores. Lo más cercano que conocía de la verdad añadiría un nuevo sufrimiento a los que venía padeciendo Nicole. Y lo peor era que no estaba del todo seguro de que pudiera llegar a soportarlo...

Encontró un lugar donde aparcar a la sombra de unos altos pinos. Apagó el motor y reclinó el asiento para relajarse y poder estirar un poco las piernas. Mentalmente, sin embargo, no podía estar menos relajado.

—Nunca se me ha dado bien hablar de mis sentimientos, Nicole.

Ni siquiera tengo vocabulario para ello, así que, diga lo que diga, sonará mal.

–No hay ni mal ni bien. Simplemente me gustaría saber qué es lo que te pareció tan terrible de la única noche que pasamos juntos.

–¿Terrible? ¿De dónde has sacado una idea semejante?

–No hiciste esfuerzo alguno por volver a verme. No me devolviste las llamadas.

–Tenía veintiún años y estaba jugando el papel de rebelde sin causa. En aquel entonces no solía tomar decisiones muy acertadas.

–Tomaste la decisión de llevarme a casa aquella noche, de pasar al apartamento, de hacer el amor conmigo. Debiste de tener una muy buena razón para huir como alma que lleva el diablo cuando todo hubo terminado.

–Si no lo hubiera hecho, no te habría costado nada hacerme cambiar de idea. Tú lo tenías todo. Yo, en cambio, era un don nadie.

–No era así como te veía yo.

–¿Y cómo me veías?

–Sexy. Excitante. Salvaje... inteligente también. Me sorprendió lo mucho que entendías de política.

–Eso es porque en casa no oía hablar de otra cosa –explicó con un tono de amargura que a él mismo lo sorprendió. No se lo había esperado. No después de tanto tiempo—. Mi madre era la secretaria ejecutiva de tu padre; por eso conseguí ese empleo en su equipo electoral, aquel verano. Si me contrataron fue solamente por hacerle un favor a ella.

–Eso yo nunca lo supe. Creía que entraste a trabajar allí porque estabas interesado en hacer carrera en política.

–Había suspendido el curso en la universidad. Quería quitarme de encima a mi madre, siempre pendiente de mí. Pagar las letras de mi Harley. Y divertirme y tener sexo, no necesariamente por ese

orden.

– Para un tipo interesado simplemente en tener sexo, te resististe bastante.

– Créeme, Nicole, si no volví a llamarte no fue porque no quisiera hacerlo. Me volviste loco desde el primer día que te vi.

– ¿Entonces? ¿Acaso yo no era lo que deseabas?

– Claro que sí. Yo creía que eso era obvio. Pero los rebeldes sin futuro no se comprometen con las brillantes universitarias de buena familia.

– Así que hiciste el amor conmigo y luego volviste a la vida que llevabas antes.

– Que por aquel entonces consistía en dar vueltas por ahí con la Harley y beber con mis amigos.

– Recuerdo a mi padre comentando un día lo mucho que se enfadó tu madre contigo por tus suspensos en la universidad. Sé que lo dos estabais muy unidos. Pasabais mucho tiempo juntos después de que ella rompiera con tu padre, en otoño. Supongo que se trató de un... – Nicole se interrumpió a mitad de la frase, mirándolo fijamente –. ¡Claro! Mi padre tuvo una aventura con tu madre aquel verano, ¿no es eso? Por eso estabas tan empeñado en destrozarte a ti mismo... Estabas furioso con ella y con mi padre.

Dallas se tensó de inmediato, asombrado de que los sentimientos asociados con aquel verano aún pudieran afectarlo tanto.

– Hace mucho tiempo de eso, Nicole. Es algo que pertenece al pasado, es mejor no removerlo.

– Sabía que existía algún tipo de vínculo entre ellos, pero en aquel entonces jamás se me pasó por la cabeza que pudieran tener una aventura...

– Siento que hayas tenido que descubrirlo ahora. Sé lo mucho que querías a tu padre.

—Mi padre nunca se caracterizó por respetar todas las reglas. Yo sabía que cometía indiscreciones, errores... Eso no significaba que no fuera un gran padre. Lo que lamento de verdad es que su comportamiento te afectara tanto... ¿Cuándo te enteraste tú?

—Durante las vacaciones navideñas del año anterior. Los sorprendí en el despacho de tu padre cuando estaban compartiendo algo más que un simple beso de amigos.

—No me extraña que suspendieras aquel semestre en la universidad. Luego, entraste a trabajar conmigo y yo me puse a flirtear como una loca, Oh, Dios... —se pasó las dos manos por el pelo, con expresión desesperada—. Eh, espera un momento... No hiciste el amor conmigo solo para vengarte de mi padre, ¿verdad, Dallas? Dime que no fue así. Dime que aquella noche significó para ti mucho más que eso...

La angustia de su tono lo conmovió profundamente. Volviéndose hacia ella, le puso una mano en el hombro.

—No quería hacer el amor contigo. No quería que me gustaras, no quería necesitarte. Pero no podía evitarlo. Te necesitaba tan desesperadamente que habría explotado si no hubiésemos hecho el amor aquella noche.

—Oh, Dallas, ¿por qué no me contaste lo que te pasaba? ¿Por qué no me lo explicaste todo? Habría podido comprender perfectamente tu furia por la aventura de tu madre, en vez de torturarme pensando que simplemente no querías verme... Estuve llorando durante una semana. A la pobre Janice le tocó consolarme. Por eso te odia tanto.

—Después de aquello, me odié a mí mismo durante mucho tiempo. De hecho, fue necesario un accidente con la moto para que saliera de aquel camino de autodestrucción. Solo al borde de la muerte pude apreciar verdaderamente la vida.

—Mi padre nunca me lo dijo.

—¿Por qué habría de haberlo hecho? Nunca supo lo nuestro, y por aquel entonces mi madre ya no trabajaba para él. Nunca llegué a saber

lo que pasó entre ellos, pero ahora está felizmente casada. Y mi padre también. Contemplando las cosas en retrospectiva, su aventura con el senador fue más bien un síntoma que una causa. El divorcio habría llegado de cualquier manera. A largo plazo, lo que más me dolió fue lo feliz que fuiste sin mí.

—Yo nunca fui feliz sin ti, Dallas. Simplemente seguí adelante con mi vida. Tenía que hacerlo. Pero nunca volví a sentir la pasión que compartimos aquella noche. Jamás volví a sentir el corazón tan ligero como si estuviera flotando en las nubes. O rezar para que una noche durara para siempre...

—¿Hasta qué conociste a Malcomb?

—Ni siquiera entonces. Amaba a Malcomb cuando me casé con él, o al menos amaba al hombre que creía que era. Y si la relación hubiera funcionado, me habría quedado con él hasta el final, tal y como le prometí el día de la boda. Pero jamás fue como contigo.

Se lanzó a sus brazos. A Dallas le dolían todos aquellos años perdidos, pero era un dolor dulce, no como la punzada de miedo que sentía cada vez que pensaba que podía perderla de nuevo... en esa ocasión a manos de un loco criminal.

—Quizá todo tenía que suceder así, Dallas. Quizá estábamos destinados a ello.

—¿Y que tú te casaras con un pervertido mentiroso que probablemente sea también un asesino múltiple? ¡Menudo destino!

—Solo intento ser positiva.

—Escucha, lo que más deseo en el mundo es que estés a salvo. Cuando vuelva a la ciudad, pediré que vigilen a Malcomb las veinticuatro horas del día. Si hace un movimiento en falso, lo atraparemos. Puedo enfrentarme con él, pero no con el miedo de perderte, o de que te pase algo. Quiero que me prometas que saldrás de esa casa.

—Es mi casa, Dallas, la casa de mi familia. Es Malcomb quien

debería marcharse.

– ¿Se marcharía si tú se lo pidieras? – la expresión que vio en sus ojos le dio la respuesta – . Me lo imaginaba. Pero si no se va él, tendrás que irte tú.

– Supongo que podría quedarme con Janice, pero ella nunca lo comprendería. Creerá que me he vuelto loca. Puede que incluso le contase a Malcomb mis miedos, creyendo obrar bien...

– Puedes quedarte en mi casa, Nicole. Quiero que te quedes conmigo. Es el único lugar donde puedo estar seguro de que estás perfectamente protegida.

– Solo iría a tu casa como amiga, Dallas. De otra manera no podría...

– Como quieras.

Nicole le acarició una mejilla con el dorso de la mano, un gesto de ternura que no pudo conmoverlo más.

– Entonces me parece que acabas de conseguir una compañera de piso. No roncarás, ¿verdad?

Estaba bromeando, intentando aligerar la tensión de la situación. Dallas suspiró aliviado hasta que comenzó a tener conciencia de la enorme tentación que tendría que soportar. Sería un infierno tenerla allí, en su casa, y no poder hacer el amor con ella. Pero era un hombre, no un animal. Podría aguantarlo.

Eran más de las dos de la tarde cuando Dallas dejó a Nicole en la puerta de su casa para que recogiera unas cuantas cosas. Mientras tanto, iría a la comisaría para hablar con su supervisor y asegurarse de que Malcomb fuera vigilado constantemente. Le prometió que estaría de vuelta a las cinco, una hora antes de que volviera su marido. Nicole todavía tenía su coche en el garaje de Matilda, de modo que lo recogerían de camino al apartamento de Dallas.

No necesitaba gran cosa que llevarse. Unos vaqueros, camisas,

mudas de ropa interior, pijamas. Ya había hecho una lista mental mientras se dirigía a su dormitorio. Acababa de abrir la maleta cuando sonó el teléfono. El corazón se le subió a la garganta. Malcomb. De alguna forma se las había arreglado para saber lo que estaba haciendo.

Pero el localizador de llamadas indicaba que procedía del hogar de Ronnie. Descolgó el teléfono. Estaba ansiosa por escuchar la voz de su hermano...

Pero no fue Ronnie quien respondió a su saludo.

— ¿Está la señora Lancaster?

— Soy yo.

— Hola, Nicole. Soy Tilda. Lo siento, pero tengo malas noticias.

— ¿Ronnie está enfermo?

— No. No te preocupes, estoy convencida de que se encuentra bien. Es solo que... bueno, ha desaparecido.

— ¿Desaparecido? — se dejó caer en el borde de la cama. Las piernas le temblaban demasiado para que pudieran sostenerla.

— Estaba jugando al baloncesto en la pista, después de comer. Cuando salí para intentar convencerlo de que terminara sus tareas, no estaba. Estoy segura de que se ha marchado solo, sin pensar. No irá muy lejos.

— Él nunca hace eso.

— Lo sé, pero esta vez lo ha hecho. Ya hemos llamado a la policía. Por favor, intenta no preocuparte. Te llamaremos tan pronto como sepamos algo.

Tan pronto como supieran algo. Solo que no sabrían nada. Malcomb estaba detrás de aquello. Su marido. Un mentiroso y un impostor. Un manipulador que había secuestrado a un joven autista para vengarse de ella. Le entraron ganas de gritar, de llorar, de agarrar sus cosas y tirarlas contra la pared... Pero, en lugar de eso, telefoneó a Dallas para avisarlo de que no hacía falta que fuera a

buscarla. Tendría que quedarse en casa por si Ronnie llamaba. Él sabía localizarla allí.

Malcomb tenía el control de la situación. Siempre lo había tenido. Desde el primer día que la vio, había puesto su plan a funcionar. Quizá incluso desde antes de conocerla. Aun así, seguía sin saber por qué la había necesitado o deseado en su vida. De lo que estaba segura era de que había tenido sus razones. Y de que no habían tenido nada que ver con el amor.

– Date prisa, Ronnie. No tengo todo el día.

– No me gusta estar aquí. Quiero irme a casa. Ronnie quiere irse a casa.

– Qué pena, Ronnie, porque no te vas ir a casa. Dicen que la casa está donde el corazón de uno. Tu corazón se va a desangrar aquí mismo, así que esta será tu casa. Es como si ya estuvieras en ella.

Malcomb empujó a Ronnie por el sendero que llevaba a una antigua cabaña que había alquilado años atrás, para atender a un toxicómano que había tratado en el hospital, nada más llegar a Shreveport. Era pequeña pero estaba lejos de la carretera, escondida detrás de una densa muralla de pinos. No se veía ni desde el lago ni desde la carretera, de modo que servía perfectamente a sus propósitos. Era el lugar de encuentro de su club de fotografía. Y al club solamente se accedía por rigurosa invitación personal.

– Llama a Nicole, Malcomb. Llama a Nicole.

– ¿Y ahora para qué quieres llamar a esa fulana? Además, ella no tiene tiempo para ti. Ni para mí tampoco. Está muy ocupada abriéndose de piernas para su amante policía. Pero no te preocupes. La encontraré y te la traeré.

– Oh-oh, oh-oh, oh-oh. Un bicho. Bichos negros. Pequeños bichos negros – Ronnie sacudió la cabeza, intentando esquivar los mosquitos que revoloteaban en torno a su rostro.

Malcomb se estaba impacientando con Ronnie. Afortunadamente,

disponía de inyecciones de barbitúricos para sedarlo. Le inyectaría la cantidad exacta. No lo suficiente como para matarlo, pero sí para dejarlo inconsciente hasta que él volviera con Nicole. Los mataría en familia.

Todo estaba saliendo mucho mejor de lo que había esperado. Le enseñaría a Nicole a comportarse. Le clavaría sus punzantes instrumentos, lentamente al principio, como un amante, disfrutando mientras se retorció de dolor... Su hermosa y perfecta esposa.

Cuando acabara con ellos, lo tendría todo. Su posición en el hospital. Su elegante condición social de doliente viudo de la hija del senador. Y en una casa levantada por el gran Gerald Dalton.

Esa sería la venganza más dulce de todas. El mejor premio para el hombre que había seducido a Tammy y se la había arrebatado hacía ya tanto tiempo...

Nicole se movía como una zombi, arrastrando los pies por la alfombra. Dallas le había prometido que encontrarían a Ronnie, y ella no dudaba de sus buenas intenciones, pero su hermano no había llamado. Mala señal.

Había intentado localizar a Malcomb en su despacho. Su secretaria le había dicho que se había tomado la tarde libre y que el doctor Bruning estaba recibiendo sus llamadas. Luego, lo había telefonado al móvil, pero no contestaba. No contestaba porque estaba demasiado ocupado secuestrando a su hermano.

Ronnie, tan inocente, tan indefenso... No comprendería lo que estaba sucediendo, no sabría que Malcomb podría... ¿podría qué? No, no podía seguir aquel rumbo de pensamientos, no podía pensar en lo peor. Tenía que aferrarse a la esperanza de que hubiera al menos una pizca de decencia y de ética en el alma de Malcomb, y de que, a pesar de todo, no se atreviera a hacerle daño a su hermano.

Miró el reloj de la repisa de la chimenea. El tiempo se estaba escapando, y el teléfono seguía sin sonar. No podía soportar la espera.

Tenía que ocuparse en algo, si no quería volverse loca. Obligándose a moverse, fue al cuarto de lavado y se dedicó a separar la ropa sucia, la de color de la blanca, para meterla en la lavadora. Era una tarea mecánica, para la que no tenía que pensar. Mejor era eso que quedarse en el salón, paseando nerviosa de un lado a otro.

Recogió unos pantalones grises de Malcomb. Se los había puesto el último fin de semana, en una de sus escapadas. En un bolsillo encontró algunas monedas... y una llave. Una pequeña llave de cobre, como de una maleta o de un cajón de escritorio. O de un compartimiento secreto.

Un torrente de adrenalina comenzó a circular por sus venas, acelerándole el pulso. Corrió a la cocina y tomó la llave del apartamento del garaje, que se hallaba colgada de un gancho en la puerta trasera. Salió al exterior y subió la escalera de hierro a toda velocidad. Nada más entrar, se dirigió directamente al cuarto de revelado. Ya lo había revisado antes; estaba lleno de todo tipo de cosas, ya que Malcomb lo utilizaba como almacén. Podía habersele despistado algo. Durante una media hora estuvo abriendo armarios, cajas y cajones febrilmente, como una posesa. No encontró nada.

Y seguía sin recibir llamada alguna de Dallas, para informarla del progreso de las investigaciones. Tenía los ojos llenos de lágrimas, pero se obligaba a contenerlas. No quería llorar. Aun así, la desesperación hacía mella en ella. Finalmente se dejó caer en el suelo, delante de un armario empotrado en la pared, golpeando la alfombra gris con los puños.

El suelo vibró. Al principio tuvo la sensación de que se movía la habitación entera, pero solo era la tabla que había golpeado. Como si estuviera suelta. ¿Un compartimiento secreto en el suelo? No podía ser. Había visto demasiadas películas.

Pero sí que era posible. Después de todo, Malcomb había supervisado las obras de reforma de aquellos cuartos. Retiró la alfombra. Desencajar la tabla no fue tarea fácil. Luego, deslizó una

mano en el oscuro agujero, palpando con los dedos hasta que encontró una caja metálica. La sacó y se dedicó a examinarla, sin levantarse del suelo. Era cuadrada y aplanada, como diseñada para guardar documentos o fotos. Tal vez fuera eso lo que contuviera. Fotos ampliadas. Más desnudos.

Probó a insertar la llave de cobre en la cerradura. Se abrió fácilmente. Había tenido razón. Asaltada por una sensación de asco, como si se estuviera manchando o contaminando con el sórdido mundo de Malcomb, examinó la primera de las ampliaciones. La mujer de la foto estaba posando, con una mano detrás de la cabeza y la otra sobre su sexo. No. ¡No!

Aquello no podía ser real. Pero lo era. Reconoció a la mujer de la foto como la misma que había visto en los recortes de prensa: una de las víctimas del asesino en serie. Y sin embargo, había una enorme diferencia. Cuando la foto del periódico había sido tomada, la mujer todavía estaba viva, y vestida. En aquella, en cambio, estaba desnuda... y muerta. Reprimiendo una náusea, se obligó a examinar las otras fotos. Eran de varios tamaños. En todas ellas, las mujeres posaban provocativamente para la cámara. Muertas. Dallas había tenido razón durante todo el tiempo. Malcomb era el asesino... y aquellos eran sus fetiches de recuerdo.

De repente oyó un ruido procedente de la puerta exterior. Empezó a chirriar. Alguien la estaba abriendo lentamente. Malcomb. Su marido acababa de llegar. Y sabría que ella lo había descubierto. El miedo la ahogaba, robándole el aliento, aturdiéndola. Así era como debían de haberse sentido sus víctimas. Atrapadas. Condenadas. Destinadas a morir a sangre fría en las manos de un asesino.

Y ahora le había llegado el turno a ella.

Capítulo 16

Nicole intentó volver a guardar las fotos en la caja, pero le temblaban tanto las manos que se le cayeron al suelo. La silueta de Malcomb apareció entonces en el umbral. Ya no había salida. La miraba furioso, tensas como cuerdas las venas del cuello.

– Así que no solamente eres una fulana, sino también una cotilla. ¿Qué dirían tus amigos de la alta sociedad si supieran realmente cómo eres? Tu tío John y tu tía Gloria se quedarían consternados. Incluso a Janice la decepcionarías.

– ¿Dónde está Ronnie?

– No ha dejado de preguntar por ti, suplicándome que lo traiga a casa...

– ¿Dónde lo tienes? ¿Qué le has hecho?

– ¿Por qué piensas que le he hecho algo? ¿Me tomas por alguna especie de monstruo?

Los aparentes síntomas del furor de Malcomb parecían haberse evaporado con la misma rapidez con que habían surgido. Hablaba con voz carente de emoción y tenía la mirada apagada, como la de un frío autómatas. Nicole señaló las fotos que estaban a sus pies.

– Tú mataste a todas estas mujeres, Malcomb. ¿Por qué? ¿Por qué lo hiciste?

– Eran despreciables. No se merecían vivir.

– Eran seres humanos. Karen incluso confiaba en ti.

– No tanto como debería.

– ¿Por qué estaba mi número de teléfono entre sus ropas?

– Se enfadó conmigo porque no quise convencer a Jim de que

abandonara a su esposa por ella y por su hijo bastardo. Me amenazó con contarte lo de mi pequeño club de fotografía. Parece que estuvo a punto de cumplir su amenaza.

– ¿Así que la mataste para acallarla?

– Yo maté a las demás, pero a Karen no. Me limité a sugerírselo a Jim Castle. Pero Jim era demasiado cobarde para hacerlo bien. Se arrepintió tanto que estuvo a punto de confesarlo todo, de modo que tuve que matarlo a él también. Ya lo ves, Nicole. Soy un maestro en ese arte. Es por eso por lo que nadie me cazaría, y menos aún ese pobre e incompetente amante tuyo.

Nicole miró a su alrededor, desesperada. Malcomb estaba loco. Y la mataría a ella. Y a Ronnie a no ser que encontrara alguna forma de detenerlo. Era mucho más fuerte que ella, y se encontraba en una buena forma física. No tendría ninguna posibilidad en una pelea con él. Lo que necesitaba era un arma y la ventaja de la sorpresa.

Descubrió unas tijeras colgando de un gancho de alambre, en el estante que estaba justo encima de su cabeza. Se apresuró a desviar la mirada para no traicionar sus intenciones.

– Llévame con Ronnie, Malcomb.

– Por supuesto.

Empezó a acercarse. Nicole se volvió rápidamente y descolgó las tijeras. Fue entonces cuando descubrió la aguja hipodérmica que empuñaba Malcomb. Lo atacó, hiriéndolo levemente, pero de inmediato sintió el pinchazo de la aguja en el brazo.

Continuó luchando, pero ya era inútil. La herida de Malcomb era muy superficial. Le inmovilizó las manos a la espalda mientras esperaba a que surtiera efecto la droga, debilitando sus reflejos y su capacidad de reacción.

Cayó al suelo como un muñeco desmadejado, mientras lo veía recoger las fotos para volverlas a guardar en su escondite. Pero se olvidó de una de las pequeñas. Apenas capaz de mover las manos,

Nicole consiguió metérsela en un bolsillo del pantalón, aprovechando el momento en que Malcomb encajaba de nuevo la tabla en el suelo.

Cuando terminó de ordenar la habitación, la levantó en brazos y la bajó al garaje. Dallas la buscaría allí, pero no la encontraría. Para entonces él ya la habría matado, junto con su hermano Ronnie, y terminaría escapando tal y como había hecho tantas veces antes. Tenía razón. Era demasiado inteligente.

Nadie encontraría sus fetiches. Haciendo un inmenso esfuerzo, Nicole deslizó una mano en el bolsillo donde había guardado la foto y la dejó caer al suelo, rezando para que Malcomb no la descubriera.

Por una vez, pareció que el destino estaba de su lado. Malcomb no se dio cuenta de nada. Su primer error. Para Ronnie y para ella era ya demasiado tarde, pero el pensamiento de que Dallas encontraría la prueba necesaria para detenerlo le suscitó una secreta satisfacción. Se había casado con un monstruo asesino. Al menos, sin embargo, contribuiría a impedir que añadiera más víctimas a su lista.

Una vez en el garaje, la metió en el coche. Con los ojos cerrados, sintió la mano de su padre sobre su hombro. La estaba esperando. Y su madre también. Casi podía verlos en medio de la niebla que parecía cerrarse en torno a ella. Pero no podía irse. Aún no. Todavía no se había despedido de Ronnie... ni de Dallas.

Dallas caminaba de un lado a otro de su minúsculo despacho, con un móvil en la oreja y el otro en la mano. Tenía media docena de coches patrulla bajo su mando y aún no había sido capaz de localizar a un joven autista desaparecido. Ni a un cirujano trastornado y convertido en asesino.

Cortó la comunicación de un teléfono y descolgó el de la mesa.

— ¿Diga? Inspector Mitchell al habla.

— Soy Sally Ann Leiderman, del departamento de policía de Monticello.

— ¿Ha encontrado algo? —llevaba tiempo esperando aquella

llamada.

– Por desgracia, poca cosa. Al parecer, Tammy Sullivan acababa de empezar sus estudios universitarios en la facultad de Shreveport y estaba trabajando a media jornada para un político de la localidad.

– ¿Sabe el nombre de ese político?

– Gerald Dalton. En aquel entonces era alcalde del pueblo, pero cuando murió, hace un par de años, era senador.

Dallas soltó un silbido de asombro, Cuanto más descubría, más se enredaba el asunto.

– ¿Durante cuánto tiempo estuvo trabajando para Dalton?

– Unos pocos meses. Y hay más. Una de sus compañeras de estudios en la facultad dice que estuvo relacionada sentimentalmente con el senador.

– ¿No era un poquito mayor para ella?

– Tenía treinta y ocho años, y ella diecinueve. Por entonces hacía cerca de un año que había fallecido su esposa. Es probable que Tammy se enamorara de él. El senador nunca reconoció esas relaciones, y poco después fue cuando apareció muerta.

– ¿Estaba saliendo Tammy con alguien en Monticello?

– Con un chico que acababa de graduarse en el instituto. Seguro que no era tan excitante como Dalton.

– ¿No sería por casualidad Malcomb Lancaster?

– Efectivamente. Uno de los policías que lo interrogaron en esta comisaría todavía se acuerda de él. Lo recuerda como un chico raro, pero sinceramente destrozado por la muerte de su novia. Si realmente llegó a sospechar que Tammy se estaba viendo con otro hombre, nunca lo admitió.

– Gracias por todo. Ahora mismo estoy ocupado tratando de encontrar a una persona. ¿Podré llamarla más tarde?

– Claro que sí. Me alegro de haberle servido de ayuda.

Dallas marcó a continuación el número de Nicole. Tanto si le gustaba como si no, estaba decidido a recogerla para llevarla a su apartamento. Si Ronnie se hubiera encontrado en un lugar desde donde hubiera podido llamarla, ya lo habría hecho. Y no estaba vagando al azar por las calles, eso era seguro. Habían peinado la zona por completo. Era casi seguro que lo habían secuestrado. Y probablemente Malcomb tenía algo que ver en ello.

Nicole no contestaba, y el temor de Dallas se multiplicó. Tenía que estar esperando una llamada de su hermano, de modo que... ¿por qué no respondía?

Gotas de sudor penaban su frente para cuando se activó el contestador automático. No le dejó ningún mensaje.

Salió a la carrera del edificio. Si llegaba demasiado tarde, Malcomb no pisaría la prisión. Lo mataría primero, con sus propias manos... sin sentir el menor remordimiento.

Nicole abrió los ojos y lo primero que vio fue el techo, viejo, con vigas de madera, del que colgaba una bombilla desnuda. Intentó tragar saliva, pero tenía la boca seca. Debería levantarse, pero...

Su mente empezó a vagar, y se sintió como si estuviera flotando fuera de su cuerpo.

– Hay que despertarse. Abre los ojos. Hay que despertarse.

La niebla se disipó un tanto al sonido de la voz de Ronnie. Lentamente pudo enfocar mejor la mirada, y la aterradora realidad la golpeó de lleno. Se volvió para mirar a su hermano. Estaba en el suelo, con las manos atadas a la espalda y los tobillos inmovilizados también con ligaduras.

Intentó levantarse y se dio cuenta de que no podía moverse. No era solamente la droga lo que se lo impedía. También estaba atada con cuerdas, como Ronnie. Pero no yacía en el suelo, sino en un camastro de metal. Tenía las muñecas atadas al cabecero, y las piernas

separadas, amarrada cada una a un poste. Afortunadamente, todavía no la había desnudado.

– Ah, la Bella Durmiente se ha despertado al fin.

Alzó la mirada y descubrió a Malcomb en el umbral de la puerta, con una sonrisa en los labios. Llevaba puesta su bata blanca, con su estetoscopio al cuello, como si estuviera haciendo una revisión de rutina. Varios instrumentos punzantes asomaban en sus abultados bolsillos. Tijeras de quirófano. Un escalpelo. Y una herramienta especialmente aguzada que no logró reconocer.

Se acercó lentamente a Ronnie, susurrándole palabras amables antes de hundirle una aguja en el brazo.

– No te saldrás con la tuya, Malcomb –le costó pronunciar los sonidos, como si tuviera la lengua hinchada.

– Por supuesto que me saldré con la mía, corazón. Yo siempre me salgo con la mía. Soy un respetado cirujano. ¿Quién me creería capaz de asesinar a nadie?

– Dallas. Él lo sabe todo sobre ti.

– No, cariño. Lo sabe todo sobre ti, sobre tus inclinaciones lascivas y tus tremendas indiscreciones. Me temo que conoce a mi esposa... demasiado íntimamente.

Ronnie gruñó algo, golpeando el suelo con los pies. Nicole tuvo la sensación de que se le detenía el corazón. Y no volvió a latirle hasta que, aliviada, oyó su rítmica respiración y vio el movimiento acompasado de su pecho. Afortunadamente, solo lo había dormido.

– ¿Por qué te casaste conmigo, Malcomb?

– Tú eres la mujer que quería. Lo supe desde el momento en que visitaste a tu padre en el hospital. Era mi venganza perfecta por los pecados del senador. Pero, con el tiempo, creo que habría llegado a amarte de verdad, Nicole... si no te hubieras enamorado de ese estúpido policía y no hubieras empezado a meter las narices donde no te importaba.

«Los pecados del senador». Nicole intentó encontrar algún sentido a esas palabras, pero era como si flotaran en la niebla que flotaba en su mente.

—Sé que vas a matarme, Malcomb. Pero no le hagas nada a mi hermano. Él jamás ha hecho daño a nadie. Es incapaz de ello...

—Tu preocupación resulta conmovedora. No me afecta, pero resulta conmovedora.

—Entonces... ¿a qué estás esperando? Si vas a matarnos a los dos, hazlo ya.

—Estaba esperando a que te despertaras, querida. Te quiero sedada para que no te resistas, pero no tanto como para que no puedas disfrutar de las sensaciones que voy a provocarte con este instrumental... Luego, quiero que veas tu propia sangre, manando de tu cuello. Quiero ver tu último momento de agonía. Tus últimos instantes de vida.

Nicole se echó a temblar cuando él se sentó en la cama, a su lado, y le acarició lentamente los muslos. Sintió el frío metal deslizándose entre sus piernas, y por primera vez comprendió que había cosas mucho peores que la muerte.

Dallas encontró la fotografía en el garaje de los Lancaster. No tuvo que preguntarse por lo que significaba. No había tiempo para la furia, ni para lamentar errores. Aquel no era simplemente otro caso. Se trataba de Nicole.

Oyó el sonido de un coche deteniéndose frente a la casa. Rodeó el garaje a la carrera. Era Janice.

—¡Mira que encontrarte aquí...! —exclamó, irónica—. ¿Es que no tienes otra cosa que hacer que arruinar la vida de mi prima?

—Déjalo ya, Janice. No me importa lo que pienses en este momento de mí, o lo que te parezca el comportamiento de Malcomb. El hecho es que es un asesino, y que acaba de secuestrar a Nicole y a

Ronnie.

Janice abrió la boca para protestar, pero cambió de idea al detectar el tono de pánico de su voz.

— ¡Oh, no! — enterró la cabeza en las manos por un instante, antes de alzar la mirada hacia él—. No te quedes ahí, Dallas. Eres un policía. Tienes un arma. Ve a salvarlos.

— Lo haría si supiera adónde ir. Piensa en todo lo que sepas de Malcomb... ¿Dónde habría podido llevarse a esas mujeres para matarlas?

— ¿Mujeres? ¿En plural?

— Exacto.

Janice musitó una maldición.

— No tengo ni idea...

— ¿Sabes el número de teléfono de Matilda?

— Sí, lo tengo en mi bolso, en la agenda.

— Tráemelo. No podemos perder ni un segundo. La vida de Nicole depende de ello.

Casi al momento tenía el número en la mano. Lo marcó en su móvil, rezando para que Matilde estuviera en casa y le proporcionara la respuesta que necesitaba. El corazón le latía a toda velocidad cuando respondió.

— Escucha, Matilda, necesito hablar con Penny Washington. Es un problema de vida o muerte...

— Los efectos de la medicina están desapareciendo — pronunció Malcomb—. ¿Estás preparada, cariño, para nuestros últimos momentos juntos?

Nicole reconoció su colonia cuando se inclinó para desatarle las ligaduras de los brazos. Se los masajeó lentamente para activar de nuevo la circulación. Luego, le liberó los tobillos y la levantó en vilo

como si fuera una pluma.

— Ahora tendremos que salir. La sangre salpica mucho, y aunque esta cabaña no es ninguna maravilla, no me gustaría mancharla.

La envolvió en una manta y cruzó con ella la habitación, abriendo la puerta con el pie. La luz del sol la cegó, después de todo el tiempo que había pasado a oscuras. Le parecía tan extraño como injusto que fuera hubiera tanta luz, que los pájaros cantaran, que la brisa susurrara suavemente a través de las hojas de los árboles... el mismo día en que iba a morir. Intentó mover los brazos, pero vio que le colgaban flácidos a los lados, como muertos. Podía pensar, pero sus músculos y su capacidad para moverse y coordinar movimientos seguían bajo el efecto de la droga.

Malcomb la tumbó sobre un gran plástico extendido sobre el suelo. Nicole lo vio blandir el afilado escalpelo, y comprendió que había llegado su hora. La tortura primero, y luego el desangramiento mortal a partir de la incisión en el cuello, en cuestión de segundos.

El corazón le atronaba en los oídos mientras esperaba a que empezara el dolor. De repente sintió vibrar el suelo. Vio que Malcomb se agitaba, nervioso, como si una nube de abejas se hubiera abatido sobre él. El escalpelo resbaló de sus dedos.

Empezó a correr. Alarmada, Nicole intentó levantarse. Tenía que buscar a Ronnie, pero su cuerpo se negaba a moverse. El suelo seguía temblando, como un terremoto, amenazando con tragársela... Consiguió enfocar la mirada en algo negro, borroso, y comprendió el origen de las vibraciones: era un coche circulando por la pista a toda velocidad. Tenía que buscar a Ronnie.

— ¡Socorro! ¡Por favor, ayúdenme!

Dallas hundió el pie en el freno y de un salto bajó del coche. Medio envuelta en una vieja manta, Nicole caminaba tambaleándose bajo los árboles, hacía la cabaña. Corrió hacia ella con la pistola en la mano, preparado para disparar.

–Yo que tú no lo haría, inspector.

Se detuvo al oír la voz de Malcomb. En esa ocasión no tenía un tono calmado, sino todo lo contrario. Parecía alterado, nervioso. Tenía un arma en la mano y estaba apuntando a Nicole.

–Baja la pistola, Malcomb. Todo ha terminado. Sabemos que mataste a todas esas mujeres. Sabemos incluso lo de Tammy, y tus sospechas acerca de que tenía una aventura con Gerard Dalton.

–Yo no sospechaba que tuviera una aventura. Lo sabía. Ella me lo dijo. A sabiendas de que yo la amaba. Se merecía morir. Y el senador también.

–Lo mataste, ¿verdad? Estaba en el hospital bajo tu cuidado, y te aseguraste de que no sobreviviera a la operación.

–Se merecía la muerte. Todos vosotros os la merecéis.

–Pero no puedes matarnos a todos, Malcomb. Yo también estoy armado, y si disparas a Nicole, te mataré.

Vio la furia en los ojos de Malcomb, contorsionado su rostro, tensos los músculos del cuello como cables de acero. Dallas supo que iba a apretar el gatillo. Que iba a matar a alguien por última vez. Sin que él pudiera hacer nada para evitarlo.

Malcomb apretó el gatillo. Y Dallas también. El tiroteo fue ensordecedor.

Malcomb cayó al suelo mientras Dallas corría hacia Nicole. Cuando se derrumbó en sus brazos, sintió la caliente caricia de la sangre. Envolviéndola en la manta, la estrechó con fuerza.

–No te mueras, Nicole. Por favor, no te mueras. Por favor, Dios mío, no la dejes morir...

Capítulo 17

Dallas paseaba nervioso por la sala de espera del hospital general Mercy. Intentaba repasar mentalmente los sucesos del día, concentrarse en la investigación y en su resultado final. Pero hechos y detalles se volvían borrosos, y en lo único que podía pensar era en Nicole y en lo cerca que había estado de convertirse en otra de las víctimas de Malcomb.

Por unos estremecedores segundos, había llegado a pensar que Malcomb había sido tan preciso y diestro con su pistola como con su escalpelo. Cuando vio que Nicole recibía el tiro y se derrumbaba en el suelo, fue como si el corazón le estallara en mil pedazos. Pero la herida solamente había sido superficial.

La bala de Dallas, a su vez, había perforado el centro de la mano derecha de Malcomb. Lo peor que podía sucederle a un cirujano. Daba igual, por supuesto, ya que jamás volvería a ejercer como tal.

– ¿Dónde está, Dallas? ¿Dónde está Nicole?

Dallas alzó la mirada para descubrir a Janice dirigiéndose hacia él, con sus tacones resonando en el suelo de baldosa. Tenía una expresión de verdadero pánico.

– Ahora mismo está con el doctor.

– ¿Se encuentra bien?

– Sí. Se recuperará. Su herida es superficial.

Para cuando estaba terminando de contarle lo sucedido, aparecieron los padres de Janice. Todos se reunieron en la sala de espera, hablando en voz baja. Dallas no tardó en sentirse un tanto incómodo en medio de aquel círculo familiar. Aquellas personas se querían, se pertenecían. Él, en cambio, era el policía, y aunque todos le

estaban agradecidos por haber salvado a Nicole y a Ronnie, resultaba obvio que lo consideraban como algo natural. Como un trabajo lógico, ya terminado. Al cabo de unos minutos se disculpó para ir a visitar a Ronnie, que se encontraba bajo observación en una habitación aparte.

Una enfermera lo llamó justo en el momento en que se disponía a retirarse.

– ¿Inspector Mitchell?

– Sí, soy yo.

– Nicole Lancaster ha preguntado por usted. Dentro de unos minutos la subirán al quirófano para hacerle una pequeña operación, nada importante. Pero el doctor ha dicho que puede quedarse con ella hasta entonces.

– Gracias.

– Sígame.

Los otros hicieron amago de seguirlo, pero la enfermera se lo impidió.

– Solo una persona. La paciente preguntó por el inspector.

Estaba temblando por dentro cuando entró en la habitación. El amor asustaba. No tanto como los peligros con los que se había enfrentado aquel día. Pero asustaba de todas formas.

Nicole sintió el contacto de su mano en la suya y abrió los ojos. Dallas estaba frente a ella, recortada su silueta a contraluz de la ventana.

– Gracias – susurró –. Me has salvado la vida.

– Soy yo quien tiene que darte las gracias por haber permanecido con vida., hasta que llegué.

– ¿Ronnie se encuentra bien?

– Sí. Parece que no se acuerda de gran cosa. Al parecer Malcomb lo sedó tanto que no se enteró de casi nada.

– Me alegro. ¿Cómo pudiste dar con nosotros, Dallas?

– Tu amiga Matilda se puso en contacto con su cuñada. Y Penny, temiendo que fueras a ser la próxima víctima, nos lo contó todo.

– ¿Penny sabía durante todo el tiempo que Malcomb era el asesino?

– No. Ignoraba por completo que Jim o Malcomb pudieran estar relacionados con los crímenes del asesino múltiple. Pero sí sospechaba desde el principio que Jim Castle había asesinado a Karen. Malcomb le había aconsejado que no dijera una palabra, asegurándole que Jim era peligroso y que, si hablaba, la mataría a ella al igual que había matado a su amiga.

– ¿Estás diciendo que Jim asesinó a Karen?

– Sí. Pero Malcomb mató a las otras cuatro jóvenes. Jim mató a Karen para evitar que su esposa descubriera su aventura y lo de su embarazo, pero evidentemente después se derrumbó, se vino abajo. Llamó a Penny para quedar con ella y hablar. Penny creyó que iba a amenazarla o a intentar comprar su silencio. Pero, en lugar de ello, la avisó de que era Malcomb quien planeaba matarla debido a todo lo que sabía. Asustada, fue a buscar a su hijo y huyó. Afortunadamente, Matilda sabía dónde localizarla.

Nicole se aferraba con fuerza a la mano de Dallas.

– Sigo sin entender cómo pudiste encontrar la cabaña.

– Penny había estado allí una vez. Había ido con Karen para ver a Malcomb y a Jim, a un encuentro del club de fotografía... que no era realmente ningún club. Malcomb contactaba con las mujeres en Internet y las citaba allí.

– Con intenciones bastante sórdidas...

– En efecto. Aquella noche había otra mujer en la cabaña, y Penny se quedó consternada al descubrir el tipo de actividades que realizaba el grupo. Nunca volvió, pero sabía cómo localizar la cabaña. Malcomb la amenazó para que no revelara a nadie la existencia del presunto

club, pero Penny sentía tantos remordimientos que, finalmente, quiso advertirte de manera sutil de lo que estaba tramando tu marido.

– ¿Así que la llamada anónima que recibí era suya?

– Sí. También intentó llamar a Sara Castle, pero aquella mañana Sara no contestó al teléfono. Luego, cuando Karen fue asesinada, Penny se dejó llevar por el pánico y se prestó a hacer lo que le pedía Malcomb.

– Por eso me insistió tanto en la gran persona que era mi marido, y que a pesar de la cantidad de veces que había telefoneado a Karen, jamás había habido nada entre ellos.

– Exacto.

– ¡Malcomb, el gran manipulador! El noviazgo, la boda... Desde el principio, toda nuestra relación no fue más que una farsa, una estratagema...

– Efectivamente. Ya te contaré más detalles después.

Dallas se abismó en sus reflexiones. La vida de Nicole había estado tan estrechamente ligada a la de su padre... Como la mayor parte de la gente de su posición, Dalton había cometido muchos errores mientras proyectaba una apariencia pública completamente distinta. La clásica doble moral. Pero los recuerdos que su hija conservaría de él siempre estarían presididos por el amor. Y, a ojos de Dallas, ese era el principal legado de Gerald.

La enfermera se asomó a la habitación.

– ¿Lista, Nicole?

Nicole asintió.

– ¿Estarás aquí cuando me vuelvan a bajar, Dallas? Será una operación muy corta.

– Por supuesto – se inclinó para besarla levemente en los labios. Fue un beso que contenía una promesa de pasión. De amor duradero

– . Te esperaré todo lo que haga falta. Porque siempre estaré a tu lado.

– Ten cuidado con lo que prometes.

– Lo tengo. Cuenta con ello. Cuenta conmigo.

Esa vez, Nicole sabía que podía hacerlo. Esa vez, su verdadero amor había llegado para quedarse. Una mujer no podía pedir más.

Fin